

L A E S F I N G E D E L O S
H I E L O S

J U L I O V E R N E

XVI

LA ISLA TSALAL.

La noche transcurrió sin alarma. Ningún bote había abandonado la isla. Ningún indígena se mostraba en el litoral. De aquí podía, deducirse que la población debía ocupar el interior, y, efectivamente, sabíamos que era menester caminar tres o cuatro horas antes de tocar el principal pueblo de Tsalal.

En suma: la presencia de la *Halbrane* no había sido notada, y esto era lo mejor que podía suceder.

Anclamos, a tres millas de la costa, en diez brazas de fondo.

A las seis se levó el ancla, y la goleta, empujada por la brisa de la mañana, fue a anclar nuevamente a media milla de un banco de coral, semejante a los anillos coralígenos del Océano Pacífico. Desde aquella distancia dominaba la isla en toda su extensión.

Nueve o diez millas de circunferencia - detalle no mencionado por Arthur Pym-, costa abrupta y de difícil

acceso, extensas planicies áridas y negruzcas, entre colinas de regular altura; tal es el aspecto que presentaba Tsalal. Lo repito, la ribera estaba desierta. No se veía ni una canoa al largo ni en las ensenadas. Por encima de las rocas no se distinguía humareda alguna, y parecía que en la costa no había habitantes.

¿Qué había, pues, pasado desde once años antes? ¿Tal vez Too- Witt, el jefe de los indígenas no existe?... Pero aun suponiéndolo así, ¿y la población relativamente numerosa?... ¿Y William Guy y los sobrevivientes de la goleta inglesa...

Cuando la *Jane* había aparecido en aquellos parajes, era la primera vez que los de Tsalal veían un navío, así es que la tomaron por un enorme animal; la arboladura, por sus miembros; sus velas, por trajes. Ahora ya debían saber a qué atenerse en lo que a este punto se refería; y si no parecían mostrar gran interés en visitarlos ¿a qué atribuir esta reserva?

-¡A la mar el bote mayor!,- ordenó el capitán Len Guy con impaciencia.

Ejecutada la orden, el capitán se dirigió al lugarteniente.

-Jem-le dijo-, haz que bajen ocho hombres con Martín Holt, y que Hunt se ponga al timón, tú quedarás aquí, y vigilarás la tierra el mar.

-Esté usted tranquilo, capitán.

-Vamos a embarcarnos, y procuraremos tocar en el pueblo Klock-Klock. Si ocurriera algún incidente, avísanos con tres cañonazos.

-Conforme. Tres cañonazos con intervalo de un minuto- respondió el lugarteniente.

-Si antes de la tarde no hemos vuelto, envía la segunda canoa, bien armada, con diez hombres, a las órdenes del contramaestre, los cuales se situarán a una encabladura de la ribera para recogerlos.

-Así lo haré.

-En ningún caso abandonarás la goleta, Jem...

-En ningún caso.

-Si no volvemos, después de que tú hayas hecho cuanto esté en tu mano, tomarás el mando de la goleta y volverás a las Falklands.

-Convenido.

El bote mayor fue preparado al instante. Ocho hombres embarcaron en él, sin contar a Martín Holt y a Hunt, todos ellos armados de fusiles y pistolas, la cartuchera llena y el cuchillo al cinto.

En este momento me adelanté y dije:

-¿Me permitiría usted que la acompañase a tierra, capitán?...

-Si lo desea usted, señor Jeorling...

Volví a mi camarote y tomé mi fusil- un fusil de caza de dos tiros-la pólvora, el saco de plomo, algunas balas, y me reuní con el capitán Len Guy, que me había reservado un puesto en la popa.

La embarcación, vigorosamente empujada, se dirigió hacia el arrecife, a fin de descubrir el paso por el que Arthur Pym y Dirk Peters le habían franqueado el 19 de Enero de 1828 en el bote de la *Jane*.

En este momento fue cuando los salvajes habían aparecido en sus largas piraguas, y cuando William Guy les había mostrado un pañuelo blanco en señal de amistad; respondiendo ellos con los gritos de *anamoo-moo* y *lama-lama*, permitiéndoles el capitán ir a bordo con su jefe Too-Witt.

Arthur Pym declara que entonces se establecieron relaciones de amistad entre aquellos salvajes y los tripulantes de la *Jane*. Se convino que a la vuelta de la goleta, que iba hacia el Sur, se embarcaría en ella un cargamento de escombros de mar. Algunos días después, el 1º de Febrero, como se sabe, el capitán William Guy y treinta y uno de los suyos fueron víctimas de una asechanza en la quebrada de Klock-Klock, y de los seis hombres que quedaran guardando la *Jane*, destruida por la explosión, no se salvó uno.

Durante veinte minutos, nuestra canoa costó los arrecifes. Descubierta el paso por Hunt, penetramos por él a fin de tocar una estrecha abertura de las rocas.

En el bote quedaron dos marineros. Aquel atravesó el brazo de una extensión de 200 toesas, y arrojó el bichero sobre las rocas a la entrada del paso.

Después de haber subido por la sinuosa garganta que daba acceso a la cresta de la ribera, nuestra gente, con Hunt a la cabeza, se dirigió al centro de la isla.

Mientras caminábamos, el capitán Len Guy y yo cambiamos nuestras impresiones con motivo del país, que, según Arthur Pym, “difería esencialmente de todas las tierras hasta entonces visitadas por hombres civilizados”.

Ya lo veríamos. En todo caso, lo que puedo decir es que el color general de las llanuras era el negro, como si estuvieran cubiertas por una capa formada por el polvo de lavas, y que en ninguna parte se veía nada que fuera blanco.

A los cien pasos Hunt corrió hacia una enorme masa rocosa. Cuando estuvo junto a ella trepó con la agilidad de una cabra, y llegando a la cúspide, paseó sus miradas por una extensión de varias millas...

Hunt parecía estar en la actitud de un hombre que «no se reconocía allí».

-¿Qué hay?... - me preguntó el capitán Len Guy, después de haberle observado con atención.

-No lo sé, capitán- respondí.- Pero no ignora usted que en este hombre todo es extraño, todo inexplicable en sus actos, y, en cierto modo, merece figurar entre los nuevos seres que Arthur Pym pretende haber encontrado en esta isla... Se diría que...

-¿Qué?- repitió el capitán Len Guy.

Entonces, sin terminar mi frase, dije:

-Capitán, ¿está usted seguro de haber practicado una exacta observación al tomar ayer la altura?

-Seguro.

-¿De modo que el punto?...

-Me ha dado 83° 20' de latitud y 44° 5' de longitud.

-¿Exactamente?

-Exactamente.

-¿No hay, pues, que poner en duda, que ésta sea la isla Tsalal?

-No, señor Jeorling, si la isla Tsalal está en el sitio indicado por Arthur Pym.

Efectivamente, no podía haber duda respecto a este punto.

Verdad que si Arthur Pym no se había engañado sobre este yacimiento expresado en grados y en minutos, ¿qué se debía pensar de lo fiel de su relación, en lo que concierne a la región que nuestra gente atravesaba bajo la dirección de Hunt?

El habla de cosas extrañas que no le eran familiares; de árboles cuyo producto no se parecía a los de la zona tórrida, ni a los de la zona templada, ni a los de la zona glacial del Norte, ni a los de las latitudes inferiores meridionales: éstas son sus palabras. Habla de rocas de estructura nueva, ya por su masa, ya por su estratificación. Habla de prodigiosos arroyos, cuyos lechos contenían un líquido indescriptible, sin limpidez alguna, especie de disolución de goma arábica, dividida en venas que ofrecían los cambiantes de la seda, y que la fuerza de la cohesión no aproximaba, como si la hoja de un cuchillo las hubiera dividido.

Pues bien... Nada de esto habla, nada. Ni un árbol, ni un arbusto se mostraba en el campo. Las colinas cubiertas de bosques, donde debía estar el pueblo de Klock-Klock, no aparecía. De aquellos arroyos en los que los tripulantes de la *Jane* no se habían atrevido a apagar su sed, yo no veía uno, ni una gota de agua común. Por todas partes la desoladora, la horrible, la absoluta aridez.

Hunt marchaba rápidamente sin mostrar vacilación. Parecía que su instinto natural le empujaba, al modo que las golondrinas, esos pájaros viajeros, vuelven a sus nidos por el camino más corto, con vuelo de abeja, como decimos en América. ¡No sé qué presentimiento nos arrastraba a seguirlo como al mejor de los guías, un Bas de Cuir, un Renard-Subtil! Y después de todo, ¿era tal vez compatriota de estos héroes de Fenimore Cooper?

Pero no me cansaré de repetirlo: no teníamos ante los ojos la fabulosa, comarca descrita, por Arthur Pym. Nuestros pies pisaban un suelo convulsionado, quebrado. Era negro, sí, negro y calcinado como si hubiera sido vomitado de las entrañas de la tierra bajo la acción de fuerzas plutónicas.

Hubiérase dicho que algún espantoso e irresistible cataclismo lo había conmovido en toda su superficie.

Respecto a los animales de que en la mencionada relación se habla, ni uno solo veíamos; ni las ánades de la especie anas valisneria, ni las tortugas-galápagos, ni las bubias negras, ni esos pájaros negros también, semejantes a los busardos, ni los puercos negros de cola en forma de mazorca y patos de antílope, ni esa especie de carneros de lana negra, ni los gigantescos albatros de negro plumaje. Los mismos pingüinos, tan numerosos en los parajes antárticos, parecían haber huido de aquella tierra inhabitable... ¡Aquello era la soledad silenciosa y pasada del más horrible desierto!

Y en el interior de la isla, como en la ribera, ningún ser humano.

En medio de aquella desolación, ¿quedaban aun probabilidades de encontrar a William Guy y a los sobrevivientes de la *Jane*?

Miré al capitán Len Guy. Su rostro pálido, su frente cruzada por hondos pliegues, decían claramente que la esperanza comenzaba a abandonarle.

Llegamos, al fin, al valle, en el que en otra época estaba situado el pueblo de Klock-Klock. Allí, como en el resto de la comarca, completo abandono. Ni un habitante, ni aquellos yampoos, formados con una piel negra sobre el tronco de un árbol cortado a cuatro pies de tierra, ni aquellas barracas construidas de ramas cortadas, ni aquellos agujeros de trogloditas formados en la colina. ¿Y dónde estaba aquel arroyo que descendía por las pendientes con su agua mágica, rodando por un cauce de arena negra?

Respecto a la población de Tsalal, ¿qué se había hecho de aquellos hombres casi desnudos, y algunos cubiertos de pieles negras, armados de lanzas y mazas, y de aquellas mujeres altas, bien formadas, dotadas de una gracia y un donaire que no se encuentran en la sociedad civilizada, para emplear las mismas frases de Arthur Pym, y de aquella multitud de niños que las acompañaban? ¿Qué había sido de aquel mundo de indígenas de piel negra, cabellera negra y dientes negros, y a los cuales el color blanco llenaba de terror?

En vano busqué la morada de Too-Witt, formada por cuatro grandes pieles sujetas con pernos de madera y fijas en tierra con pequeñas estacas. Ni aun el sitio en que debía estar

reconocí. Y allí, sin embargo, era donde William Guy, Arthur Pym, Dirk Peters y sus compañeros habían sido recibidos, no sin muestras de respeto, mientras gran número de insulares se agolpaba fuera. Allí fue donde se les sirvió la comida en que figuraban entrañas palpitantes de un animal desconocido, que Too-Witt y los suyos devoraban con avidez repugnante.

En aquel momento la luz se hizo en mi cerebro. Aquello fue como una revelación. Adiviné lo que había pasado en la isla; cuál era la razón de aquella soledad, la causa de la conmoción de que aun conservaba huellas el suelo.

- ¡Un temblor de tierra!- exclamé. ¡Sí! Dos o tres de estas terribles sacudidas han bastado... ¡De esas sacudidas tan frecuentes en esta región, y bajo las cuales el mar penetra por infiltración! ¡Un día el vapor acumulado ha destruido la superficie!

-¿Un temblor de tierra hubiera cambiado hasta este punto la isla Tsalal?- murmuró el capitán Len Guy.

-Sí capitán-, él ha destruido aquella vegetación extraordinaria, aquellos arroyos aguas extrañas, todas las sorprendentes rarezas naturales hundidas ahora en las profundidades de la tierra, y de las que no hallamos huellas. ¡Nada se ve de lo que vio Arthur Pym!

Hunt, que se había aproximado, escuchaba moviendo la cabeza en señal de aprobación.

-¿Acaso- añadí- estas comarcas de la mar austral no son volcánicas? ¿Es que, si la *Halbrane* nos transportase a Tierra Victoria, no encontraríamos el Erebus y el Terror en plena erupción?

-Sin embargo- observó Martín Holt,- de haber habido erupción Se verían las lavas.

-Yo no afirmo que haya habido erupción- añadió al maestro velero.- Lo que digo es que el suelo ha sido conmovido hondamente por un temblor de tierra.

Y, reflexionando en ello, la explicación que yo daba era admisible. Recordé entonces que, según la relación de Arthur Pym, Tsalal pertenecía a un grupo de islas que se extendía hacia el Oeste. Si no había sido destruida, era posible que la población de Tsalal hubiera huido a alguna de las islas vecinas. Convendría, pues, ir a reconocer aquel archipiélago donde los sobrevivientes de la *Jane* habían podido refugiarse después de abandonar a Tsalal, que desde el cataclismo no debía de ofrecer recurso alguno.

Hablé de ello al capitán Len Guy.

-Sí- exclamó, y las lágrimas se agolpaban a sus ojos.- Sí. ¡es posible!... Y, sin embargo, ¿cómo mi hermano, cómo sus desgraciados compañeros han podido, encontrar medio de huir? ¿No es probable que todos hayan perecido en el terremoto?

Un gesto de Hunt que significaba «¡venid!» nos llevó tras él.

Después de internarse en el valle unos dos tiros de fusil, se detuvo.

¡Qué espectáculo se ofreció ante nuestros ojos!

Allí se amontonaban pedazos de huesos, esternones, tibias, fémures, vértebras, restos de esqueletos sin hilacha de

carne, montones de cráneos con algunos cabellos. En fin, amasijo espantoso que blanqueaba aquel sitio.

Ante el formidable osario, espantoso horror se apoderó de nosotros.

¿Era aquello lo que restaba de la población de la isla, evaluada en varios millares de individuos? Pero si habían sucumbido todos en el terremoto, ¿cómo explicar que aquellos restos estuvieran esparcidos por la superficie del suelo y no enterrados en las entrañas del mismo? Además, ¿se podía admitir que los indígenas, hombres, mujeres, niños y viejos, hubiesen sido sorprendidos hasta el punto de no tener tiempo de ganar con sus embarcaciones las otras islas del grupo?

¡Quedamos inmóviles, desesperados, incapaces para pronunciar una palabra!

—¡Mi hermano!... ¡Mi pobre hermano! repetía el capitán Len Guy, que acababa de arrodillarse.

Sin embargo, reflexionando en el caso, había cosas que yo no comprendía. Por ejemplo, ¿cómo concordar la catástrofe con las notas del cuaderno de Patterson? Estas notas declaraban formalmente que, seis meses antes, el segundo de la *Jane* había dejado a sus compañeros en la isla Tsalal. No podían, pues, haber perecido en el temblor de tierra que, dado el estado de los restos, remontaba a varios años, y que debía haberse producido después de la marcha de Arthur Pym y de Dirk Peters, puesto que el libro no hablaba de él.

Realmente, estos hechos eran inconciliables. Si el temblor de tierra era de fecha reciente, no había que atribuir a él la

presencia de aquellos esqueletos ya blanqueados por el tiempo, y en todo caso los sobrevivientes de la *Jane* no estaban entre ellos... Pero, entonces, ¿dónde estaban?

Como el valle de Klock-Klock no se prolongaba más allá, hubo necesidad de desandar lo andado a fin de volver a tomar el camino del litoral. Apenas habíamos franqueado media milla a lo largo del talud, cuando Hunt se detuvo de nuevo ante algunos fragmentos de huesos casi reducidos a polvo, y que no parecía pertenecieran a ningún ser humano.

¿Acaso eran restos de alguno de aquellos extraños animales descritos por Arthur Pym, y de los que ni un ejemplar habíamos visto hasta entonces?

Un grito, o más bien una especie de rugido salvaje, se escapó de la boca de Hunt.

En su enorme mano, que extendía hacia nosotros, se veía un collar de metal.

¡Sí! Un collar de cobre, medio comido por el óxido, sobre el cual podían aun leerse algunas letras grabadas.

Estas letras decían:

Tigre.-Arthur Pym.

¡*Tigre!* Era el terranova que había salvado la vida a su amo cuando éste se había ocultado en la cala del *Grampus*. *Tigre*, que había dado señales de hidrofobia. *Tigre*, que durante la revuelta de la tripulación se había arrojado al cuello del marinero Jones, casi en seguida muerto por Dirk Peters. Así, aquel fiel animal no había perecido en el naufragio del *Grampus*. Había sido recogido a bordo de la *Jane* al mismo tiempo que Arthur Pym y el mestizo. Y, sin embargo, el libro

no le mencionaba, y ni aun cuando el encuentro de la goleta se hablaba de él.

Mil ideas diversas se agolpaban en mi cerebro. No sabía cómo conciliar los hechos. Sin embargo, no había duda de que el *Tigre* se hubiera salvado del naufragio como Arthur Pym, ni de que le hubiera seguido hasta la isla Tsalal, ni de que hubiera sobrevivido a la catástrofe de la colina de Klock-Klock, ni, en fin, de que hubiera encontrado la muerte en aquella otra catástrofe que había destruido una parte de la población de Tsalal.

Pero, lo repito, William Guy y sus cinco marineros no podían encontrarse entre aquellos esqueletos, puesto que vivían cuando partió Patterson, hacía siete meses, y la catástrofe databa de algunos años.

Tres horas más tarde, y sin haber hecho ningún otro descubrimiento, estábamos a bordo de la *Halbrane*.

El capitán se encerró en su camarote y no salió de él ni a la hora de comer.

Pensando que lo mejor era respetar su dolor, no intenté verle.

Al segundo día, deseoso de volver a la isla y continuar la exploración de un litoral a otro, supliqué al lugarteniente que me hiciera conducir allí. Autorizado por el capitán Len Guy, que se abstuvo de venir con nosotros, Jem West consintió en otorgarme lo que le pedía.

Hunt, el contraestre, Martín Holt, cuatro marineros y yo, entramos en el bote, sin armas, pues nada había que temer.

Desembarcamos en el mismo sitio que la víspera, y Hunt se dirigió de nuevo hacia la colina de Klock-Klock.

Una vez allí subimos por la estrecha quebrada, por la que Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Allen, separados de William Guy y de sus veintinueve compañeros, se lanzaron al través de la hendedura agujereada en una sustancia jabonosa, especie de esteatita bastante frágil. En aquel sitio no había vestigios de las paredes que habían debido desaparecer en el terremoto, ni de la hendedura cuyo orificio sombreaban entonces algunos avellanos, ni del sombrío corredor que conducía al laberinto en el que Allen murió asfixiado, ni de la terraza desde la que Arthur Pym y el mestizo habían visto el ataque de las canoas indígenas contra la goleta y oído la explosión que causó millares de víctimas.

Nada quedaba de la colina hundida en la catástrofe de la que el capitán de la *Jane*, su segundo, Patterson y cinco de sus hombres habían podido librarse.

Lo mismo pasaba con el laberinto cuyos anillos entrecruzados formaban letras, y estas palabras, que, unidas componían una frase reproducida en el libro de Arthur Pym; frase cuya primera línea significaba: «ser blanco», y «región del Sur», la segunda.

De modo que habían desaparecido la colina, el pueblo de Klock-Klock, y todo lo que daba a la isla Tsalal aspecto sobrenatural. Al presente sin duda el misterio de aquellos inverosímiles descubrimientos a nadie sería nunca revelado.

No nos quedaba más que regresar a bordo de la goleta, volviendo por la parte Este del litoral.

Hunt nos hizo entonces atravesar por la parte donde los cobertizos para la preparación del escombros del mar habían sido levantados, y cuyos restos vimos.

inútil añadir que el grito *tékéli-li* no resonó en nuestro oído, aquel grito que lanzaban los insulares y los gigantescos pájaros negros del espacio. Por todas partes silencio, abandono...

Hicimos alto en el sitio donde Arthur Pym y Dirk Peters se habían apoderado de la canoa que les condujo a más altas latitudes, hasta aquel horizonte de vapores sombríos, cuyas desgarraduras dejaban ver la gran figura humana..., el tinte blanco.

Hunt con los brazos cruzados, devoraba con los ojos la infinita extensión del mar.

-¡Y bien, Hunt!- le dije.

-No pareció oírme y no volvió la cabeza.

-¿Qué hacemos aquí?- añadí tocándole en el hombro.

El contacto de mi mano le hizo estremecerse y me lanzó una mirada que penetró hasta el fondo de mi corazón.

-Vamos Hunt- exclamó Hurliguerly- ¿Es que vas a echar raíces sobre la roca? ¿ No ves que la *Halbrane* nos espera? Andando... ¡Nada hay que hacer aquí!

Me pareció que los temblorosos labios de Hunt repetían “nada” mientras que su actitud protestaba de las palabras del contramaestre.

La canoa nos llevó a bordo.

El capitán Len Guy no había abandonado su camarote.

No habiendo recibido orden de aparejar, Jem West esperaba paseándose por la popa.

Yo fui a sentarme al pie del palo mayor, observando el mar que se extendía ante nosotros.

En este momento, el capitán Len Guy apareció. Su rostro estaba pálido y contrariado.

-Señor Jeorling- me dijo,- tengo la conciencia de haber hecho todo lo que era posible hacer ¿Puedo tener esperanza respecto a mi hermano y a sus compañeros? ¡No! Es preciso partir antes que el invierno...

El capitán se irguió y lanzó una última mirada hacia la isla Tsalal.

-Jem- dijo.- Mañana, al alba, aparejaremos.

Una voz ruda pronunció estas palabras:

-¿Y Pym, el pobre Pym?

Reconocí aquella voz. ¡Era la que había oído en mi sueño!

XVII

Y PYM

La decisión del capitán Len Guy de abandonar al día siguiente el anclaje de la isla Tsalal y de volver a tomar el camino del Norte, aquella campaña terminada sin resultado, la renuncia a buscar en otra parte de la mar antártica a los náufragos de la goleta inglesa; todo esto se había tumultuosamente presentado a mi espíritu.

¿Como? ¡La *Halbrane* iba a abandonar a los seis hombres que, según el cuaderno de Patterson, se encontraban algunos meses antes en aquellos parajes! ¿La tripulación de la mencionada goleta no cumpliría hasta el fin el deber que la humanidad le imponía? ¿No intentaría lo imposible para descubrir el continente o la isla sobre la que los sobrevivientes de la *Jane* habían podido refugiarse al abandonar la isla Tsalal, inhabitable desde el temblor de tierra?

Sin embargo, no estábamos mas que a fines de Diciembre, al siguiente día de Navidad, casi al principio de la

buena estación. Dos meses de verano nos permitirían navegar al través de aquella parte de la Antártida. Tendríamos tiempo para volver al círculo polar antes de la terrible estación austral. Y he aquí que la *Halbrane* se preparaba a poner el cabo al Norte.

Sí; tal era el pro de la cuestión. Verdad, tengo que confesarlo, que el contra se apoyaba en argumentos de valor real.

En primer lugar, hasta aquel día la *Halbrane* no había marchado a la ventura. Siguiendo el itinerario indicado por Arthur Pym, dirigíase a un punto claramente determinado: la isla Tsalal. El infortunado Patterson afirmaba que en esta isla, de yacimiento conocido, era donde nuestro capitán debía recoger a William Guy, y a los cinco marineros que habían escapado de la traición de Klock-Klock. Pero no les habíamos encontrado, ni a ningún indígena de aquel pueblo arrasado, no se sabe por que catástrofe, cuya fecha ignoramos. ¿Habían logrado huir antes de dicha catástrofe, que se efectuó después de la partida de Patterson, es decir, desde hacía menos de siete u ocho meses?

En todo caso, la cuestión quedaba reducida a este sencillo dilema- o la tripulación de la *Jane* había sucumbido y la *Halbrane* debía, partir sin dilación, o aquella había sobrevivido y no se debían abandonar las pesquisas.

Y bien: aceptando el segundo término, ¿qué se debía hacer más que escudriñar isla por isla el grupo del Oeste señalado en la relación de Arthur Pym, grupo donde acaso no se habían sentido los efectos del terremoto? Además, en

defecto de este grupo, ¿no habían, podido los fugitivos de la isla Tsalal refugiarse en alguna otra parte de la Antártida? ¿No existían numerosos archipiélagos en medio de aquella mar libre que la embarcación de Arthur Pym y del mestizo habían recorrido hasta se ignoraba dónde?

Verdad es que, si su canoa había sido arrastrada más allá del 84°, ¿dónde hubiera podido tocar en tierra, si ninguna había, ni insular ni continental, en aquella inmensidad de agua? Aparte esto, en caso de repetirlo, el final de la relación está lleno de cosas extrañas, inverosímiles, confusas, nacidas de las alucinaciones de un cerebro casi enfermo.

Ahora sí que Dirk Peters nos hubiera sido útil, de tener el capitán Len Guy la suerte de haberle encontrado en su retiro de Illinois y de embarcarlo en la *Halbrane*.

Volviendo a la cuestión: en caso de que se decidiera continuar la campaña, ¿hacia qué punto de aquellas misteriosas regiones debía dirigirse nuestra goleta? ¿No se vería reducida a ir al azar?

Además, otra dificultad: la tripulación de la *Halbrane*, ¿consentiría en correr los azares de una navegación tan llena de lo desconocido, en hundirse más en las regiones del polo, con el temor de chocar contra un infranqueable banco de hielo cuando se tratara de volver a ganar los marca de América o de África?

En efecto, algunas semanas más, y el invierno antártico traería su cortejo de intemperies y fríos. Aquella mar, actualmente libre, se congelaría y no sería navegable. Quedar prisionero en medio de los hielos durante siete u ocho meses,

sin tener seguridad de acostar en ninguna parte, ¿no haría retroceder a los más valientes? ¿Tenían los jefes de la tripulación el derecho de arriesgar la vida de ésta por la débil esperanza de recoger a los sobrevivientes de la *Jane*?

En esto había pensado el capitán Len Guy desde la víspera. Después, con el corazón herido, y sin esperanza de encontrar a su hermano y a sus compatriotas, acababa de ordenar, con voz temblorosa por la emoción:

-¡Mañana, al alba, partiremos!

En mi opinión, le era preciso tanta energía moral para volver atrás como la que había mostrado para ir hacia adelante. Pero su resolución estaba tomada, y él sabría esconder en sí el inexpresable dolor que le causaba el mal resultado de aquella campaña.

En lo que a mí se refería, confieso que experimenté un vivo descorazonamiento y un intenso disgusto ante la idea de que nuestra expedición terminara de tan desconsoladora manera. Después de haberme unido tan apasionadamente a las aventuras de la *Jane*, hubiera querido no suspender las pesquisas de los continentes al través de los parajes de la Antártida.

Y en nuestro caso, ¡cuántos navegantes hubieran tenido corazón para resolver el problema geográfico del polo austral! En efecto: la *Halbrane* había avanzado más allá de las regiones visitadas por los navíos de Weddell, puesto que la isla Tsalal estaba situada a menos de 7° del punto en que se cruzan los meridianos. Ningún obstáculo parecía oponerse a que ella pudiera elevarse a las últimas latitudes. Gracias a la

estación excepcional, ¿vientos y corrientes la conducirían tal vez a la extremidad del eje terrestre, del que no estaba alejada más que 400 millas? Si la mar libre se extendía hasta allí, la cosa sería cuestión de unos días. Si existía un continente, de algunas semanas. Mas en realidad nadie de nosotros pensaba en el polo Sur, y no era para llegar a él por lo que la *Halbrane* había afrontado los peligros del Océano antártico.

Además, admitiendo que el capitán Len Guy, deseoso de llevar más lejos sus investigaciones, hubiera obtenido la aquiescencia de Jem West, del contraмаestre y de los antiguos tripulantes de la *Halbrane*, ¿hubiera podido decidir a los veinte reclutados en las Falklands, cuyas malas disposiciones fomentaba sin cesar Hearne? No. Era imposible. Ellos se hubieran seguramente negado a aventurarse más en los mares antárticos, y ésta debía de ser una de las razones por la que nuestro capitán, había tomado la resolución de volver hacia el Norte a pesar del profundo dolor que por ello experimentaba.

Considerábamos, pues, como terminada la campaña, y júzguese de nuestra sorpresa cuando oímos estas palabras:

-¿Y Pym? ¿El pobre Pym?

Me volví. El que acababa de hablar era Hunt. Inmóvil, aquel extraño personaje devoraba el horizonte con la mirada.

Había a bordo de la goleta tan poca costumbre de oír la voz de Hunt-acaso aquellas eran las primeras palabras que desde su embarco había pronunciado ante nosotros,-que la curiosidad llevó a su lado a todos los tripulantes. ¿Su inopi-

nada intervención no anunciaba- yo tuve el presentimiento de ello- alguna prodigiosa revelación?

Un ademán de Jem West envió a la tripulación a proa. No quedaron más que el lugarteniente, el contra maestre, el maestro velero Martín Holt y el maestro calafateador Hardie, que se consideraron autorizados para permanecer con nosotros.

- ¿Qué has dicho?- preguntó el capitán Len Guy, acercándose a Hunt.

-He dicho: ¿Y Pym? ¿El pobre Pym?

-Y bien: ¿qué pretendes al recordarnos el nombre del hombre cuyos detestables consejos han arrastrado a mi hermano hasta esta isla donde la *Jane* ha sido destruida, donde la mayor parte de su tripulación fue muerta, donde no hemos encontrado uno solo de los que aquí estaban hace siete meses?

Y como Hunt permaneciera en silencio:

-Responde- exclamó el capitán Len Gay, sin poderse contener.

La vacilación de Hunt no venía de no saber que responder, sino, como se verá, de cierta dificultad para expresar sus ideas. Eran éstas muy claras, sin embargo, aunque sus frases fuesen entrecortadas. Tenía, en fin, una especie de lenguaje suyo, propio, y su pronunciación recordaba la de los indios de Far-West.

-He aquí... dijo: Yo no sé contar las cosas... Mi lengua se traba. Compréndame usted. He hablado de Pym... del pobre Pym... ¿no es eso?

-Sí- respondió el lugarteniente.- ¿Y qué tienes que decirnos de Arthur Pym?

-Tengo que decir..., que no se le debe abandonar.

-¿No abandonarle?- exclamé.

-¡No! ¡Jamás! Piensen ustedes... ¡ Será cruel!... ¡ muy cruel! Iremos a buscarle.

-¡A buscarle!- repitió el capitán Len Guy.

-Compréndame usted. Por eso me he embarcado a bordo de la *Halbrane*. Sí. ¡Para encontrar al pobre Pym!

-¿Y dónde está- pregunté,- si no es en el fondo de una tumba, en el cementerio de su país natal?

-¡No..., él está allí..., allí... solo..., solo!- respondió Hunt extendiendo su mano hacia el Sur... Desde entonces el sol se ha levantado once veces en este horizonte.

Hunt quería indicar las regiones antárticas: era evidente. Pero ¿qué pretendía?

-¿Es que tú no sabes que Arthur Pym ha muerto?- dijo el capitán Len Guy.

-¡Muerto!- repitió Hunt con un gesto expresivo.- No. Escuchen: Yo conozco las cosas... Comprendan... No ha muerto.

-Vamos, Hunt- dije yo.- ¿Recuerdas el último capítulo de las aventuras de Arthur Pym? ¿No refiere Edgard Poe que su fin ha sido repentino y deplorable?

Verdad es que el poeta americano no indicaba de qué manera había terminado aquella vida tan extraordinaria, e insisto en ello, esto me pareció siempre bastante sospechoso. ¿Iba, pues, a serme revelado el secreto de aquella muerte,

puesto que, a creer a Hunt, Arthur Pym no había vuelto de las regiones polares?

-Explicate, Hunt- ordenó el capitán Len Guy, que participaba de mi sorpresa.- Reflexiona... Tómate el tiempo que quieras, y di con claridad lo que tengas que decir.

Y mientras Hunt pasaba su mano por la frente, como para recoger lejanos recuerdos, yo hice la siguiente observación al capitán Len Guy:

-Hay algo singular en la intervención de este hombre, si no está loco.

Al oír estas palabras el contramaestre, movió la cabeza, pues, en su opinión, Hunt no gozaba de cabal sentido.

Este lo comprendió, y con voz dura dijo:

-No... No estoy loco... Los locos... allá abajo, en la Prairie... se les sujeta si no se les cree... Y a mí... es menester creerme... No... ¡Pym no está muerto!

-Edgard Poe lo afirma- respondí.

-Sí... lo sé... Edgard Poe de Baltimore. Pero él no ha visto nunca al pobre Pym. ¡Nunca!

-¿Cómo?- exclamó el capitán Len Guy.- ¿Esos dos hombres no se conocían?

-¡No!

-¿No ha sido el mismo Arthur Pym el que ha contado sus aventuras a Edgard Poe?

-¡No, capitán, no!- respondió Hunt.- Aquel que está allí, en Baltimore, no ha tenido más que las notas escritas por Pym desde el día en que se ocultó a bordo del *Grampus*,

escritas hasta la última hora..., la última... ¡Comprenda usted..., Comprenda usted!

Indudablemente, el temor de Hunt era el no ser comprendido, y él lo repetía sin cesar. Por lo demás, lo que declaraba parecía inadmisibile. ¡Según él, Arthur Pym no había jamás entrado en relaciones con Edgar Poe! ¡El poeta americano solamente había tenido conocimiento de las notas redactadas día por día durante el tiempo que duró aquel inverosímil viaje!

-¿Quién le ha entregado, pues, ese diario?- preguntó el capitán Len Guy, apoderándose de una mano de Hunt.

-El compañero de Pym... El que le amaba como a un hijo... El mestizo Dirk Peters, que volvió solo de allá abajo.

- ¡El mestizo Dirk Peters!... - exclamé.

-¡Sí!

-¿Solo?...

-Solo...

-Y Arthur Pym, ¿estará?...

-¡Allí!... - respondió Hunt con poderosa voz, inclinándose hacia las regiones del Sur, donde su mirada permanecía obstinadamente fija.

¿Podía tal afirmación vencer la general incredulidad? Ciertamente que no... Así es que Martín Holt dio a Hurliguerly con el codo, y ambos pareció que compadecían a Hunt, mientras que Jem West le observaba sin expresar sus sentimientos. Respecto al capitán Len Guy, me hizo seña de que no había que tomar en serio lo que decía aquel pobre

diablo, cuyas facultades mentales debían de estar perturbadas desde algún tiempo atrás.

Sin embargo, cuando yo examinaba a Hunt, creía sorprender una especie de luz de la verdad que se escapaba de sus ojos.

Entonces me ingenié para interrogarle, dirigiéndole preguntas precisas, a las que él intentó responder con afirmaciones sucesivas, en la forma que se va a ver, y sin contradecirse jamás.

-Veamos- le pregunté.- Después de haber sido recogido sobre el casco del *Grampus*, con Dirk Peters, ¿Arthur Pym vino a bordo de la *Jane* hasta la isla Tsalal?

-Sí.

-Durante una visita del capitán William Guy al pueblo Klock-Klock, ¿Arthur Pym se separó de sus compañeros al mismo tiempo que el mestizo y uno de los marineros?

-Sí-respondió Hunt.- El marinero Allen... que casi en seguida se ahogó bajo las piedras.

-Después, ¿ambos asistieron, desde lo alto de la colina, al ataque y a la destrucción de la goleta?

-Sí...

-Pasado algún tiempo, ¿abandonaron la isla, después de apoderarse de una de las embarcaciones que los indígenas no pudieron recuperar?

-Sí- Y veinte días más tarde, llegados ante la cortina de vapores, ¿ambos fueron arrastrados por la catarata?

Está vez Hunt no respondió afirmativamente... Dudó..., balbuceó palabras vagas... Parecía que pretendía reavivar el fuego de su memoria, medio extinguida.

Al fin, mirándome y sacudiendo la cabeza, respondió:

-No... Ambos no...Compréndame usted... Dirk Peters no me ha dicho nunca...

-Dirk Peters- preguntó vivamente el capitán Len Guy... - ¿Tú has conocido a Dirk Peters?

- Sí.

-¿Dónde?

-En Vandalia... Estado de Illinois.

-Y ¿es él quien te ha suministrado tales noticias del viaje?

-Sí... Él.

-Y ¿ha vuelto solo..., solo de allí abajo..., dejando a Arthur Pym?

-Solo...

-¡Habla... habla, pues! exclamé.

La impaciencia me consumía... ¿Cómo? ¿Hunt había conocido a Dirk Peters, y, gracias a éste, sabía cosas que yo creía imposibles de saber nunca? ¿Conocía el desenlace de aquellas aventuras extraordinarias?

Entonces, con frases entrecortadas pero inteligibles, respondió Hunt:

-Sí... allí... Una cortina de vapores... El mestizo me lo ha dicho a menudo... Compréndanme... Los dos, Arthur Pym y él, estaban en la canoa de Tsalal... Después..., un témpano... un enorme témpano, fue sobre ellos... Al choque, Dirk Peters cayó al mar... Pero pudo agarrarse al témpano..., subir sobre

él..., y, compréndanme..., vio danzar la canoa arrastrada por la corriente..., lejos... ¡muy lejos!... En vano Pym pretendió reunirse a su compañero... No pudo... La canoa se alejaba..., se alejaba..., llevándose a Pym... al pobre Pym... Por eso no ha vuelto...; está allí... ¡siempre allí!...

Realmente, si aquel hombre hubiera sido Dirk Peters en persona, no hubiera hablado con más emoción, con más fuego, del pobre y querido Pym...

Pero... si Arthur Pym había continuado elevándose hacia las más altas latitudes, ¿cómo su compañero Dirk Peters había podido volver al Norte, pasar el banco de hielo, el círculo polar y regresar a América, trayendo aquellas notas que fueron comunicadas a Edgard Poe?

A todas estas preguntas respondió Hunt conforme, según decía, a lo que varias veces le había contado el mestizo...

Según él, Dirk Peters llevaba en su bolsillo el cuaderno de Arthur Pym cuando se asió al témpano, y de este modo se salvó el diario que el mestizo puso a disposición del novelista americano.

-Compréndanme- repetía Hunt...,- pues yo les digo las cosas tal como las he sabido por Dirk Peters... Mientras la deriva le arrastraba, él gritó con todas sus fuerzas... Pym, el pobre Pym, había ya desaparecido en medio de la cortina de vapores. En cuanto al mestizo, alimentándose con los peces crudos que podía coger, fue arrastrado por una contracorriente a la isla Tsalal, donde desembarcó medio muerto de hambre.

-¡A la isla Tsalal!- exclamó el capitán Len Guy... - Y ¿cuánto tiempo hacía que la abandonó?

-Tres semanas... Sí..., tres semanas- según me ha dicho Dirk Peters.

-Entonces ha debido encontrar lo que restaba de la tripulación de la *Jane*- dijo el capitán.- A mi hermano William y a los que sobrevivan.

-No- respondió Hunt...;- y Dirk Peters ha creído siempre que todos habían perecido... ¡Sí!; ¡todos! No había nadie en la isla...



-¡Nadie!- repetí muy sorprendido de esta afirmación.

-¡Nadie!- declaró Hunt.

-¿Pero la población de la isla Tsalal?...

-Nadie..., repito..., nadie... Isla desierta... ¡Sí!...¡Desierta!

Esto contradecía absolutamente algunos hechos de los que estábamos seguros. Después de todo, podía ser que,

cuando Dirk Peters volvió a la isla Tsalal, la población, llena de espanto por causa ignorada, hubiera ya buscado refugio en el grupo del Sudeste, y que William Guy y sus compañeros estuvieran aun ocultos en las gargantas de Klock-Klock.

Esto explicaba la razón de no haberlos encontrado el mestizo, y también de que los sobrevivientes de la *Jane* no hubieran tenido nada que temer de los insulares durante los once años de su estancia en la isla. Por otra parte, puesto que Patterson les había dejado siete meses antes, si nosotros no los encontrábamos es que habían abandonado la isla Tsalal, convertida en inhabitable a consecuencia del temblor de tierra.

-¿De modo-insistió el capitán Len Guy- que al regreso de Dirk Peters, ni un habitante en la isla?

-¡Nadie!- repitió Hunt- ¡Nadie! El mestizo no encontró un solo indígena.

-¿Y qué hizo entonces Dirk Peters? preguntó el conrmaestre.

-¡Compréndanme!- respondió Hunt.

-Allí había una canoa abandonada, en el fondo de la bahía..., conteniendo carne seca y varios barriles de agua dulce. El mestizo se arrojó en ella. Un viento del Sur... sí, del Sur, muy vivo- el que con la contracorriente lo llevó sobre el témpano a la isla Tsalal- le arrastró durante semanas y semanas por el lado del banco de hielo, que pudo atravesar por un paso. Créanme, porque no hago más que repetir lo

que Dirk Peters me ha dicho cien veces. ¡Sí! Un paso... y franqueó el círculo polar.

-¿Y después?- pregunté.

-Después fue recogido por un ballenero americano, el *Sandy Hook*, y conducido a América.

He aquí, pues, suponiendo verídica la relación de Hunt- y era posible que lo fuera,- de qué manera se había desenlazado, al menos en lo que a Dirk Peters concernía, aquel terrible drama de las regiones antárticas. De vuelta en los Estados Unidos, el mestizo se había puesto en relaciones con Edgard Poe, entonces editor del *Southern Literary Messenger*, y de las notas de Arthur Pym había salido aquella prodigiosa relación, no imaginaria, como hasta entonces se había creído, y a la que faltaba el supremo desenlace.

La parte imaginativa de esta obra estaba sin duda en las extrañas singularidades señaladas en los últimos capítulos, a menos que, presa del delirio de las últimas horas, Arthur Pym hubiera creído ver aquellos prodigiosos sobrenaturales fenómenos a través de la cortina de vapores.

Fuera lo que fuera, lo cierto era que Edgard Poe no había visto nunca a Arthur Pym; y queriendo dejar a los lectores en una incertidumbre sobrecitante, le había hecho morir de aquella muerte tan repentina como deplorable, cuya naturaleza y causa no indicaba.

Ahora bien: si Arthur Pym no había vuelto, ¿podía razonablemente admitirse que no hubiera sucumbido en breve espacio, después de ser separado de su compañero?

¿Que viviría aun aunque hubiesen transcurrido once años desde su desaparición?

-¡Sí!... ¡sí!...- respondió Hunt.

Y afirmaba con tal convicción que Dirk Peters había debido pasar a su alma cuando ambos habitaban en el pueblo de Vandalia, en el fondo de Illinois.

Ahora era ocasión de preguntarse si Hunt poseía cabal su juicio.

¿No había sido él quien, durante una crisis mental- yo no lo dudaba- después de introducirse en mi cámara, había murmurado estas palabras a mi oído:

-¿Y Pym... el pobre Pym?

¡Sí!...; ¡Yo no había soñado!

En resumen: si todo lo que acababa de decir Hunt era verdadero: si no hacía más que relatar los secretos que Dirk Peters le había confiado, ¿debía ser creído cuando repetía con voz a la vez imperiosa y suplicante:-¡Pym no ha muerto! ¡Pym está allí! ¡Es preciso no abandonar al pobre Pym!

Cuando terminé mi interrogatorio, el capitán Len Guy, saliendo al fin de su meditación, ordenó con voz brusca:

-¡Toda la tripulación a popa!

Cuando los marineros estuvieron reunidos en torno de él, dijo:

- Escucha, Hunt, y piensa en la gravedad de las preguntas que voy a hacerte.

Hunt levantó la cabeza y paseó su mirada por los tripulantes de la *Halbrane*.

-¿Afirmas que todo lo que acabas de decir acerca de Arthur Pym es verdadero?

-¡Sí!- respondió Hunt, acentuando con ademán rudo su afirmación.

-¿Tú has conocido a Dirk Peters?

-Sí.

-¿Has vivido con él algunos años en Illinois?

-Durante nueve años.

-¿Él te ha contado esas cosas con frecuencia?

- Sí.

-Y por tu parte, ¿no pones en duda que te haya dicho la verdad?

- No.

-Y bien, ¿no ha tenido nunca el pensamiento que alguno de los hombres de la *Jane* hubiera podido quedar en la isla Tsalal?

-No.

-¿Creía él que William Guy y sus compañeros habían perecido todos en la catástrofe de las colinas de Klock-Klock?

-¡Sí, y según lo que él me ha repetido con frecuencia, también Pym lo creía!

-Y ¿donde has visto a Dirk Peters por última vez?

-En Vandalia.

-¿Hace mucho?

-Dos años.

-Y de vosotros dos, ¿tú has, abandonado el primero a Vandalia?

Parecióme advertir una ligera vacilación en Hunt al responder:

-La hemos abandonado juntos.

-¿Para ir tú?

-A las Falklands.

-¿Y él?

-¡Él!- repitió Hunt.

Y su mirada fue finalmente a detenerse sobre nuestro maestro velero Martín Hult, al que había salvado la vida con peligro de la suya durante la tempestad.

-Vamos- dijo el capitán Len Guy,- ¿comprendes lo que te pregunto?

-¡Sí!

-¡Responde entonces! Cuando Dirk Peters partió de Illinois, ¿ha abandonado América?

-Sí.

-¿Para ir?... ¡Habla!

-¡A las Falklands!

-¿Y dónde está ahora?

-¡Delante de usted!

XVIII

DECISIÓN TOMADA.

¡Dirk Peters! Hunt era el mestizo Dirk Peters, el devoto compañero de Arthur Pym, el que el capitán Len Guy había durante tanto tiempo y tan inútilmente buscado en los Estados Unidos, y la presencia del cual iba tal vez a darnos una nueva razón para proseguir aquella campaña!

No me asombraría que con un poco de olfato el lector haya desde páginas anteriores reconocido a Dirk Peters en Hunt y que esperase este golpe teatral. Hasta afirmo que lo contrario me hubiera sorprendido.

En efecto; nada más natural ni más indicado que este razonamiento: ¿Cómo el capitán Len Guy y yo, que tan a menudo leíamos la obra de Edgard Poe, en la que se traza con preciso dibujo el retrato de Dirk Peters, no habíamos sospechado que el hombre embarcado en las Falklands y el mestizo era una misma persona? ¿No era una falta de perspicacia por nuestra parte?

Lo concedo, y, sin embargo, la cosa se explica hasta cierto punto.

Sí, todo en Hunt revelaba origen indiano, que era el de Dirk Peters, puesto que pertenecía a la tribu de los Upsarokas del Far-West, y esto tal vez hubiera debido lanzarnos al camino de la verdad.

Pero considérense las circunstancias en las que Hunt se había presentado al capitán Len Guy, circunstancias que no permitían poner en duda su identidad. Hunt habitaba en las Falklands, muy lejos de Illinois, en medio de marineros de distintas nacionalidades que aguardaban la estación de la pesca para pasar a bordo de los balleneros. Desde su embarco se había mantenido con nosotros en la mayor reserva. Aquella era la primera vez que le oíamos hablar, y nada hasta entonces- en lo que a su actitud se refiere al menos- había inducido a creer que ocultase su verdadero nombre. Y se acababa de ver que sólo a las últimas instancias del capitán se había declarado.

Verdad que Hunt era un tipo bastante extraordinario para provocar nuestra atención. Sí, ahora recordaba yo sus extrañas maneras desde que la goleta había franqueado el círculo polar, desde que navegaba por la mar libre; sus miradas, dirigidas incesantemente hacia el horizonte del Sur; su mano, que por movimiento instintivo se tendía en dicha dirección. Después, en el islote Bennet parecía haberle visitado ya, y en él había descubierto un resto de la *Jane*, y, en fin, en la isla Tsalal él había tomado la delantera, y nosotros le habíamos seguido como a un guía al través de la planicie

agitada hasta el lugar que ocupaba el pueblo de Klock-Klock, a la entrada de la quebrada, cerca de la colina donde se cruzaban los laberintos, de los que ninguna señal quedaba. Sí. Todo esto hubiera debido ponernos alerta, hacer nacer en mí por lo menos el pensamiento de que Hunt pudiera estar mezclado a las aventuras de Arthur Pym.

Pues bien; no solamente el capitán Len Guy, sino también su pasajero Jeorling, tenían una venda sobre los ojos. Lo confieso; éramos dos ciegos, y ciertas páginas del libro de Edgard Poe debían habernos dado gran clarividencia.

En suma: no había que poner en duda que Hunt fuese realmente Dirk Peters. Aunque once años más viejo, era aun tal como Arthur Pym le había pintado. Verdad que el aspecto feroz de que habla la relación no existía, y, por otra parte, según el mismo Arthur Pym declaraba, no era más que ferocidad aparente. En lo físico nada había cambiado: la estatura pequeña, la musculatura recia, los miembros colocados en una mole de hércules, y las manos tan grandes y gruesas que apenas habían conservado la forma humana; las piernas y brazos arqueados, la cabeza de prodigioso tamaño y la boca enorme, con anchos dientes que los labios no cubrían jamás, ni aun en parte. Lo repito: tales señas concordaban perfectamente con las de nuestro reclutado de las Falklands.

Pero no se encontraba ya en su rostro aquella expresión que, si era el síntoma de la alegría, no podía ser más que «la alegría del demonio».

En efecto: el mestizo había cambiado con la edad, la experiencia, los golpes de la vida, las terribles escenas en que había tomado parte-incidentes como decía Arthur Pym-«completamente fuera del registro de la experiencia, y que traspasaban los límites de la credulidad de los hombres».

Sí. La ruda lucha de las pruebas sufridas había desgastado el espíritu de Dirk Peters. ¡No importa! Era siempre el fiel compañero al que Arthur Pym había debido a menudo su salvación; aquel Dirk Peters que le amaba como a un hijo, y que nunca había perdido la esperanza de volverle a encontrar algún día en las espantosas soledades de la Antártida.

Ahora bien: ¿por qué Dirk Peters se ocultaba en las Falklands bajo el nombre de Hunt? ¿Por qué desde su embarco en la *Halbrane* había procurado conservar su incógnito? ¿Por qué no había dicho quién era, puesto que conocía las intenciones del capitán Len Guy, cuyos esfuerzos todos tendían a salvar a sus compatriotas, siguiendo el itinerario de la *Jane*?

¿Por qué? Sin duda porque temía que su nombre inspirase horror. ¿No era él el hombre que se había mezclado a las espantosas escenas del *Grampus*, el que había muerto al marinerero Parker, quien se había alimentado de la carne de éste y bebido de su sangre? Para que revelase su nombre preciso era que esperase que, gracias a su revelación, la *Halbrane* intentaría encontrar a Arthur Pym.

Después de haber vivido durante algunos años en Illinois, el mestizo se había instalado en las Falklands con el único objeto de aprovechar la primera ocasión que se

ofreciera para volver a los mares antárticos. Al embarcarse en la *Halbrane*, ¿contaba con decidir al capitán Len Guy, cuando éste hubiera recogido a sus compatriotas en la isla Tsalal, a elevarse a más altas latitudes, prolongando la expedición en beneficio de Arthur Pym? Y, sin embargo, ¿qué hombre de buen sentido hubiera admitido que aquel infortunado viviese después de once años? Al menos, la existencia del capitán William Guy y de sus compatriotas estaba asegurada con los recursos de la isla Tsalal, y además las notas de Patterson afirmaban que ellos se encontraban allí cuando él les había abandonado. En cuanto a la existencia de Arthur Pym...

Sin embargo, ante la afirmación de Dirk Peters-la que, lo reconozco, no descansaba en base sólida-mi espíritu no protestó, como parecía ser lo indicado. No. Y cuando el mestizo gritó.-¡Pym no ha muerto! ¡Pym está allí! ¡Es preciso no abandonar al pobre Pym!, aquel grito me conmovió profundamente.

Y entonces pensé en Edgard Poe, y me preguntaba cuál sería su actitud, tal vez su confusión, si la *Halbrane* llevaba a aquel cuya muerte, tan repentina como deplorable, había anunciado el célebre novelista.

Decididamente, desde que había resuelto tomar parte en la campaña de la *Halbrane* yo no era el mismo, el hombre práctico y razonable de otra época.¿Cómo? ¿A propósito de Arthur Pym sentía yo latir mi corazón como latía el de Dirk Peters? ¿Al abandonar la isla Tsalal, para ir al Norte, hacia el Atlántico, se apoderaba de mí la idea de que esto era olvidarse de un deber de humanidad, el deber de ir en

socorro de un infeliz abandonado en los helados desiertos de la Antártida?

Verdad que pedir al capitán Len Guy que aventurase la goleta más allá de aquellos mares; obtener este nuevo esfuerzo de la tripulación después de tantos peligros perdidos para todo, fuera exponerse a una negativa, y al cabo mi intervención sobraba entonces. Y, sin embargo, yo comprendía que Dirk Peters contaba conmigo para defender la causa del pobre Pym.

Un largo silencio siguió a la declaración del mestizo. Nadie pensaba en sospechar de la veracidad de éste. Había dicho: Yo soy Dirk Peters. Era Dirk Peters.

En lo que se refería a Arthur Pym, que no hubiese vuelto a América, que hubiera sido separado de su compañero y arrastrado después con la canoa hacia las regiones del polo, eran hechos admisibles, y nada autorizaba a creer que Dirk Peters no dijera la verdad. Pero que Arthur Pym viviese aun, como el mestizo declaraba; que el deber mandase lanzarse en su busca, como él pedía, exponiéndose a tantos peligros nuevos, era cuestión distinta.

Sin embargo, resuelto a apoyar a Dirk Peters, pero temiendo avanzar por terreno donde corría el riesgo de ser vencido desde el principio, empleé el argumento, muy aceptable, que ponía en el tapete la cuestión del capitán William Guy y los cinco marineros, de los que no habíamos encontrado huella en la isla Tsalal.

-Amigos míos- dije,- antes de tomar resolución definitiva, lo prudente es mirar la cuestión con sangre fría. ¿No sería un

eterno disgusto, un remordimiento grande abandonar nuestra expedición tal vez en el momento en que tenía probabilidades de buen éxito? Reflexione usted, capitán, y ustedes también, compañeros. Hace menos de siete meses que nuestros compatriotas fueron dejados con vida por el infortunado Patterson en la isla Tsalal. Si estaban aquí en tal época y es indudable que desde hace once años gracias a los recursos de la isla, habían podido asegurar su existencia, no teniendo nada que temer de los insulares, de los que una parte había sucumbido en circunstancias que ignoramos, y la otra se había probablemente transportado a alguna isla vecina. Esto es la misma evidencia, y no creo que se pueda objetar nada a este razonamiento.

Nadie respondió... No había nada que responder.

-Si no hemos encontrado al capitán de la *Jane* y a los suyos- continué animándome,- es que después de la partida de Patterson, se han visto obligados a abandonar la isla Tsalal... ¿Por qué? En mi opinión, porque el terremoto la conmovió de tal forma que quedó inhabitable. ¿Pero les habrá bastado con una embarcación indígena para ganar, con la corriente del Norte, o una isla o algún otro punto del continente antártico? No creo ir muy lejos afirmando que las cosas hayan pasado de este modo; y, en todo caso, lo que sé, lo que repito, es que nada habremos hecho si no continuamos las investigaciones, de las que depende la salvación de vuestros compatriotas.

Interrogué con la mirada a mi auditorio. No obtuve respuesta.

El capitán Len Guy, presa de la más viva emoción, inclinaba la cabeza, pues comprendía que yo tenía razón; que yo indicaba, al invocar los deberes de humanidad, la única conducta propia de gentes de corazón.

-Y ¿de qué se trata?- añadí tras breve pausa.- De franquear algunos grados en latitud cuando la mar es navegable, cuando la estación nos asegura dos meses de buen tiempo, y cuando nada tenemos que temer del invierno austral, cuyos rigores yo no os pido que desafíéis. ¿Dudaremos, cuando la *Halbrane* está bien aprovisionada, su tripulación completa y sin ningún enfermo a bordo? ¿Nos atemorizarán imaginarios peligros? ¿No tendremos valor para ir más allá?...

Y mostré el horizonte del Sur, mientras que Dirk Peters le mostraba también, sin pronunciar una palabra, con ademán imperativo que hablaba por él.

¡Siempre los ojos fijos en nosotros, y tampoco respuesta esta vez!

Seguramente, la goleta podría, sin gran imprudencia, aventurarse por aquellos parajes, durante ocho o nueve semanas. Estábamos a 26 de Diciembre, y en Enero, Febrero, y aun Marzo, se habían efectuado las expediciones anteriores-las de Bellingshausen, Biscoe, Kendal, Weddell, los que habían podido volver hacia el Norte antes que el frío les cerrase toda salida.

Además, si sus navíos no se habían aventurado tanto en las regiones australes como yo había pretendido de la *Hal-*

brane, no habían sido favorecidos, como nosotros podíamos esperar serlo, en tales circunstancias.

Hice valer estos diversos argumentos, espionando una señal de aprobación..., que nadie hacía.

Silencio absoluto... Bajos todos los ojos.

Y, sin embargo, yo no había pronunciado una sola vez el nombre de Arthur Pym, ni apoyado la proposición de Dirk Peters. De hacerlo, ¡qué encogimientos de hombros no hubieran respondido, y, tal vez, qué amenazas contra mi persona!

Preguntábame yo si había o no conseguido llevar mis sentimientos al alma de mis compañeros, cuando el capitán Len Guy tomó la palabra.

-Dirk Peters- dijo,- ¿afirmas que Arthur Pym y tú, después de vuestra partida de la isla Tsalal, habéis entrevisto tierras en dirección Sur?

-Sí... Tierras...- respondió el mestizo-, islas o continente... Compréndame...; y allí... yo creo, estoy seguro que Pym, el pobre Pym, espera que se vaya en su socorro...

-Allí esperan también, quizás, William Guy y sus compañeros-exclamé, a fin de llevar la discusión a mejor terreno.

Y realmente, ¡aquellas tierras eran un punto tan fácil de tocar!...

La *Halbrane* no navegaría a la ventura... Iría adonde era posible que se hubiesen refugiado los sobrevivientes de la *Jane*...

El capitán Len Guy no volvió a hacer uso de la palabra sino después de haber reflexionado algunos, instantes.

-Y más allá del 84 grado, Dirk Peters- dijo,- ¿es cierto que el horizonte está cerrado por esa cortina de vapores, de la que en el libro de Edgard Poe se habla? ¿La has visto tú con tus propios ojos, y también esas cataratas aéreas y ese abismo en el que se perdió la canoa de Arthur Pym?

Después de mirarnos a unos y a otros, el mestizo meneó su enorme cabeza.

-No sé... - dijo.- ¿Qué me pregunta usted, capitán? ¿Una cortina de vapores? Sí... Tal vez... y también apariencias de tierra hacia el Sur...

Evidentemente, Dirk Peters no había leído el libro de Edgard Poe, y hasta era probable que no supiera leer. Después de haber entregado el diario de Arthur Pym, él no se había preocupado de su publicación. Retirado a Illinois primero, y a las Falklands después, nada sospechaba del ruido que la obra había hecho, ni del fantástico e inverosímil desenlace dado por nuestro gran poeta a aquellas aventuras.

Y, además, ¿no era posible que Arthur Pym, con su propensión a lo sobrenatural, hubiera creído ver cosas prodigiosas, únicamente debidas al exceso de su imaginación?

Entonces, y por primera vez, desde el principio de esta discusión, se oyó la voz de Jem West. Yo no hubiera podido decir si el lugarteniente era de mi opinión y si mis argumentos le habían convencido. El se limitó a preguntar.

-Capitán... Espero sus órdenes.

El capitán Len Guy se volvió a la tripulación. Antiguos y nuevos le rodeaban, mientras Hearne permanecía un poco apartado, dispuesto a intervenir si consideraba oportuna su intervención.

El capitán Len Guy interrogó con la mirada al contraмаestre y a sus compañeros, con los que podía contar. Ignoro si en su actitud notó aquiescencia a la continuación del viaje; pero lo oí murmurar:

-¡Si no dependiese más que de mí!... ¡Si todos me asegurasen su concurso!

En efecto: sin una conformidad común no era posible lanzarse a nuevas aventuras.

Hearne tomó entonces la palabra, y, con rudeza, dijo:

-Capitán. Hace dos meses que abandonamos las Falklands... ¡Mis compañeros fueron reclutados para una navegación, que no debía conducirles más allá del banco de hielo, más lejos de la isla Tsalal!

-¡No es así!- exclamó el capitán Len Guy, excitado por la declaración de Hearne... - ¡No es así! ¡Yo os he reclutado para una campaña que tengo derecho a seguir hasta donde me plazca!

-Perdón, capitán- respondió Hearne secamente...;- pero hemos llegado donde ningún navegante ha llegado nunca; donde jamás se ha arriesgado ningún navío, salvo la *Jane*. Así, mis compañeros y yo pensamos que conviene volver a las Falklands antes de la mala estación. De allí, usted puede volver a la isla Tsalal y hasta llegar al polo, si eso le agrada.

Un murmullo de aprobación se dejó oír. No había duda que Hearne traducía los sentimientos de la mayoría, que precisamente estaba formada por los nuevos reclutados. Ir contra su opinión, exigir obediencia de aquellos hombres mal dispuestos a obedecer, y en estas condiciones venturarse al través de los lejanos parajes de la Antártida, hubiera sido acto de temeridad, y hasta acto de locura, que hubiera traído alguna catástrofe.



Jem West intervino, y adelantando hacia Hearne le dijo con voz amenazadora:

-¿Quién te ha dado permiso para hablar?

-El capitán nos preguntaba- replicó Hearne.-Yo tenía el derecho de responder.

Y estas palabras fueron pronunciadas con tal insolencia, que el lugarteniente, tan dueño de sí por costumbre, se disponía a dar libre curso a su cólera, cuando el capitán le detuvo con un gesto y dijo:

-¡Cálmate, Jem! Nada haremos a no estar todos de acuerdo.

Después, dirigiéndose al contraмаestre, añadió:

-¿Qué opinas tú, Hurliguerly?

-Es muy sencillo- respondió el contraмаestre.- Yo obedeceré las órdenes de usted, sean las que sean. Nuestro deber es no abandonar a William Guy y a sus compañeros mientras probabilidad de salvarles.

El contraмаestre se detuvo un instante, mientras varios marineros, Drap, Rogers, Gratián, Stern y Burry, daban inequívocas muestras de aprobación.

-En lo que concierne a Arthur Pym-añadió.

-No se trata de Arthur Pym- interrumpió vivamente el capitán-, sino de mi hermano William Guy, y de sus compañeros.

Y como yo viera que Dirk Peters iba a protestar, le cogí por un brazo, y aunque temblase de cólera, se calló.

¡No!... No era oportuno momento para volver al caso de Arthur Pym. Creí que no había más recurso que fiar en el porvenir, aprovecharse de las circunstancias de aquella navegación y arrastrar a los marineros inconscientemente. Sin embargo, creí deber ayudar a Dirk Peters de una manera directa.

El capitán Len Guy continuó su interrogatorio. Quería conocer los nombres de aquellos con quienes podía contar. Todos los antiguos aceptaron sus proposiciones, y se comprometieron a no discutir jamás sus órdenes y a seguirle tan lejos como a él le conviniera. Estos valientes fueron imitados por algunos de los reclutados, tres solamente, de nacionalidad inglesa. No obstante, parecióme que la mayoría, participaba de la opinión de Hearne. Para ellos la campaña de la *Halbrane* había terminado en la isla Tsalal. De aquí el que se negasen a ir más lejos o hiciesen demanda formal de poner el cabo al Norte, a fin de franquear el banco de hielo en la época más favorable de la estación.

Eran unos veinte los que tal pretendían, y Hearne había interpretado sus sentimientos. Obligarlos hasta a que ayudasen a las maniobras de la goleta cuando ésta se dirigiera al Sur, hubiera sido provocarles a la rebelión.

No quedaba más recurso que despertar su codicia. Entonces yo tome la palabra, y con voz firme, que a nadie hubiera autorizado para dudar de lo serio de mi proposición, les dije:

-¡Marineros de la *Halbrane*, escuchadme! Como diversos Estados han hecho en sus viajes de descubrimientos a las regiones polares, yo ofrezco una prima a la tripulación de la goleta. Os daré 2.000 dollars por cada grado que alcancemos más allá del paralelo 84.

El ofrecimiento de 70 dollars por persona no dejaba de ser tentador, y comprendí que había tocado en lo vivo.

-Voy-añadí-a firmar ahora mismo este compromiso. El capitán Len Guy será vuestro mandatario, y las cantidades ganadas os serán entregadas a vuestro regreso, cualesquiera que sean las condiciones en que se efectúa.

Esperé el efecto de esta promesa, que no se hizo esperar.

-¡Hurra!- gritó el contramaestre a fin de despertar el entusiasmo de sus camaradas, que casi unánimemente unieron sus hurras a los de aquel.

Hearne no hizo oposición alguna. Siempre le quedaba el recurso de aconsejar a los demás en mejores circunstancias.

El pacto estaba hecho, y para conseguir mis fines hubiera sacrificado mayor suma.

Verdad que no estábamos más que siete grados del polo, austral, y si la *Halbrane* llegaba a él, no me costaría más que 14.000 dollars.

XIX

EL GRUPO DESAPARECE.

A primera hora del viernes 27 de Diciembre, la *Halbrane* puso el cabo al Suroeste.

El servicio de a bordo, marchó como de costumbre, con la misma obediencia y la misma regularidad. Entonces no era ni peligroso ni cansado. El tiempo era siempre bueno y la mar también. Si estas condiciones no transformaban los gérmenes de la insurrección, y yo lo esperaba, no encontrarían motivo para desarrollarse, y no habría dificultades. Además, el cerebro trabaja poco en las naturalezas groseras.

Los ignorantes no se abandonan nunca al fuego de la imaginación; encerrados en el presente, el porvenir no les preocupa.

Sólo el hecho brutal que les pone frente a la realidad les saca de su indiferencia.

¿Se produciría este hecho?

En lo que concierne a Dirk Peters, reconocida su identidad, ¿no debía de cambiar nada en su manera de ser, y continuaría tan poco comunicativo como de costumbre? Debo hacer presente que, después de la revelación, los marineros no parecía que sentían repugnancia por motivo de las escenas del *Grampus*, excusables, después de todo, dadas las circunstancias. Además, ¿podía olvidarse que el mestizo había arriesgado su vida por salvar la de Martín Holt? No obstante, él continuó separado del resto, comiendo en un rincón, durmiendo en otro... navegando «al largo de la tripulación». ¿Tenía, pues, para conducirse de tal modo, algún otro motivo que ignorábamos, y que tal vez el porvenir nos haría conocer?

Los persistentes vientos de la parte Norte, que habían arrastrado a la *Jane* hasta la isla Tsalal, y a la canoa de Arthur Pym a algunos grados más allá, favorecían la marcha de nuestra goleta. Amuras a babor, Jem West podía cubrirla de tela, utilizando la brisa fresca y regular. Nuestra roda hundía rápidamente aquellas aguas transparentes, y no lechosas, que dejaban blanca estela en la popa.

Después de la escena de la víspera, el capitán Len Guy había descansado algunas horas. ¡Por qué obsesionantes pensamientos había sido turbado este descanso! De una parte, la esperanza del resultado de las nuevas pesquisas; de otra, la responsabilidad de tal expedición al través de la Antártida. Cuando le vi, al siguiente día, sobre el puente, en el momento en que el lugarteniente se paseaba por la popa, nos llamó a los dos.

-Señor Jeorling- me dijo-, con la muerte en el alma me había decidido a elevar la goleta hacia el Norte. ¡Sentía que no había hecho cuanto tenía que hacer en favor de nuestros desgraciados compatriotas! ¡Pero comprendía que la mayor parte de los tripulantes se pondría en contra mía si yo intentaba arrastrarla más allá de la isla Tsalal!

-En efecto, capitán- respondí.- Tal vez hubiera estallado una rebelión a bordo.

-Rebelión que hubiéramos dominado- respondió fríamente Jem West- aunque fuese rompiendo la cabeza a ese Hearne, que no cesa de excitar a sus compañeros.

-Hubieras hecho bien- respondió el capitán Len Guy.- Pero, hecha tal justicia, ¿qué hubiera sido del acuerdo, del que tanta necesidad tenemos?

-Bien- dijo Jem- Vale más que no haya habido necesidad de emplear la violencia... Pero, en lo sucesivo, que Hearne tenga cuidado conmigo.

-Sus compañeros- dijo el capitán- se han apaciguado con las primas que se les ha ofrecido. La generosidad del señor Jeorling ha producido buen efecto... Yo se lo agradezco.

-Capitán- dije-, en las Falklands le manifesté a usted mi deseo de asociarme pecuniariamente a su empresa. Se ha presentado la ocasión, que yo he aprovechado y nada tiene usted que agradecerme.

Consigamos nuestro objeto; salvemos a William Guy y a los cinco marineros de la *Jane*... Es todo lo que pido.

El capitán me tendió la diestra, que yo estreché cordialmente.

-Señor Jeorling -añadió-, habrá usted notado que la *Halbrane* no lleva el cabo al Sur, aunque las tierras entrevistas por Dirk Peters- o las apariencias de tierra por lo menos- estén en esa dirección.

-Lo he notado, capitán.

-Y a propósito de ello- dijo Jem West-, no olvidemos que la relación de Arthur Pym no contiene nada que se refiera a esas tierras del Sur, y que, en suma, no tenemos más datos que las declaraciones del mestizo.

-Es verdad, lugarteniente- respondí.

-Pero ¿hay motivo para dudar de lo que dice Dirk Peters? Su conducta desde que se embarcó, ¿no es para inspirar toda confianza?

-Nada tengo que reprocharle desde el punto de vista del servicio- replicó Jem West.

-Y no ponemos en duda ni su valor, ni su honradez- declaró el capitán Len Guy- y esta buena opinión la justifica, no ya su comportamiento a bordo de la *Halbrane* sino cuanto ha hecho cuando navegaba en el *Grampus* primero, y en *Jane* después.

-¡Buena opinión que merece!- añadió. No sé por qué, me sentía inclinado a tomar la defensa del mestizo.

¿Era acaso que yo presentía que aun le quedaba un papel importante en el curso de la expedición, porque el se creía seguro de encontrar a Arthur Pym... por el que decididamente yo me interesaba?

Convengo, sin embargo, que, en lo que se refería a su antiguo compañero, las ideas de Dirk Peters podían parecer absurdas. El capitán, Len Guy no dejó de hacerlo notar.

-No debemos olvidar, señor Jeorling- dijo,- que el mestizo ha conservado la esperanza de que Arthur Pym, después de ser arrastrado al través del mar antártico, ha podido llegar a alguna tierra más meridional..., donde aun estará vivo.

-¡Vivo, después de once años en los parajes polares! - exclamó Jem West.

-Es bastante difícil, capitán, lo confieso- respondí-, y no obstante, pensándolo bien, ¿sería imposible que Arthur Pym hubiera encontrado más al Sur una isla semejante a la de Tsalal, donde William Guy y sus compañeros han podido vivir durante el mismo tiempo?

-Imposible, no, señor Jeorling. Probable, no lo creo.

-Y hasta- añadí, y siempre en el terreno de las hipótesis,- ¿por qué vuestros compatriotas, después de abandonar a Tsalal, y arrastrados por la misma corriente, no habían de poder reunirse con Arthur Pym allí donde tal vez ...?

No acabé, pues, tal suposición; no hubiera sido aceptada, y no había para qué insistir, en aquel momento, en el proyecto de ir en busca de Arthur Pym, una vez encontrados los hombres de la *Jane*..., si es que los encontrábamos...

El capitán Len Guy volvió al objeto de la conversación.

-Decía- continuó,- que, si no he tomado el camino del Sur, es porque tengo la intención de reconocer primeramente

el yacimiento de las islas próximas a Tsalal; el grupo situado al Oeste.

-Buena idea- dije;- y visitando esas islas tal vez adquiramos la certeza de que el temblor de tierra se ha producido en reciente fecha.

-Reciente... Eso no es dudoso- afirmó el capitán Len Guy,- y posterior a la partida de Patterson, puesto que el segundo de la *Jane* había dejado a sus compatriotas en la isla.

Se sabe por qué serías razones nuestra opinión no había cambiado en este punto.

-¿Acaso en el relato de Arthur Pym- preguntó Jem West- no se habla de un grupo de ocho islas?

-De ocho- respondí,- o por lo menos esto es lo que Dirk Peters ha oído decir al salvaje que iba en la canoa con su compañero y él. Este Nu-Nu hasta afirmaba que el archipiélago estaba gobernado por una especie de soberano, un rey único, llamado Tsalemon, que residía en la menor de las islas, y, en caso necesario, el mestizo confirmará estos detalles.

-También- dijo el capitán Len Guy-, como podría suceder que el terremoto no haya conmovido ese grupo, y que éste está aun habitado, tomaremos nuestras precauciones al acercarnos al yacimiento.

-Que no debe de estar lejos- dije yo.- Además, ¿quién sabe, capitán, si su hermano de usted y sus marinos no se habrán refugiado en alguno de esos islotes?

Eventualidad admisible, pero poco tranquilizadora, pues era suponer que habían caído de nuevo en manos de los sal-

vajes que habían quedado libres durante su estancia en Tsalal. Además, para recogerlos, caso de que su vida hubiera sido respetada, ¿no le sería preciso a la *Halbrane* emplear la fuerza? ¿Y lograría buen éxito en tal tentativa?

-Jem- dijo el capitán Len Guy-, andamos de ocho a nueve millas, y dentro de poco, sin duda, veremos tierra... Da orden de vigilar con cuidado.

-Está hecho, capitán.

-¿Hay un hombre en la garita?

-El propio Dirk Peters, que se ha ofrecido.

-Bien, Jem. Puede uno confiar en su vigilancia.

-Y también en sus ojos- añadí-, pues está dotado de prodigiosa vista.

La goleta continuó corriendo hacia el Oeste hasta las diez, sin que la voz del mestizo se dejara oír. Así es que yo me preguntaba si pasaría con estas islas lo que con las Auroras o las Glasas que habíamos buscado vanamente entre las Falklands y la Nueva Georgia. Ninguna tumescencia emergía de la superficie del mar, ningún perfil se dibujaba en el horizonte. ¿Tal vez eran estas islas de poca altura, y no se las vería hasta estar a una o dos millas de ellas?

Por lo demás, la brisa cedió de manera sensible durante la mañana. Nuestra goleta fue arrastrada con más ímpetu del que queríamos por la corriente del Sur. Por fortuna, el viento volvió a las dos de la tarde, y Jem West se orientó de forma de ganar lo que la deriva le había hecho perder.

Durante dos horas la *Halbrane* mantuvo el cabo en tal dirección con velocidad de siete a ocho millas, y ni la menor altura apareció al largo.

-No es creíble que no encontremos el yacimiento-me dijo el capitán Len Guy-, pues, según el relato de Arthur Pym, Tsalal pertenece a un grupo muy vasto.

-Él, no dice haberlas visto mientras que la *Jane* estaba anclada- hice observar.

-Tiene usted razón, señor Jeorling; pero como no estimo en menos de 50 millas el camino recorrido por la *Halbrane* desde esta mañana, y como se trata de islas muy próximas, unas a otras...

-Entonces, capitán, será preciso deducir- lo que no es inverosímil- que el grupo del que dependía Tsalal ha desaparecido por completo en el terremoto.

-¡Tierra por estribor!- gritó Dirk Peters.

Todas las miradas se dirigieron a aquella parte, sin distinguir nada en la superficie del mar. Verdad que desde la yunta del palo de mesana el mestizo había podido ver lo que aun no era visible para ninguno de nosotros. Además, dado el poder de su vista y la costumbre de interrogar a los horizontes, yo no admitía que se hubiera engañado.

Efectivamente, un cuarto de hora después nuestros anteojos marinos nos permitieron reconocer algunos islotes esparcidos en la superficie de las aguas, sembrada toda de rayos de sol y a distancia de dos o tres millas hacia el Oeste.

El lugarteniente hizo bajar las velas altas, y la *Halbrane* quedó bajo la cangreja, la mesana y el gran foque.

¿Era conveniente apercebirse a la defensa, subir las armas al puente, cargar los pedreros o izar las redes de abordaje? Antes de tomar estas prudentes precauciones, el capitán Len Guy creyó poder, sin gran peligro, acercarse más.

¿Qué cambio se había producido? Allí donde Arthur Pym indicaba que existían islas espaciosas, no se veía más que un pequeño número de islotes- media docena a lo más- emergiendo ocho o nueve toesas.

En este momento el mestizo, que se había deslizado por el brandal de estribor, saltó al puente.

-Y bien, Dirk Peters, ¿has reconocido ese grupo?- preguntó el capitán Len Guy.

-¿El grupo?- respondió el mestizo sacudiendo la cabeza.- No. Yo no he visto más que cinco o seis islotes... No hay más que piedras... ¡Ni una isla!

En efecto: algunas puntas, o mejor dicho cúspides redondeadas, era todo lo que quedaba de aquel archipiélago, de su parte occidental al menos. Sin embargo, era posible, si el yacimiento comprendía varios grados, que el terremoto no hubiera hundido más que las islas del Oeste.

Esto era lo que nos proponíamos comprobar cuando hubiéramos visitado todos los islotes y determinado la fecha a que remontaba la sacudida de que Tsalal conservaba indiscutibles huellas.

A medida que se aproximaba la goleta, se podía fácilmente reconocer aquellos restos del grupo, casi totalmente destrozado en su parte occidental.

La superficie de los más grandes islotes no pasaba de 50 a 60 toesas cuadradas, y la de los más pequeños no comprendía más que tres o cuatro. Estos últimos formaban un semillero de escollos azotados por la ligera resaca del mar.

Claro es que la *Halbrane* no debía aventurarse al través de aquellos arrecifes, que hubiesen amenazado sus flancos o su quilla.

Se limitaría a dar la vuelta al yacimiento a fin de ver si el hundimiento del archipiélago había sido total. Sin embargo, sería preciso desembarcar en algunos punto, donde tal vez habría indicios que recoger.

Llegados a unas diez encabladuras del islote principal, el capitán Len Guy ordenó que se practicara un sondaje. Se halló fondo a las 25 brazas, fondo que debía de ser el suelo de una isla sumergida, cuya parte central pasaba el nivel de la mar en una altura de cinco a seis toesas.

La goleta se aproximó entonces y echó el ancla a cinco brazas.

Jem West, había pensado en ponerse al paio durante el tiempo que durase la exploración del islote; pero con la viva corriente que arrastraba al Sur, la goleta hubiera derivado. Era, pues, mejor anclar cerca del grupo. La mar estaba allí en calma, y el aspecto del cielo no hacía temer un cambio atmosférico.

Una vez que el ancla se hincó, entramos en uno de los botes el capitán Len Guy, el contra maestre, Dirk Peters, Martín Holt, dos hombres y yo.

Un cuarto de milla nos separaba del primer islote, fue franqueado, rápidamente al través de estrechos pasos. Las puntas rocosas se cubrían y descubrían con las oscilaciones de las olas. Barridas, lavadas y relavadas, no podían haber conservado ningún indicio que permitiese asignar al terremoto una época determinada. Repito que en este asunto no había duda alguna en nuestro espíritu.

La canoa se lanzó entre las rocas. Dirk Peters al timón, procuraba evitar los choques entre los arrecifes.

El agua transparente y en calma dejaba ver, no un fondo de arena sembrado de conchas, sino negruzcos bloques tapizados de hierbas terrestres, de esas plantas que no pertenecen a la flora marítima, algunas de las cuales flotaban en la superficie del mar.

Esto constituía una prueba de que el suelo donde habían brotado se había hundido recientemente.

-Cuando la embarcación tocó en el islote, uno de los hombres echó el arpón, cuyas puntas encontraron terreno a que agarrarse, y el desembarco pudo efectuarse sin dificultad.

Así, pues, aquel sitio había sido el yacimiento de una de las grandes islas del grupo, actualmente reducida a un óvalo irregular, que medía 150 toesas de circunferencia y emergía unos 20 a 30 pies sobre el nivel del mar.

-¿Acaso las marcas se elevan alguna vez a esa altura?- pregunté al capitán Len Guy.

-Nunca- me respondió;- y tal vez descubriremos en el centro de este islote algunos restos del reino vegetal, ruinas de casas o campamentos.

-Lo mejor que podemos hacer- dijo el contraamaestre- es seguir a Dirk Peters, que ya va algo lejos. Ese diablo de mestizo es capaz de ver con sus ojos de lince lo que nosotros no veríamos.

En pocos momentos todos estuvimos en el punto culminante del islote.

Los restos no faltaban, probablemente de los animales domésticos de que se habla en el diario de Arthur Pym; aves de distintas especies, zorros, puercos, cuya piel presentaba lanas negras...

Sin embargo- detalle importante-, entre estos restos y los de la isla Tsalal había la diferencia de que aquí el amontonamiento no databa más que de algunos meses, lo que concordaba con nuestra idea de que el terremoto se había producido en fecha reciente.

Aquí y allí verdeaban plantas de apio y de coclearias, y de florecillas aun frescas.

-¡Y que son de este año!- exclamé. ¡El invierno austral no ha pasado, por ellas!

-Soy de la misma opinión, señor Jeorling- respondió Hurliguerly.- Pero ¿no es posible que hayan brotado después de la conmoción del grupo?

-No me parece admisible- respondí, como hombre que no ceja en su idea.

En el lado derecho vegetaban también algunos débiles árboles, especie de avellanos salvajes, y Dirk Peters arrancó una rama impregnada de savia, de la que pendían nueces- semejantes a las que su compañero y él habían comido

durante su prisión entre las rocas de la colina de Klock-Klock y en el fondo de aquellos laberintos, de los que no habíamos encontrado señales en la Isla Tsalal.

Dirk Peters sacó algunas de estas nueces de su vaina verde y las cascó con sus poderosos dientes.

Con tales detalles no podía quedar duda sobre la fecha de la catástrofe, posterior a la partida de Patterson. No era, pues, este cataclismo el que había producido la muerte de aquella parte de la población de Tsalal, cuyos restos yacían en los alrededores de la ciudad. Respecto, al capitán de la *Jane* y a los cinco marineros, parecía demostrado que habían tenido tiempo de huir, toda vez que sobre la isla no se encontró el cuerpo de ninguno de ellos.

¿Dónde habían tenido la posibilidad de refugiarse después de haber abandonado la isla Tsalal?

Tal era la pregunta que nos hacíamos... ¿Qué respuesta obtendría? En mi opinión, no sería más extraordinaria que las demás que surgirían a cada línea de esta historia.

No insisto más en lo que se refiere a la exploración del grupo.

Empleáronse en ella treinta y seis horas, pues la goleta le dio la vuelta.

En la superficie de los islotes se encontraron los mismos indicios, plantas y restos, que provocaron las mismas conclusiones.

A propósito de las conmociones de que aquellos parajes habían sido teatro, el capitán Len Guy, el lugarteniente, el

contra maestre y yo estábamos de perfecto acuerdo, en lo que concernía a la completa destrucción de los indígenas.

La *Halbrane* no tenía, pues, que temer ningún ataque, lo que merecía ser tenido en cuenta.

Ahora, ¿debíamos deducir que William Guy y sus cinco marineros, después de haber ganado una de las islas, hubiesen también perecido?

He aquí el razonamiento- que, relacionado con este punto, acabó por aceptar Len Guy.

-En mi opinión- dije-, a la catástrofe artificial de Klock-Klock sobrevivieron algunos hombres de la *Jane*, siete por lo menos, comprendiendo a Patterson, y además el perro *Tigre*, cuyos restos hemos encontrado cerca del pueblo. Algún tiempo después, cuando la destrucción de una parte de la población de Tsalal, debida a causas que yo ignoro, los indígenas que no habían sucumbido han abandonado Tsalal para refugiarse en otras islas del grupo. Solos, y en perfecta seguridad, el capitán William Guy y sus compañeros han podido fácilmente vivir donde, antes que ellos, vivían varios millares de salvajes. Transcurrieron diez o doce años sin que les fuese posible salir de su prisión, aunque han debido procurarlo, sea con una de las canoas indígenas, o con otra que ellos mismos construyeran. En fin, hace siete meses, después de la desaparición de Patterson, un terremoto agitó a la isla Tsalal y hundió a sus vecinas. Entonces pienso que William Guy y sus compañeros, juzgándola inhabitable, han debido embarcarse con el intento de volver al círculo antártico. Lo verosímil es que tal tentativa no haya tenido

buen éxito, y bajo la acción de una corriente que arrastraba al Sur, ¿por qué no han podido llegar a esas tierras entrevistas por Arthur Pym y por Dirk Peters más allá del 84 grado de latitud?... En esta dirección, pues, debemos ir, capitán. Franqueando dos o tres paralelos es como tendremos alguna probabilidad de encontrarlos... Para alcanzar este fin, ¿quién de nosotros no sacrificaría su vida?

-¡Condúzcanos Dios, señor Jeorling!- respondió el capitán.

Más tarde, cuando estuve a solas con el contramaestre, éste me dijo:

-Le he escuchado a usted con atención y le confieso a usted que casi me ha convencido.

-Ya se convencerá usted del todo, Hurliguerly.

-¿Cuándo?

¡Quizás más pronto de lo que usted piensa!

Al siguiente día, 29 de Diciembre, desde las seis de la mañana, la goleta aparejó, con ligera brisa de Noroeste, y esta vez puso el cabo directamente hacia el Sur.

XX

DEL DE DICIEMBRE AL DE ENERO.

Por la mañana he cogido el libro de Edgard Poe y he leído atentamente el capítulo XXV. Refiérese en él que, cuando los indígenas quisieron perseguirles, los dos fugitivos, acompañados del salvaje Nu-Nu, estaban ya a cinco o seis millas de la bahía. De las seis o siete islas agrupadas al Oeste, acabábamos de reconocer que no quedaban mas que vestigios bajo forma de islotes.

Lo más interesante para nosotros en el referido capítulo son estas líneas que transcribo:

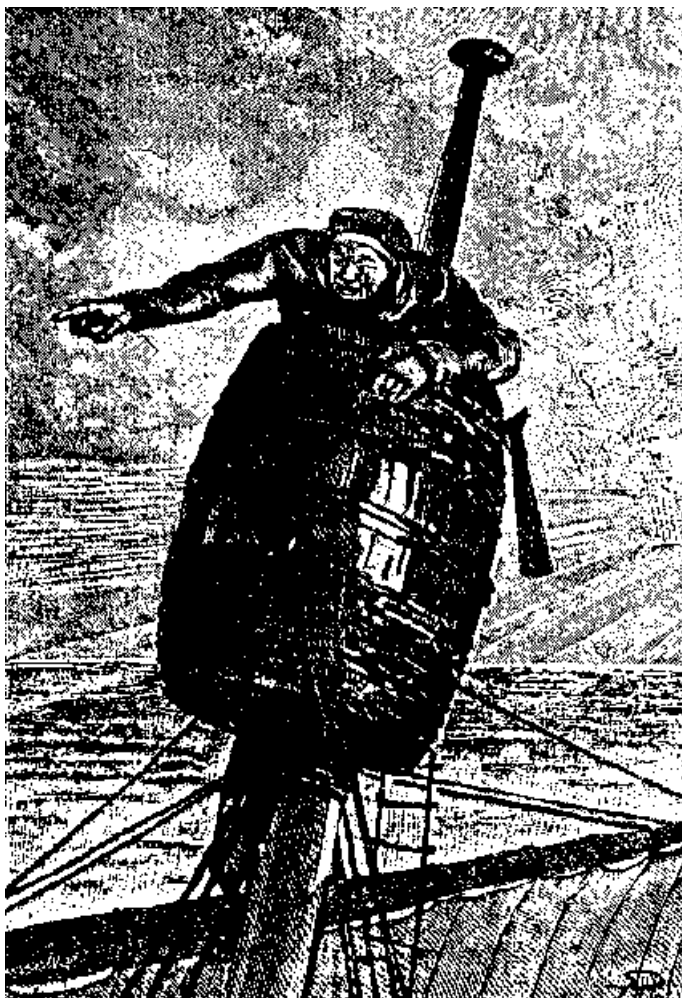
«Llegando por el Norte, en la *Jane*, para tocar en la isla Tsalal, habíamos gradualmente dejado atrás las regiones más frías; y aunque esto puede parecer una afirmación desmentida por las nociones generalmente aceptadas sobre el Océano antártico, era un hecho que la experiencia no nos permitía negar. Así, intentar ahora volver al Norte hubiera sido locura, especialmente en período tan avanzado de la estación. Sólo un camino parecía abierto a la esperanza. Nos decidimos a

seguir atrevidamente hacia el Sur, donde había probabilidades de descubrir otras islas, y donde era fácil que encontrásemos clima más suave...»

Así había razonado Arthur Pym: así debíamos hacerlo nosotros *a fortiori*.

Ahora bien; el 29 de Febrero- el año fue bisiesto- fue el día en que los fugitivos se encontraron sobre el Océano inmenso y desolador, más allá del paralelo 84. Nosotros estábamos a 29 de Diciembre. La *Halbrane* se había adelantado dos meses a la canoa que huía de la isla Tsalal, ya amenazada por la aproximación del largo invierno polar. Por otra parte, nuestra goleta, bien aprovisionada, bien mandada, bien tripulada, inspiraba más confianza que la embarcación de Arthur Pym, aquella canoa de arboladura de mimbres, de 50 pies de larga por 4 o 6 de ancha, y que no llevaba más que tres tortugas para alimentar a tres hombres.

Yo confiaba, pues, en el buen éxito de esta segunda parte de nuestra campaña.



Durante la mañana, los últimos islotes del archipiélago desaparecieron en el horizonte. La mar se ofrecía tal como la habíamos visto desde el islote Bennet, sin un solo pedazo de hielo, lo que se explica, porque la temperatura del agua marcaba 44° (6° 11c. Sobre cero). La corriente, muy

acentuada, cuatro o cinco millas por hora, se propagaba de Norte a Sur con regularidad constante.

Bandadas de pájaros animaban el espacio; invariablemente las mismas especies; martines-pescadores, pelícanos, petreles, albatros. Debo, no obstante, confesar que estos últimos no presentaban las dimensiones gigantescas indicadas en el diario de Arthur Pym, y ninguno lanzaba ese sempiterno *tékéli-li*, que, por lo demás, parecía ser la palabra más usada en la lengua de Tsalal.

Durante los dos días siguientes no ocurrió nada de particular. No se señaló tierra ni apariencia de ella. Los hombres de a bordo hicieron fructuosa pesca en aquellas aguas donde pululaban escaros, merluzas, rayas, congrios, delfines de azulado color y otros varios pescados. Los talentos combinados de Hnrliguerly y Endicott variaron agradablemente la lista de la comida, y yo opino que convenía dar iguales gracias a los dos amigos en aquella colaboración culinaria.

Al siguiente día, 1° de Enero de 1840, año bisiesto, una ligera niebla veló el sol durante las primeras horas, y de ello deducimos el anuncio de un cambio en el estado atmosférico.

Hacía entonces cuatro meses y diez y siete días que yo había abandonado las Kerguelen; dos meses y cinco días que la *Halbrane* había abandonado las Falklands.

¿Cuánto duraría aquella navegación? No era esto lo que más preocupaba, sino más bien el saber hasta dónde nos conduciría al través de los parajes antárticos

Debo reconocer que la conducta del mestizo respecto a mí se había modificado, aunque no respecto al capitán Len Guy y a los tripulantes. Habiendo, sin duda, comprendido que yo me interesaba por la suerte de Arthur Pym, el mestizo me buscaba, y, para emplear una frase vulgar, *nos entendíamos* sin necesidad de cambiar una sola palabra. Alguna vez, sin embargo, al encontrarse a mi lado él salía de su mutismo habitual. Cuando el servicio no le reclamaba, se arrastraba hacia el banco donde yo tenía costumbre de sentarme. Después de tres o cuatro encuentros intentamos cambiar algunas palabras.

Por lo demás, tan pronto como el capitán Len Guy o el contraemaestre se acercaban, el mestizo se alejaba.

Un día, a eso de las diez, estando Jem West de guardia y el capitán Len Guy en su camarote, el mestizo se me acercó con la intención evidente de hablar... Se adivina sobre qué...

Cuando estuvo junto al banco y con el, objeto de entrar directamente en materia, le dije:

-Dirk Peters... ¿quiere usted que hablemos de él?

Los ojos del mestizo brillaron como brasa sobre la que se acaba de soplar.

-¡Él!- murmuró.

-¡Es usted fiel a su recuerdo!

-¿Olvidarle, señor? ¡Nunca!

-El está siempre delante de usted...

-¡Siempre! Compréndame usted. ¡Hemos corrido juntos tantos peligros!... Esto hace a dos hombres hermanos...

¡No!... Padre e hijo... ¡Sí! Lo quiero como a un hijo!
¡Haber estado los dos tan lejos..., demasiado lejos..., puesto
que él no ha vuelto!... Se me ha traído a América..., a mí...;
pero Pym..., ¡el pobre Pym está aun allá abajo!

Los ojos del mestizo se anegaron en lágrimas. ¿Cómo no
se evaporaban al fuego de sus ojos?

-Dirk Peters- le pregunté,- ¿no tiene usted idea alguna del
camino que Arthur Pym y usted siguieron a bordo de la ca-
noa desde que partieron ustedes de la isla Tsalal?

-Ninguna, señor... El pobre Pym no poseía
instrumentos... Ya sabe usted aparatos marítimos para mirar
al sol... Durante ocho días la corriente nos ha arrastrado al
Sur..., y el viento también... Buena brisa... y mar bella. Dos
remos a guisa de mástiles, y nuestras camisas a modo de
velas...

-Sí- respondí,- camisas de tela blanca, cuyo color
atemorizaba tanto a vuestro prisionero Nu-Nu.

-Tal vez... Yo no me daba cuenta... Pero si Pym lo ha
dicho, es preciso crear a Pym.

Sabía yo que algunos de los fenómenos descritos en el
diario llevado a los Estados Unidos por el mestizo no
parecían haber atraído la atención del último; así es que tenía
la idea de que tales fenómenos no habían debido de existir
mas que en una imaginación sobrecitada. sin embargo, quise
obligar más a Dirk Peters en este asunto.

-Y durante esos ocho días- le dije,- ¿pudisteis proveer a
vuestro sustento?

-Sí, señor... y después... nosotros y el salvaje. Usted... sabe que llevábamos a bordo tres tortugas... Estas bestias contienen provisión de agua dulce... y su carne es buena... hasta cruda... ¡Oh!... ¡La carne cruda, señor!...

Al pronunciar estas palabras, Dirk Peters, bajando la voz, como si temiera que le escucharan, arrojó una rápida mirada en torno.

Aquel alma se estremecía siempre al recuerdo de las escenas del *Grampus*. No es fácil pintar la horrible expresión que se dibujó en la cara del mestizo en el momento en que habló de la carne cruda. No la de un caníbal de Australia o las Nuevas Hébridas, sino la de un hombre que experimenta indecible horror hacia sí mismo.

Después de un largo silencio, traje la conversación al punto debido.

-¿No fue el 1º de Marzo, ateniéndome a la relación de Arthur Pym, cuando por vez primera vio usted el ancho velo de un vapor gris cortado por rayas luminosas y vacilantes?

-¡No lo sé, señor! ¡Pero si Pym lo ha dicho, es preciso creer a Pym!

-¿Él no le ha hablado a usted nunca de los rayos que caían del cielo?- añadí, no queriendo servirme de las palabras *aurora polar*, que el mestizo no hubiera tal vez entendido.

Volvía yo así a la hipótesis de que aquellos fenómenos podían ser debidos a la intensidad de las influencias eléctricas, tan poderosas en las altas latitudes, admitiendo que realmente se hubieran producido.

-Nunca, señor- dijo Dirk Peters, no sin haber reflexionado antes de responder a mi pregunta.

-¿No ha notado usted tampoco que el color de la mar se alteraba..., que perdía su transparencia..., que se volvía blanca..., semejante a la leche..., que su superficie se conmovía en torno de la canoa?...

-Si eso sucedía, señor, yo no losé... Compréndame usted... Yo no tenía conocimiento de las cosas... La canoa se iba..., se iba..., y mi cabeza con ella.

-Y además, Dirk Peters..., ¿aquel polvo fino que caía semejante a blanca ceniza?

-No lo recuerdo.

-¿Es que no era nieve?...

-¿Nieve?... Sí... No... Hacía calor... ¿Qué ha dicho Pym?
¡Es preciso creer lo que Pym haya dicho!

Comprendí que respecto a aquellos hechos inverosímiles no obtendría explicación alguna aunque siguiera interrogando al mestizo. Suponiendo que él hubiera observado las cosas sobrenaturales relatadas en los últimos capítulos del libro, no había conservado recuerdos de ellas.

Entonces a media voz me dijo:

-Pero Pym le dirá a usted todo eso... Él lo sabe... Yo no sé nada... El lo ha visto y usted lo creará.

-Yo lo creeré..., Dirk Peters... Sí... Yo lo creeré- respondí, no queriendo molestar al mestizo.

-Y además... ¿iremos en su busca, no es verdad?

-Lo espero.

-¿Después que hayamos encontrado a William Guy y a los tripulantes de la *Jane*?...

-Sí... Después...

-¿Y hasta si no les encontramos?

-Hasta en ese caso..., Dirk Peters... Creo que decidiré a nuestro capitán.

-Quien no rehusará prestar auxilio a un hombre..., a un hombre como él...

-No..., no lo rehusará... Y realmente si William Guy y sus compañeros están vivos se puede admitir que Arthur Pym...

-¿Vive? ¡Sí, vive! exclamó el mestizo.- Por el alma de mis padres... él está allí..., me espera... ¡mi pobre Pym! ¡Y cuál será su alegría cuando se arroje en los brazos de su viejo Dirk!... ¡Y la mía, la mía, cuando le sienta aquí..., aquí!

Y el robusto pecho de Dirk Peters se levantaba como la mar agitada. Después se alejó, dejándome presa de inexplicable emoción; tanta ternura comprendía yo que encerraba aquel corazón medio salvaje por su infortunado compañero, por aquel al que llamaba su hijo.

La goleta no cesó de adelantar hacia el Sur durante los días 2, 3 y 4 de Enero, sin que notáramos apariencia de tierra. Siempre, en el horizonte, la línea perimétrica que se dibujaba sobre el fondo del mar y del cielo. El vigía no señaló ni continente ni islas en aquella parte de la Antártida. ¿Debía ponerse en duda la aseveración de Dirk Peters respecto a las tierras entrevistas?... ¡Las ilusiones de óptica son tan frecuentes en las regiones hiperaustralianas!

-Verdad- hice notar al capitán Len Guy- que desde que abandonó la isla Tsalal, Arthur Pym no poseía instrumentos para tomar altura.

-Lo sé, señor Jeorling, y es muy posible que las tierras se encuentren en el Este o en el Oeste de nuestro itinerario. Lo más de lamentar es que Arthur Pym y Dirk Peters no hayan desembarcado en ellas. No tendríamos ninguna duda sobre su existencia, bastante problemática, y acabaríamos por descubrirlas.

-Las descubriremos, capitán, remontando algunos grados hacia el Sur.

-Sea; pero yo me pregunto, señor Jeorling, si no sería preferible explorar los parajes comprendidos entre el meridiano cuarenta y cuarenta y cinco.

-El tiempo nos está tasado- respondí vivamente-, y serían días perdidos, puesto que tenemos que tocar la latitud donde los dos fugitivos han sido separados.

-Y ¿cuál es esa latitud, señor Jeorling? En el libro no encuentro indicación de ella, y por esta razón es imposible calcularlo.

En efecto, este capítulo contenía estas líneas:

«Continuamos nuestro camino sin ningún incidente importante, por siete u ocho días, y durante este período debimos avanzar una distancia enorme; pues el viento nos empujó casi de continuo, y una fuerte corriente nos arrastró en la dirección que queríamos seguir»

El capitán Len Guy conocía este pasaje leído repetidas veces. Yo añadí:

-Dice, una *distancia enorme*, y esto hasta el 1° de Marzo solamente. El viaje se prolongó hasta el 22 del mismo mes, y así Arthur Pym indica en seguida: «La canoa se precipitaba siempre hacia el Sur, bajo la influencia de una poderosa corriente de horrible velocidad.» Estas son sus propias expresiones. De todo lo cual, capitán, se puede deducir...

-¿Que ha ido hasta el polo, señor Jeodling?

-¿Por qué no, puesto que desde la isla Tsalal no hay que recorrer más que cuatrocientas millas para llegar a él?

-¡Después de todo, poco importa!- respondió el capitán Len Guy.- La *Halbrane* no va en busca de Arthur Pym, sino en busca de mi hermano y de sus compañeros. Si han podido llegar a las tierras entrevistas, esto es lo único de que se trata.

En este punto el capitán Len Guy tenía razón. Así es que yo temía sin cesar que diera orden de ir hacia el Este o hacia el Oeste. Sin embargo, como el mestizo, afirmaba que su canoa había ido hacia el Sur, y que las tierras de que hablaba se encontraban en esta dirección, el rumbo de la goleta no fue modificado, lo que me hubiera desesperado por significar que no se mantenía en el itinerario de Arthur Pym.

Además, yo tenía la convicción de que, si dichas tierras existían, debían encontrarse en las más altas latitudes.

No es indiferente advertir que ningún fenómeno extraordinario se manifestó en el curso de la navegación del 5 al 6 de Enero.

No vimos nada de la barrera de vapores vacilantes, ni de la alteración de las sábanas superiores de la mar. Respecto al calor excesivo del agua, tal «que la mano no podía

soportarlo», es menester rebajar algo. La temperatura no pasaba de cincuenta grados (10° c. sobre cero), elevación ya anormal en aquella parte de la zona antártica. Y aunque Dirk Peters no cesaba de repetir: «¡Es preciso creer lo que ha dicho Pym», mi razón se imponía extrema reserva sobre la realidad de estos hechos sobrenaturales. No había ni velo, ni bruma, ni apariencia lechosa de las aguas, ni lluvia de polvo blanco.

En estos parajes fue igualmente donde los dos fugitivos habían visto uno de esos animales blancos que tanto terror producían a los insulares de Tsalal. ¿En qué condiciones pasaron tales monstruos ante la canoa? El libro no lo indica.

Además, no encontramos ni un solo mamífero marino, ni los pájaros gigantescos, ni los terribles carniceros de las regiones polares.

Añadiré que nadie a bordo sentía aquella influencia singular de que habla Arthur Pym, esa laxitud de cuerpo y de alma, esa repentina indolencia que deja incapaz para el menor esfuerzo físico.

Y tal vez por este estado patológico y fisiológico se puede explicar que Arthur Pym creyese ver los referidos fenómenos, debidos únicamente a la turbación de sus facultades mentales.

En fin, el 7 de Enero, según Dirk Peters- y él no había podido estimarlo más que por el tiempo transcurrido-, llegamos al sitio donde el salvaje Nu-Nu, extendido en el fondo de la canoa, había exhalado el último suspiro.

Dos meses y medio más tarde, el 22 de Marzo, termina el diario del extraordinario viaje. Entonces era cuando flotaban

espesas tinieblas, atemperadas por la claridad de las aguas que reflejaban el velo de vapores blancos extendidos sobre el cielo.

Pues bien: la *Halbrane* no fue testigo de ninguno de estos asombrosos prodigios, y el sol, inclinando su alargada espiral, iluminaba siempre el horizonte.

Era una suerte que el espacio no estuviera sumido en la obscuridad, puesto que, en tal caso, nos hubiera sido imposible tomar altura.

El 9 de Enero, una buena observación dio 86° 33' de latitud, quedando la longitud la misma, entre el meridiano 42 y 43.

En este sitio, a creer los recuerdos del mestizo, se efectuó la separación de los dos fugitivos, después del choque de la canoa y el tímpano.

Pero se presentaba una duda. Puesto que el tímpano, arrastrando a Dirk Peters, había derivado hacia el Norte, ¿es que estaba sometido a la acción de una contracorriente?

Esto debía de ser, pues desde hacía dos días nuestra goleta no sentía la influencia de aquella, a que había obedecido al dejar la isla Tsalal. Y ¿por qué asombrarse cuando todo es tan variable en estos mares australes? Felizmente la fresca brisa del Noroeste persistía, y la *Halbrane*, con todas sus velas desplegadas, continuaba elevándose hacia los más altos parajes, avanzando 13 grados sobre los navíos de Weddell y dos grados sobre la *Jane*. En cuanto a las tierras-islas o continentes-que el capitán Len Guy buscaba en la superficie de aquel inmenso mar, no aparecían, y yo

comprendía que perdía poco a poco la confianza, bien quebrantada ya después de tan vanas pesquisas.

En cuanto a mí, estaba obsesionado por el deseo de recoger a Arthur Pym tanto como a los sobrevivientes de la *Jane*. Pero ¿se podía creer que hubiera sobrevivido? Sí. Yo lo sabía. Esta era la idea fija del mestizo. Y si nuestro capitán hubiera dado la orden de volver atrás, no sé a qué extremo hubiera llegado Dirk Peters. ¡Tal vez se hubiera arrojado al mar! Por esto, cuando él oía que la mayoría de los marineros protestaba contra aquella navegación insensata, y hablaban de virar cabo por cabo, yo temía siempre que el mestizo se abandonase a alguna violencia contra Hearne, sobre todo, que excitaba sordamente a la rebelión a sus camaradas de las Falklands.

Sin embargo, convenía no permitir que la indisciplina y la desanimación entrasen a bordo, y así, aquel día, deseoso de levantar los espíritus, el capitán Len Guy, a petición mía, reunió a la tripulación bajo el palo mayor y habló en estos términos:

-Marineros de la *Halbrane*: desde nuestra partida de la isla Tsalal, la goleta ha ganado dos grados hacia el Sur, y conforme al contrato firmado por el señor Jeorling, os anuncio que habéis adquirido 2.000 dollars por grado, los que os serán pagados a la terminación del viaje.

Hubo algunos murmullos de satisfacción, pero no hurras, a no ser los que lanzaron, sin encontrar eco, el contraamaestre Hurliguerly y el cocinero Endicott.

XXI

UNA SACUDIDA.

Aun en el caso de que los antiguos tripulantes de la *Halbrane* se uniesen al contraamaestre, al cocinero, al capitán Len Guy, a Jem West y a mí para continuar la campaña, si los nuevos decidían volver, no podríamos forzarles a seguir aquella. Catorce hombres, comprendiendo a Dirk Peters, contra 19 eran insuficiente. Y además... ¿hubiera sido prudente contar con todos los antiguos? ¿No les espantaría la idea de navegar por aquellas regiones que parecen fuera del dominio terrestre? ¿Resistirían a las incesantes excitaciones de Hearne y de sus camaradas? ¿No se unirían a ellos para exigir la vuelta al banco de hielo?

Y para declarar por completo mi pensamiento, ¿el mismo capitán Len Guy no abandonaría una campaña que no daba resultado alguno? ¿No renunciaría en breve plazo a la última esperanza de salvar en aquellos lejanos parajes a los marineros de la *Jane*? Amenazado por la proximidad del invierno austral, por los fríos irresistibles, por las tempestades

polares, a las que no podía resistir la goleta, ¿no daría al fin orden de virar? ¿Y de qué servirían mis argumentos y mis súplicas, cuando fuera yo el único que los hiciera?

¿El único? No. Dirk Peters estaría a mi lado. ¿Pero quién nos escucharía?

Yo comprendía que aunque la idea de abandonar a su hermano y a los compañeros de éste desgarraba el corazón del capitán Len Guy, debía de estar al fin de sus ánimos. Por lo demás, la goleta no se apartaba de la línea recta marcada desde la isla Tsalal. ¡Parecía que estaba unida como por un imán submarino al camino de la *Jane*, y Dios quisiera que, ni el viento ni las corrientes le separaran de allí! Contra las fuerzas de la Naturaleza preciso hubiera sido ceder, mientras que contra otra clase de obstáculos se puede luchar.

Debo mencionar una circunstancia que favorecía la marcha hacia el Sur. Después de haberse dulcificado durante unos días la corriente, se dejaba sentir de nuevo con velocidad de tres a cuatro millas por hora. Evidentemente, como me lo hizo observar el capitán Len Guy, tal corriente dominaba en aquel mar, por más que fuese rechazada de vez en cuando por contracorrientes muy difíciles de indicar con exactitud en los mapas. Desgraciadamente, no podíamos determinar si la embarcación de William Guy y los suyos al largo de Tsalal había sufrido la influencia de ésta o aquellas. No hay que olvidar que su acción debió de ser superior a la del viento sobre la canoa, que, desprovista de velamen, como todas las de los insulares, maniobraba con el pagay.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que las dos fuerzas naturales mencionadas se unían para arrastrar a la *Halbrane* hacia los confines de la zona polar.

Trascurrieron el 10, 11 y 12 de Enero sin que sucediera nada digno de ser referido, a no ser que se produjo alguna baja en el termómetro. La temperatura del aire volvió a 48° (8° 89' c. sobre cero), y la del agua a 33° (0° 56' c. sobre cero).

¡Que diferencia entre las costas vistas por Arthur- Pym, el calor de cuyas aguas era tal- a creerle- que la mano no le podía soportar!

No estábamos, en suma, más que en la segunda semana de Enero. Dos meses debían aun transcurrir antes que el invierno pusiera en movimiento los *ice-bergs*, formase los *ice-fields* y los *drifts*, consolidase las enormes masas del banco de hielo y solidificase las planicies líquidas de la Antártida. En todo caso, debía tenerse por cierta la existencia de una mar libre, durante el período estival, en un espacio comprendido entre el paralelo 72 y 87.

Esta mar fue recorrida en diferentes latitudes por los navíos de Weddell, por la *Jane*, por la *Halbrane*...Y ¿por qué el dominio austral había de ser menos privilegiado que el boreal?

El 13 de Enero el contramaestre y yo tuvimos una conversación que justificó mis inquietudes respecto a las malas disposiciones de nuestra tripulación.

Los hombres almorzaban en el puesto, a excepción de Drap y de Stern, en aquel momento de cuarto en la proa. La goleta hendía las aguas, impulsada por fresca brisa con todo

su velamen desplegado. Francis en el timón, gobernaba al Sursudeste. Yo me paseaba entre el palo mesana y el palo mayor, mirando las bandadas de pájaros que lanzaban gritos ensordecedores; algunas de petrales iban a veces a colocarse en la punta de las vergas. No se pretendía apoderarse de ellos; hubiera sido inútil crueldad, pues su carne no es comestible.

En aquel momento Hurliguerly se acercó a mí, después de haber mirado a los pájaros, y me dijo:

-Noto una cosa, señor Jeorling.

-¿Cuál?

-Que esos pájaros no vuelan hacia el Sur tan directamente como lo han hecho hasta ahora. Algunos se disponen a volver al Norte.

-Lo he advertido como usted, Hurliguerly.

-Y añado que los que están abajo no tardarán en volver.

-¿Y qué deduce usted de eso?

-Deduzco que conocen la aproximación del invierno.

-¿Del invierno?

-Sin duda.

-No, contra maestre; y la elevación de la temperatura es tal, que esos pájaros no pueden intentar volver tan prematuramente a regiones menos frías.

-¡Oh!.. ¡Prematuramente, señor Jeorling!...

-¿Pues no sabemos que los navegantes han podido frecuentar siempre los parajes antárticos hasta el mes de Marzo?

-¡No a esta latitud!- respondió Hurliguerly.- ¡No a esta latitud! Además, hay inviernos precoces, como hay estíos

precozes. Este año la buena estación se ha adelantado más de dos meses, y es de temer que la mala se haga sentir más pronto que de ordinario.

-Es muy admisible- respondí- pero, después de todo, poco importa, puesto que antes de tres semanas nuestra campaña habrá terminado.

-Si antes no se presenta algún obstáculo, señor Jeorling.

-¿Cuál?

-Por ejemplo: un continente que se extienda al Sur y nos cierre el camino.

-¿Un continente, Hurliguerly?

-¡No me asombraría mucho, señor Jeorling!

-Y realmente no tendría nada de asombroso.

-En cuanto a las tierras entrevistas por Dirk Peters- añadió Hurliguerly- y sobre las que hubieran podido refugiarse los hombres de la *Jane...*, no creo en ellas.

-Por qué?

-Porque William Guy, que no debía de disponer más que de una embarcación de pequeñas dimensiones, no habrá podido aventurarse tan lejos en estos mares.

-No lo aseguro yo de tan rotunda manera.

-Sin embargo, señor Jeorling...

-¿Qué hubiera habido de sorprendente- exclamé- en que William Guy hubiera tocado tierra en cualquier parte al impulso de las corrientes? Supongo que no habrá permanecido durante ocho meses a bordo de su canoa. Sus compañeros y él habrán podido desembarcar ya en una isla o

en un continente, y éste es motivo bastante para no abandonar nuestras pesquisas.

-Sin duda, pero no todos son de esa opinión- respondió el contramaestre moviendo la cabeza.

-Lo sé, contramaestre, y es lo que más me preocupa. ¿Acaso aumentan las malas disposiciones?

-Lo temo, señor Jeorling. La satisfacción de haber ganado algunos centenares de dollars se ha debilitado mucho, y la perspectiva de ganar algunos más no impide las quejas. No obstante, la prima es apetitosa. Desde la isla Tsalal al polo, admitiendo que se pueda llegar hasta allí, hay seis grados, y seis grados a 2.000 dollars cada uno, hace 12.000 dollars para treinta hombres: ¡400 dollars por cabeza! ¡Linda suma!... Pero, a pesar de esto, ese maldito Hearne trabaja de tal manera a sus camaradas, que yo les veo prontos a largar la barra y la amarra, como suele decirse...

-Por parte de los reclutados lo admito, contramaestre... Pero los antiguos...

-¡Hum!... Hay tres o cuatro que empiezan a reflexionar, y ven con inquietud que la navegación se prolonga.

-Pienso que el capitán Len Guy y su lugarteniente sabrán hacerse obedecer.

-¡Veremos, señor Jeorling! Además, ¿no puede suceder que el mismo capitán se desanime..., que le arrastre el sentimiento de su responsabilidad y que renuncie a proseguir esta campaña?

Sí... También yo lo temía, y para esto no había remedio alguno.

-Respecto a mi amigo Endicott, respondo de él como de mí mismo. Iríamos al fin del mundo-admitiendo que el mundo tenga fin-si el capitán lo quisiere. Pero nosotros dos, Dirk Peters y usted, somos pocos para obligar a los demás.

-¿Y qué se piensa del mestizo?- pregunté.

-A fe mía, que sobre todo a él le acusan nuestros hombres de la prolongación del viaje... Usted, señor Jeorling, ha influido en esto bastante..., pero usted paga, y paga, bien, mientras ese testarudo de Dirk Peters se empeña en que su pobre Pym vive todavía, cuando debe estar ahogado, aplastado..., en fin, muerto, después de once años.

Esta era mi opinión, hasta el punto de que yo no discutía con el mestizo respecto al asunto.

-Vea usted, señor Jeorling- añadió el contraмаestre-, al principio de la travesía Dirk Peters inspiraba alguna curiosidad, que se convirtió en interés cuando salvó a Martín Holt. Ciertamente que no se volvió más comunicativo, ni más hablador que antes. No... El oso no salió de su agujero... Pero ahora ya se sabe quién es, y a fe mía que esto no le ha hecho más simpático. En todo caso él ha sido el que, hablando del yacimiento de tierras al Sur de la isla Tsalal, ha decidido a nuestro capitán a lanzar la goleta en esta dirección; y si actualmente ella ha pasado el grado 86 de latitud, a él se le debe.

-Convengo, en ello, contraмаestre.

-Así es que yo temo que se procure jugarle una mala pasada.

-Dirk Peters se defenderá, y compadezco al que se atreva a tocarle con la punta del dedo.

-Conformes, señor Jeorling. Pero, si se lanzan todos contra él, conseguirán su objeto y le arrojarán al fondo de la cala.

-En fin, aquí estamos nosotros, y espero contar con usted para prevenir toda tentativa contra Dirk Peters. Haga usted que sus hombres entren en razón; hágales comprender que tenemos tiempo de volver a las Falklands antes de que termine la buena estación. Es preciso que sus quejas no den pretexto al capitán para virar sin que hayamos conseguido nuestro objeto.

-Cuenta usted conmigo, señor Jeorling.. Yo le serviré a usted hasta donde pueda.

-Y no se arrepentirá usted de ello, Hurliguerly. Nada más fácil que añadir un cero a los cuatrocientos dollars, que serán entregados a cada hombre, si éste es más que un simple marinero, si desempeña las funciones de contraemaestre a bordo de la *Halbrane*...

Esto era atacar a aquel ente original por su lado flaco, y yo estaba seguro de su apoyo. ¡Sí! El lo intentaría todo para deshacer las maquinaciones de unos, despertar el valor de otros, vigilar sobre Dirk Peters. ¿Conseguiría que la rebelión no estallase a bordo?

Durante los días 13 y 14 no aconteció nada notable. La temperatura descendió de nuevo, lo que me hizo observar el capitán Len Guy mostrándome las numerosas bandadas de pájaros que no cesaban de remontar en la dirección Norte.

Mientras me hablaba comprendía yo que sus últimas esperanzas no tardarían en desaparecer. Y ¿por qué asombrarme de ello?

Del yacimiento indicado por el mestizo no se veía nada, y estábamos ya a más de ciento ochenta millas de la isla Tsalal. A todos los vientos del compás, el mar... nada más que el mar, inmenso, con su horizonte desierto, al que el disco solar se aproximaba desde el 21 de Diciembre, y que desfloraba el 21 de Marzo para desaparecer durante los seis meses de la noche austral. De buena fe, ¿podía admitirse que William Guy y sus cinco compañeros hubiesen podido franquear tal distancia sobre una frágil barca, y tuviéramos aun la probabilidad de recogerlos?

El 15 de Enero, una observación exactamente practicada dio 43° 13' de longitud y 88° 17' de latitud. La *Halbrane* estaba a dos grados del polo, menos de ciento veinte millas marinas.

El capitán no procuró ocultar el resultado de esta observación, y los marineros estaban bastante familiarizados con los cálculos de la navegación para comprenderla. Además, si se trataba de explicarles las consecuencias de ella, ¿no estaban allí Martín Holt y Hardie?

Además, ¿no estaba allí Hearne para exagerarlas hasta el absurdo?

Así, durante la tarde, no pude poner en duda que el *sealing-master* hubiera maniobrado de forma de sobrecitar los espíritus. Los hombres, agrupados al pie del mástil de mesana, hablaban en voz baja, lanzándonos aviesas miradas.

Se celebraban conciliábulos. Dos o tres marineros vueltos a avante hacían gestos de amenaza. En fin, la escena acabó con murmullos tan violentos, que Jem West exclamó:

-¡Silencio!

Y avanzando, dijo con voz breve:

-¡El primero que abra la boca, se las entenderá conmigo!

El capitán Len Guy se había encerrado en su camarote. Pero a cada instante yo esperaba verlo salir, y después de lanzar una última mirada al largo, no dudaba yo que daría orden de virar.

Sin embargo, al siguiente día la goleta siguió la misma dirección. El timonel tenía siempre el cabo al Sur. Por desgracia (circunstancia muy grave), algunas brumas comenzaban a aparecer.

Confieso que yo estaba muy inquieto. Mis dudas aumentaban. ¡Era evidente que el lugarteniente no esperaba más que la orden de cambiar la barra! Por grande que fuera el disgusto del capitán Len Guy, éste no tardaría en dar la orden.

Hacía varios días que yo no había visto al mestizo, o por lo menos, que no había cambiado palabra con él. Evidentemente le habían puesto en cuarentena, y así que aparecía en el puente, todos se apartaban de él. Iba a ponerse de codos en la baranda, y los demás se dirigían a estribor. Sólo el contramaestre, afectando no alejarse, le dirigía la palabra. Verdad que sus preguntas quedaban sin respuesta.

Debo advertir, además, que a Dirk Peters no parecía preocuparle tal situación. Absorto en sus obsesionantes

pensamientos, tal vez no advertía nada. Lo repito: si hubiera oído a Jem West gritar: «¡Cabo al Norte!», no sé a qué actos de violencia se hubiera entregado.

Como parecía evitar mi presencia, yo me preguntaba si no provenía esto de cierto sentimiento de reserva y «para no comprometerme más».

Sin embargo, en la tarde del 17 el mestizo manifestó intención de hablarme, y... ¡jamás! ¡No! ¡Jamás hubiera yo podido imaginar lo que iba a saber por aquella conversación!

Un poco fatigado, y no sintiéndome bien, acababa yo de entrar en mi camarote, cuyo tragaluz lateral estaba abierto, mientras el de atrás estaba cerrado.

Dieron un ligero golpe a la puerta.

-¿Quién es?- pregunté.

-Dirk Peters.

-¿Quiere usted hablarme?

- Sí.

-Voy a salir.

-Si usted quiere... Yo preferiría.... ¿Puedo entrar en su camarote?...

-Entre usted.

El mestizo empujó la puerta y entró.

Sin levantarme del catre, sobre el que estaba extendido, le hice señal de que se sentara en el sillón.

Dirk Peters permaneció en pie.

-¿Qué me quiere usted, Dirk Peters?- pregunté.

-Decirle a usted..., una cosa... Compréndame usted, señor, porque me parece bien que usted sepa..., que usted solamente sepa... En la tripulación no se puede nunca sospechar...

-Si es grave y si teme usted alguna indiscreción... ¿por qué decírmelo?

-¡Sí!... ¡Es preciso!... ¡Sí!... ¡Es preciso! ¡Imposible guardar esto!... ¡Pesa mucho!... ¡Cómo una roca!

Y Dirk Peters se golpeaba violentamente el pecho.

Después, reprimiéndose, añadió:

-Si... Siempre tengo miedo de que se me escape durante el sueño..., que alguno lo oiga..., pues yo sueño con ello...

-¿Usted sueña?-respondí.- ¿Y con qué?

-¡Con él!... ¡Con él! Por esto duermo en los rincones... Solo..., por miedo de que se sepa su verdadero nombre.

Tuve entonces el presentimiento, que el mestizo iba tal vez a responder a una pregunta que yo no le había hecho aun; pregunta relativa a este punto oscuro: ¿por qué, después de haber abandonado Illinois, había ido a vivir en las Falklands bajo el nombre de Hunt?

Cuando le hice la pregunta, él respondió:

-No es eso... no...; no es eso lo que yo quiero...

-Insisto, Dirk Peters, y deseo saber, primeramente, por qué razón no ha permanecido usted en América, y por qué razón ha elegido usted las Falklands...

-¿Por qué razón, señor? Porque quería aproximarme a Pym, a mi pobre Pym; porque, esperaba encontrar en las Falklands una ocasión para embarcarme en un ballenero con destino a la mar austral.

-Pero ese nombre de Hunt...

-¡Yo no quería el mío!... ¡No!... ¡No quería el mío a causa del asunto del *Grampus!*

El mestizo acababa de hacer alusión a la escena efectuada a bordo del brick americano, cuando se decidió entre Augusto Barnard, Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Parker que uno de los cuatro sería sacrificado, a la suerte, para servir de alimento a los otros tres. Yo recordaba la resistencia de Arthur Pym, y cómo se vio obligado a no rehusar su papel en la tragedia que iba a representarse-tal es su propia frase,-y el horrible acto, cuyo cruel recuerdo debía de envenenar la existencia de todos los que habían sobrevivido.

Sí... Arthur Pym tenía en sus manos las pajas para la suerte... La más corta designaría a la víctima...; y habla de aquella especie de involuntaria ferocidad que él sintió de engañar a sus compañeros, de... hacer trampa... - ésta es la palabra que emplea... - Pero no la hizo, y pide perdón por haber tenido tal idea... Póngase uno en su caso...

Después se decide y presenta su mano, que guarda las cuatro astillitas.

Dirk Peters saca el primero. La suerte le ha favorecido... Nada tiene que temer.

Arthur Pym piensa que existe una probabilidad más en contra suya.

Augusto Barnard saca a su vez... Salvo también.

Ahora Arthur Pym piensa que las probabilidades son las mismas para Parker y él.

En este momento toda la ferocidad del tigre se apodera de su alma... Siente contra su pobre compañero, su semejante, el odio más intenso y más diabólico...

Cinco minutos transcurren antes que Parker ose sacar.

Al fin Arthur Pym, con los ojos cerrados, ignorando si la suerte le ha favorecido o le ha sido contraria, siente que una mano coge la suya...

Era la mano de Dirk Peters... Arthur Pym acababa de escapar a la muerte.

Y entonces el mestizo se precipita sobre Parker, que es derribado de un golpe en la espalda... Sigue la espantosa contienda..., ¡y las palabras no tienen virtud bastante para conmover al espíritu con el completo horror de la realidad!...

¡Sí! Yo conocía esta horrible historia, no imaginaria, como largo tiempo había creído. He aquí lo que había pasado a bordo del *Grampus* el 16 de Julio de 1827, y era inútil que yo buscase la razón por la que Dirk Peters acababa de recordármela.

No iba a tardar en saberlo.

-Y bien, Dirk Peters- le dije.- Le pregunto a usted, puesto que había ocultado usted su nombre, ¿por qué le ha revelado cuando la *Halbrane* estaba anclada en la isla Tsalal?... ¿Por qué no ha conservado usted el de Hunt?

-Señor...Compréndame...Se dudaba de ir más lejos... Se quería retroceder...Estaba decidido..., y entonces pensé...¡sí!...que diciendo que yo era Dirk Peter..., el compañero del pobre Pym..., se me escucharía..., se creería que aun estaba vivo..., se iría en su busca...Y, sin embargo...,

era muy grave, pues era confesar que yo había matado a Parker... Pero el hambre... el hambre devoradora...

Vamos, Dirk Peters- respondí.- Usted exagera... ¡Si la suerte le hubiera sido adversa, usted hubiera sufrido la de Parker!...Realmente no se le puede acusar de un crimen...

-Señor... Compréndame usted. ¿Acaso la familia de Parker hablaría como usted lo hace?

-¿Su familia?... ¿Tenía parientes?

-Sí...; y por eso, en la relación, Pym le cambió el nombre...Parker no se llamaba Parker... Se llamaba...

-Arthur Pym ha obrado muy cuerdamente- respondí,- y en cuanto a mí, no quiero saber el verdadero nombre de Parker... Guarde usted ese secreto.

-¡No!... ¡Yo se lo diré a usted! ¡Esto me pesa demasiado! Y tal vez me aliviaré cuando le diga a usted..., señor Jeorling...

-¡No, Dirk Peters, no!...

-Se llamaba Holt... Ned Holt.

-¡Holt!... exclamé.- Lo mismo que nuestro maestro velero...

-Que es su propio hermano, señor...

-¡Martín Holt... hermano de Ned!

-¡Sí!... ¡Compréndame usted!... ¡Su hermano!

-Pero él cree que Ned Holt ha perecido, como los demás, en el naufragio del *Grampus*...

-No fue así...; y si él supiera que yo...

En aquel momento, una violenta conmoción me arrojó del catre.

La goleta acababa de dar tal sacudida sobre estribor, que faltó poco para que naufragase.

Y oí una voz irritada que decía:

-¿Quién es el perro que está al timón?

Era la voz de Jem West, y aquel a quien interpelaba de tal modo, Hearne.

Me lancé fuera de mi camarote.

-¿Has abandonado la rueda?- repetía Jem West, que había cogido a Hearne por el cuello de la blusa.

-Lugarteniente... Yo ignoraba...

-¡Sí!... ¡Es preciso que la hayas dejado..., y por poco zozobra la goleta!...

Era evidente que Hearne, por uno u otro motivo, había abandonado un momento el timón.

-Gratián-gritó Jem West, llamando a uno de los marineros,- coge la barra... y tú, Hearne, al fondo de la cala...

De repente se oyó el grito de «¡Tierra!», y todas las miradas se dirigieron al Sur.

XXII

TIERRA ...

Con esta palabra encabeza Edgard Poe el capítulo XVII de su libro, y me ha parecido oportuno colocarla al frente del capítulo XXII de mi relato entre una interrogación.

Esta palabra, caída de lo alto del palo de mesana, ¿designaba una isla o un continente? Y continente o isla, ¿no nos esperaba allí un desengaño? ¿Estarían allí los que íbamos a buscar? Y Arthur Pym... muerto indudablemente, a pesar de la afirmación de Dirk Peters, ¿había puesto la planta en aquella tierra?

Cuando este grito resonó a bordo de la *Jane* el 17 de Enero de 1828, día lleno de incidentes, el diario de Arthur Pym dice que fue en la forma siguiente:

-¡Tierra por la serviola de estribor!

Tal hubiera podido ser a bordo de la *Halbrane*.

En efecto: por el mismo lado se dibujaban ligeramente algunos contornos, por encima de la línea del cielo y del mar.

Verdad que la tierra que había sido anunciada en esta forma a los marineros de la *Jane* era el islote Bennet, árido, desierto, al que siguió, a menos de un grado al Sur, la isla Tsalal, fértil entonces, habitable, habitada, y en la que el capitán Len Guy esperaba encontrar a sus compatriotas. Pero, ¿qué sería para nuestra goleta, aquella tierra desconocida, cinco grados más al Sur en las profundidades de la mar austral? ¿Estaría allí el objeto tan ardientemente deseado, con tanta obstinación buscado? Allí los dos hermanos, William y Len Guy, ¿caerían uno en brazos del otro?

¿Se encontraba la *Halbrane* al término de un viaje, cuyo feliz éxito estaba asegurado por el repatriamiento de los sobrevivientes de la *Jane*? Repito que me sucedía lo que al mestizo. Nuestro objeto no era éste únicamente... Sin embargo, puesto que ante nosotros se presentaba tierra, preciso era inspeccionarla... Después veríamos.

El grito de tierra nos distrajo de nuestras cavilaciones. No pensé en la confidencia que Dirk Peters acababa de hacerme, y tal vez el mestizo la olvidó, pues se lanzó a proa, y sus miradas no se apartaban ya del horizonte.

En cuanto a Jem West, al que nada distraía de su servicio, reiteró sus órdenes. Gratián se puso al timón y Hearne fue encerrado en la cala.

Justo castigo, contra el que nadie debía protestar, pues la distracción o descuido de Hearne había comprometido por un instante a la goleta. Sin embargo, cinco o seis marinos de

las Falklands dejaron escapar algunos murmullos. Un gesto del lugarteniente los hizo callar, y ellos volvieron a su puesto.

No hay que decir, que, al grito del vigía, el capitán Len Guy se había lanzado fuera de su camarote, y con mirada febril observaba aquella tierra, distante entonces unas diez o doce millas.

Repito que yo no pensaba ya en el secreto que Dirk Peters acababa de confiarme. Mientras tal secreto permanecía entre los dos- y ni él ni yo lo revelaríamos- nada había que temer. Pero si una desdichada casualidad hacía que Martín Holt supiese que el nombre de su hermano había sido sustituido por el de Parker...; que el infortunado no había perecido en el naufragio del *Grampus*; que, designado por la suerte, había sido sacrificado para impedir que sus compañeros murieran de hambre...; que Dirk Peters, a quien él, Martín Holt, debía la vida, le había muerto...

He aquí pues, la razón por la que el mestizo rehusaba obstinadamente la gratitud de Martín Holt; por qué huía de él...

La goleta marchaba con la prudencia que exigía una navegación sobre aquellos parajes desconocidos. Tal, vez allí había altos fondos, arrecifes a flor de agua, y se corría el riesgo de chocar con ellos. Un choque en las condiciones en que la *Halbrane* se encontraba, aun en el supuesto de que pudiera ser puesta a flote de nuevo, hubiera hecho imposible su regreso antes del invierno.

Jem. West había dado orden de disminuir el velamen. Después que el contra maestre hizo acortar juanetes, gavia y

ballestilla, la *Halbrane* quedó bajo su cangreja, su mesana y sus focos, velamen suficiente para franquear en algunas horas la distancia que la separaba de tierra.

En seguida el capitán Len Guy hizo practicar un sondaje, que acusó ciento veinte brazas de profundidad. Otros sondajes indicaron que la costa, muy acantilada, debía prolongarse bajo las aguas por una muralla a pico. Sin embargo, como era posible que el fondo remontase brusca-mente en vez de unirse al litoral por alargada pendiente, se avanzó sin dejar la sonda.

El tiempo era bueno, por más que al Sudeste y Suroeste el cielo aparecía brumoso, de donde nacía alguna dificultad para reconocer los bajos lineamentos que se dibujaban como vapor flotante, apareciendo y desapareciendo entre las brumas.

Estábamos de acuerdo, no obstante, para atribuir a aquella tierra una altura de 25 a 30 toesas, en su parte más elevada al menos.

¡No!... No era admisible que fuéramos juguetes de una ilusión, y, sin embargo, extraño temor atormentaba a nuestro espíritu; pero, después de todo, ¿no es natural que el corazón sea asaltado de mil dudas cuando se llega al objeto tan ansiosamente perseguido? ¡Había puestas tantas esperanzas en aquel litoral solamente entrevisto, y nacería tanta desanimación si no había allí más que un fantasma... una sombra impalpable! ¡A esta idea mi cerebro se turbaba, se alucinaba! ¡Parecía que la *Halbrane* se reducía a un bote perdido en aquella inmensidad... lo contrario de aquella mar

infinita, de la que habla Edgard Poe, donde el navío crece... crece como cuerpo vivo!...

Cuando los mapas dan detalles sobre la hidrografía de las costas, sobre la naturaleza de los sitios propios para desembarcar, sobre las bahías o ensenadas, se puede navegar con cierta audacia. En otra región cualquiera, sin ser motejado de temerario, un capitán no hubiera dejado para el siguiente día la orden de anclar cerca de la ribera. ¡Pero aquí era preciso tanta prudencia! ¡Y, sin embargo, ante nosotros no había obstáculo alguno!... Además, la atmósfera no debía perder su claridad durante la noche. En la época en que nos encontrábamos, el astro radioso no se ponía aun en el horizonte del Oeste, y sus rayos bañaban con incesante luz el vasto dominio de la Antártida.

El libro de a bordo consignó, a partir de esta fecha, que la temperatura no cesó de experimentar continua baja. El termómetro expuesto al aire y a la sombra no marcaba más que treinta y dos grados (0° c). Sumergido en el agua, no indicaba más que veintiséis (3° 33 c. bajo cero). ¿De dónde provenía este descenso encontrándonos en pleno verano antártico? Fuera la que fuera la causa, los marineros habíanse visto en la necesidad de volver a ponerse sus vestidos de lana, que habían dejado un mes antes, después de franquear el banco de hielo.

Verdad que la goleta marchaba en la dirección del viento, y los primeros síntomas del frío fueron menos sensibles. Por lo demás, como fácilmente se comprende, iba a ser preciso

apresurarse, pues el retraso en aquella región, exponiéndose a los peligros de invernar, hubiera sido desafiar a Dios.

El capitán Len Guy hizo señalar el curso de la corriente, enviando pesadas sondas, y reconoció que empezaba a separarse de su dirección.

-¿Es un continente lo que se extiende ante nosotros? ¿Es una isla?- dijo.- Nada nos permite asegurarlo. Si es un continente, debemos deducir que la corriente debe atravesar una abertura hacia el Sudeste...

-Efectivamente; es posible- respondí,- que la parte sólida de la Antártida quede reducida a un sencillo cascote polar, cuyos bordes podremos rodear. En todo caso, es conveniente tomar nota de las observaciones que presenten cierta exactitud.

-Así lo hago, señor Jeorling, y llevaremos gran cantidad de datos acerca de esta porción de la mar austral, datos que prestarán grandes servicios a los futuros navegantes...

-¡Si es que alguno se aventura hasta aquí, capitán! Para que lo consiguiéramos nosotros, preciso ha sido que las circunstancias nos favorecieran; la precocidad de la buena estación, una temperatura superior a la normal... el rápido arrastre de los témpanos... En veinte, en cuarenta años, ¿se ofrecerán estas circunstancias una vez más?...

-Así, yo doy gracias por ello a la Providencia, y me vuelve la esperanza. Puesto que el tiempo nos ha favorecido de continuo, ¿por qué mi hermano, por qué mis compatriotas no han podido encontrar tierra en esta costa, a la que los vientos y la corriente les arrastraban? Lo que nuestra goleta

ha hecho, su canoa ha podido hacerlo. Ellos no habrán partido sin llevar provisiones para un viaje que podía prolongarse indefinidamente. ¿Por qué no han de haber encontrado allí los recursos que la isla Tsalal les había ofrecido durante largos años? Ellos poseían municiones y armas. El pescado abunda en estos parajes; la caza acuática también. Sí... ¡Mi corazón está lleno de esperanza, y deseo que pase el tiempo!

Sin participar por completo de la confianza del capitán Len Guy, yo me felicitaba de que hubiera vuelto a recobrar sus esperanzas.

Tal vez, si sus pesquisas tenían buen resultado, yo conseguiría que fuesen continuadas, en interés de Arthur Pym, hasta el interior de aquella tierra de la que no estábamos muy lejos.

La *Halbrane* avanzaba lentamente por la superficie de aquellas aguas claras, donde pululaban pescados pertenecientes a las más distintas especies. Los pájaros marinos se mostraban en gran número, sin manifestar gran susto, volando en torno de la arboladura o inclinándose sobre las vergas. Varios cordones blancuzcos de una extensión de cinco a seis pies fueron subidos a bordo.

Eran verdaderos rosarios de millones de cuentas, formados por la aglomeración de pequeños moluscos de resplandecientes colores.

Algunas ballenas arrojando agua por sus orificios aparecieron a lo lejos, y yo advertí que todas tomaban la

dirección Sur. Había, pues, por qué admitir que la mar se extendiese a lo lejos en tal dirección.

La goleta avanzó dos o tres millas, sin procurar aumentar su velocidad. ¿La costa vista por vez primera se desarrollaba del Noroeste al Sudeste? Ninguna duda sobre este punto. Sin embargo, los anteojos no podían recoger ningún detalle, ni aun después de tres horas de navegación. La tripulación, colocada en la proa, miraba sin dejar traslucir sus impresiones. Jem West, después de haberse izado a las barras del mástil de mesana, donde había permanecido diez minutos en observación, no había aportado detalle alguno preciso.

Colocado a babor, y de codos sobre la baranda, yo seguía con la mirada la línea del cielo y de la mar, cuyo círculo solamente al Este se interrumpía.

En aquel momento el contraмаestre se reunió a mí, y sin mas preámbulo me dijo:

-¿Me permite usted que le diga lo que pienso, señor Jeorling?

-Dígalo usted, salvo que yo no participe de su idea si no la creo justa-respondí.

-Lo es, y a medida que nos acerquemos, preciso será estar ciego para no verlo.

-¿Y qué es lo que usted piensa?

-Que no es una tierra lo que se presenta ante nosotros, señor Jeorling.

-¿Dice usted?

-Mire usted con atención colocando la mano ante los ojos. Espere usted. Por la serviola de estribor.

Yo hice lo que Hurliguerly me pedía.

-¿Ve usted?- continuó él.- Que se me quite el deseo de beber mi vaso de whisky si esas masas no se mueven, no con relación a la goleta, sino con movimiento propio.

-¿Y qué deduce usted?

-Que son *ice-bergs* en movimiento.

-¿*Ice-bergs*?

-Seguramente, señor Jeorling.

¿El contramaestre estaba en lo cierto? ¿Nos esperaba, pues, un nuevo desengaño? ¿Lo que tomábamos por tierra eran montañas de hielo en derivación?

Bien pronto no quedó duda respecto a este punto, y, algunos instantes después la tripulación no creía en la existencia de tierra en aquella dirección.



Diez minutos después el vigía anunciaba que varios *ice-bergs* descendían del Noroeste en dirección oblicua hacia la *Halbrane*.

¡Qué efecto más deplorable produjo la noticia a bordo! ¡Nuestra última esperanza acababa de desaparecer! Y ¡qué golpe para el capitán Len Guy! ¡Sería preciso buscar la tierra

de la zona austral en las más bajas latitudes, sin tener nunca la seguridad de encontrarla!

-¡Apareja para virar!- fue el grito casi unánime que sonó sobre la *Halbrane*.

Sí. Los reclutados en las Falklands manifestaban su voluntad; exigían que se diera la vuelta, aunque Hearne no estuviera allí para excitar a la indisciplina; y- debo confesarlo- la mayoría de los antiguos tripulantes parecía estar de acuerdo con ellos.

Jem West, sin atreverse a imponer silencio, esperaba las órdenes de su jefe.

Gratián, al timón, parecía dispuesto a dar vuelta a la rueda, mientras que sus camaradas, las manos sobre los tacos, se disponían a largar las escotas.

Dirk Peters, apoyado contra el mástil de mesana, la cabeza baja, el cuerpo encorvado y la boca contraída, permanecía inmóvil, y ni una palabra se escapaba de sus labios.

De pronto se vuelve hacia mí, y me dirige una mirada llena de súplica y de cólera.

No sé qué irresistible impulso me llevó a intervenir personalmente en el caso, a protestar una vez más. Un último argumento acababa de presentarse a mi espíritu, argumento cuyo valor no podía ser negado.

Tomé, pues, la palabra resuelto a sostener mi idea contra todos, y lo hice con tal acento de convicción que nadie intentó interrumpirme.

He aquí, en sustancia, lo que dije:

-¡No!... ¡No debemos abandonar toda esperanza! ¡La tierra no debe de estar lejos! ¡No tenemos delante uno de esos bancos de hielo que no se forman más que en pleno Océano por la acumulación de témpanos! Son *ice-bergs*, y éstos han debido necesariamente separarse de una base sólida, de un continente o de una isla. En esta época en que el deshielo comienza, la deriva les ha arrastrado hace poco tiempo. Tras ellos debemos encontrar la costa en que se han formado. Veinticuatro horas, cuarenta y ocho a lo más, y si la tierra no aparece, el capitán Len Guy dará orden de que se ponga el cabo al Norte.

¿Había yo convencido a la tripulación, o debía intentarlo con el ofrecimiento de una doble prima, aprovechando la circunstancia de no estar Hearne entre sus camaradas, y de no poder excitarles repitiéndoles que se pretendía arrastrar a la goleta a su perdición? El contraмаestre vino en mi ayuda, y con alegre tono dijo:

-Muy bien razonado; y por lo que a mí se refiere, me rindo a la opinión del señor Jeorling. Seguramente la tierra está cerca. Buscándola más allá de estos *ice-bergs*, la descubriremos sin fatigas ni grandes peligros, ¿Qué es un grado al Sur, cuando se trata de meter algunos centenares más de dollars en el bolsillo? ¡Y no olvidemos que si son agradables cuando entran, no lo son menos cuando salen!

El cocinero Endicott asintió a las palabras del contraмаestre.

-¡Sí... muy buenos, los dollars!- exclamó mostrando dos hileras de dientes de alumbradora blancura.

¿Iba la tripulación a rendirse a los argumentos de Hurliguerly, o procuraría resistir si la *Halbrane* se lanzaba en dirección hacia los *ice-bergs*?

El capitán Len Guy tomó de nuevo su anteojo y le dirigió sobre las masas movientes, observándolas con extrema atención, y después gritó con voz fuerte:

-¡Cabo al Sursuroeste!

Jem West dio la orden de ejecutar la maniobra. Los marineros dudaron un instante. Después obedecieron y se pusieron a bracear ligeramente las vergas, a atiesar las escotas, y la goleta recobró su velocidad. Terminada la operación, me acerque a Hurliguerly, y llevándole aparte, le dije:

-Gracias, contraмаestre.

-¡Eh! Señor Jeorling, bueno es por esta vez-respondió meneando la cabeza. -Pero no recomencemos... Todo el mundo estaría en contra mía... Quizás hasta Endicott...

-Nada he presagiado que no sea posible- repliqué vivamente.

-Estoy conforme..., y la cosa se puede sostener con algún viso de verosimilitud.

-Sí... Hurliguerly..., sí... Pienso lo que he dicho, y no dudo que acabaremos por ver tierra más allá de los *ice-bergs*.

-¡Posible, señor Jeorling, posible! Lo que hace falta es que aparezca antes de dos días, pues, si no, a fe de contraмаestre que sería preciso virar. Durante las veinticuatro horas siguientes se caminó hacia el Sursuroeste. Verdad es que la dirección de la *Halbrane* tuvo que ser modificada varias veces y reducida su velocidad en medio de los témpanos. La

navegación se hizo muy difícil desde que la goleta se lanzó al través de los *ice-bergs*, que tenía que cortar oblicuamente. Por lo demás, no había ninguno de esos *packs*, de esos *drifts* que bordeaban el banco de hielo en el paralelo setenta; nada del desorden que presentan los parajes del círculo polar, combatidos por las tempestades antárticas. Las enormes masas derivaban con majestuosa lentitud. Los bloques parecían *nuevos*, para emplear la frase propia, y tal vez su formación databa de pocos días. Sin embargo, con una altura de ciento a ciento cincuenta pies, su volumen debía cifrarse en millones de toneladas.

Jem West vigilaba para evitar los choques, y no abandonaba ni un instante el puente:

Inútilmente, por entre los pasos que los *ice-bergs* dejaban entre ellos, procuró distinguir indicios de una tierra cuya orientación hubiese obligado a nuestra goleta a ir más directamente hacia el Sur.

Nada distinguía.

Por lo demás, y hasta entonces, el capitán Len Guy había podido tener siempre por ciertas las indicaciones del compás. El polo magnético, alejado ahora varios centenares de millas, puesto que su longitud es oriental, no tenía influencia sobre la brújula. La aguja, en vez de esas variaciones de seis a siete *rhumbs* que la agitan en la vecindad del polo, conservaba su estabilidad y podía uno fiarse de ella.

Así, pues, a despecho de mi convicción- que, no obstante, se fundaba en argumentos serios,- no había allí señales de tierra, y yo me preguntaba si no sería mejor poner el cabo

más al Oeste y alejar a la *Halbrane* del punto extremo donde se cruzan los meridianos del globo.

De forma que, a medida que transcurrían aquellas cuarenta y ocho horas que me habían sido concedidas, los ánimos desfallecían poco a poco y retoñaba la rebeldía. Día y medio más, y no me sería posible combatir el general desfallecimiento. La goleta volvería definitivamente hacia el Norte.

La tripulación maniobraba en silencio cuando Jem West, con voz breve, daba la orden de evolucionar al través de los pasos. No obstante a pesar de la continua vigilancia, a pesar de la habilidad de los marineros y de la pronta ejecución de las maniobras, de vez en cuando se producían peligrosos frotamientos contra el casco, que dejaba a su paso grandes manchas de alquitrán sobre aquellos *ice-bergs*. Y en verdad, el más valiente no podía evitar un sentimiento de terror al pensamiento de que el agua hubiera podido invadirnos...

Conviene notar que la base de aquellas montañas flotantes era muy acantilada. Un desembarco hubiera sido impracticable. Así no veíamos ninguna de esas focas, de ordinario tan numerosas en los parajes donde abundan los *ice-fields*, ni bandadas de esos pingüinos que en otra época la *Halbrane* hacía caer por millares a su paso. Los mismos pájaros parecían más raros y asustadizos.

De aquellas regiones desoladas y desiertas emanaba una impresión de angustia y de horror, a la que ninguno de nosotros podía sustraerse. ¿Cómo conservar la esperanza de que los sobrevivientes de la *Jane*, si habían sido arrastrados a

aquellas espantosas soledades, hubieran podido encontrar refugio en ellas y asegurar su existencia? Y si la *Halbrane* a su vez naufragaba, ¿quedaría un solo testigo de la catástrofe?

Pude observar que desde la víspera, a partir del momento en que la dirección del Sur había sido abandonada para cortar la línea de los *ice-bergs*, en la actitud habitual del mestizo habíase operado brusco cambio. La mayor parte del tiempo permanecía al pie del palo de mesana, y no se levantaba más que para echar mano a alguna maniobra, sin demostrar en su trabajo ni el celo ni la vigilancia de otra época. Parecía desanimado. No porque hubiera renunciado a creer que su compañero de la *Jane* vivía, pues pensamiento tal no podía nacer en su cerebro... Pero, por instinto, comprendía que, siguiendo la dirección que seguíamos, no se encontrarían las huellas del pobre Pym.

« Señor- me hubiera dicho.- Compréndame... No es allí... No es allí... »

¿Y qué hubiera yo podido responderle?

A las siete de la tarde se levantó una bruma bastante espesa, que iba a hacer mala y peligrosa la navegación de la goleta.

Aquel día de emociones, de ansiedad, de alternativas crueles, me había puesto algo enfermo. Así, pues, entré en mi camarote, y vestido me tendí en mi catre.

No pude conciliar el sueño. Obsesionábanme crueles pensamientos. Mi imaginación, tan reposada en otra época, estaba sobrecitada. Creo que la constante lectura de las obras de Edgard Poe y el medio extraordinario en que sus

héroes realizaron sus aventuras habían ejercido sobre mí una influencia, de la que no me daba cabal cuenta.

Al siguiente día iban a terminar las cuarenta y ocho horas, última limosna que la tripulación concedía a mis instancias.

-¿No marcha la cosa como usted desea?- me había dicho el contramaestre en el momento en que yo penetraba en el *rouf*.

No, puesto que la tierra no se presentaba tras la flotilla de los *ice-bergs*, y el capitán Len Guy pondría al siguiente día el cabo al Norte.

¡Ah!... ¡Que no fuera yo el amo de la goleta! ¡Si la hubiera podido comprar, aun a precio de toda mi fortuna; si aquellos hombres hubieran sido esclavos míos que yo hiciera obedecer a latigazos, la *Halbrane* no hubiera abandonado jamás aquella campaña, así hubiera tenido que llegar hasta el punto de la Antártida sobre el que la cruz del Sur arroja sus resplandecientes luces!

¡En mi agitado cerebro bullían mil pensamientos, mil ansias!

¡Quería levantarme, y antojábaseme que poderosa o irresistible mano me clavaba en el lecho! Se apoderaba de mí el deseo de abandonar en el instante aquel camarote donde luchaba con las pesadillas de incompleto sueño, de lanzar a la mar una de las canoas de la *Halbrane*, y arrojarme en ella con Dirk Peters, que no vacilaría en seguirme..., y después abandonarnos a la corriente que se propagaba hacia el Sur.

Y lo hacía... Sí... Lo hacía en sueños... Estábamos en el día siguiente. El capitán Len Guy, después de lanzar una última

mirada al horizonte, ha dado la orden de virar. Una de las canoas está allí. Yo prevengo al mestizo. Nos deslizamos hasta ella, sin ser vistos. Cortamos la cuerda. Mientras la goleta sigue adelante, nosotros quedamos atrás, y la corriente nos lleva...

Vamos así hasta la mar libre... Al fin nuestra canoa se detiene. Allí hay tierra... Creo ver una especie de esfinge que domina el casquete austral...La esfinge de los hielos... Me dirijo a él... Le pregunto... El me entrega los secretos de aquellas misteriosas regiones... Y entonces, en torno del mitológico monstruo, aparecen los fenómenos, cuya realidad afirmaba Arthur Pym. La cortina de vagos vapores, hendidos de rayas luminosas, se desgarran... ¡Y ante mis ojos no se presenta el cuerpo de sobrehumana grandeza..., sino el de Arthur Pym, feroz guardián del polo Sur, desplegando al viento de las altas latitudes el pabellón de los Estados Unidos de América!...

Este sueño fue bruscamente interrumpido, o se modificó al capricho de una imaginación alocada... No lo sé; pero tuve el sentimiento de que acababa de ser repentinamente despertado. Parecióme que se efectuaba un cambio en el balanceo de la goleta, que, suavemente inclinada sobre estribor, se deslizaba por la superficie de aquella mar tan tranquila... Y, sin embargo, aquello no era el vaivén propio del barco.

Sí... Positivamente, yo me sentí levantado como si mi lecho fuera la barquilla de un aerostato..., como si los efectos del peso se hubieran extinguido en mí.

No me engañaba. Había pasado del sueño a la realidad.

Varios golpes, cuya naturaleza no comprendía aun, resonaron sobre mi cabeza. En el interior del camarote las paredes desviaban de la vertical, hasta el punto de hacer sospechar que la *Halbrane* se volvía sobre su costado. Casi en seguida fui arrojado de mi lecho, y poco faltó para que el ángulo de la mesa me golpease en el cráneo. Me levanté al fin y conseguí asomarme al montante de la puerta, que cedió bajo mis pies.

En este instante oí un ruido de desgarramiento en el flanco de babor.

¿Era que se había producido un choque entra la goleta y alguna de aquellas colosales masas flotantes que Jem West no había podido evitar en medio de las brumas?

De repente, violentas vociferaciones estallaron en la popa, después gritos de espanto, a los que se mezclaban las voces alocadas de la tripulación.

En fin, se produjo un último choque, y la goleta quedó inmóvil.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO.

CUADERNO TERCERO

XXIII

EL «ICE BERG» VOLTEADO.

Me dirigí a cubierta para ganar el puente. El Capitán Len Guy, que había abandonado su camarote, arrastrábase sobre sus rodillas, tan inclinada estaba la banda, y como pudo fue a agarrarse al listón de barraganete de las empavesadas.

Hacia la proa, entre el castillo y el mástil de mesana, algunas cabezas asomaban entre los pliegues de la trinquete abatida como un toldo caído.

Eran las de Dirk Peters, Hardie, Martín Holt y Endicott, suspendidos a los obenques de estribor.

Es de suponer que en aquel momento el contramaestre y el cocinero hubieran cedido a un 50 por 100 las primas ofrecidas desde el paralelo 84.

Un hombre se arrastró hasta mí, pues la pendiente le impedía mantenerse en pie. Era Hurliguerly. Extendido a lo largo, con los pies apoyados contra el dintel de la puerta, yo

no temía deslizarme hasta la extremidad del pasadizo. Ayudé al conremaestre a que se levantara, no sin trabajo.

-¿Qué hay?- le pregunté.

-Un encallamiento, señor Jeorling.

-¿Estamos en la costa?- exclamé.

-Una costa supone una tierra-respondió irónicamente el conremaestre,- y no la hay más que en la imaginación de ese diablo de Dirk Peters.

-En fin..., ¿qué ha sucedido?

-Pues un *ice-berg* en plena bruma... un *ice-berg* que no hemos podido evitar.



-¿Un *ice-berg*, contramaestre?

Un *ice-berg* que ha elegido este instante para dar una voltereta; al volverse ha encontrado a la *Halbrane* y la ha levantado como una raqueta a un volante, y henos aquí encallados a una regular centena de pies sobre el nivel de la mar antártica.

¿Hubiera podido imaginarse desenlace más terrible a la aventurada campaña de la *Halbrane*? En medio de aquellos extremos parajes, nuestro único medio de transporte acababa de ser arrancado de su elemento natural, levantado, por la palanca de un *ice-berg*, a una altura que pasaba de 100 pies. ¡Sí! Lo repito; ¡qué desenlace! Hundirse en lo más fuerte de una tempestad, ser destruidos en un ataque de salvajes, ser aplastado entre dos témpanos, estos son peligros a los que se expone todo navío que se aventura en los mares polares. Pero que la *Halbrane* hubiera sido levantada por una montaña flotante en el momento en que esta montaña se volvía, y que hubiese encallado casi en su cima ¡no!, esto pasaba los límites de lo verosímil.

¿Con los medios de que disponíamos conseguiríamos bajar la goleta de aquella altura? Yo lo ignoraba. Lo que sabía era que el capitán Len Guy, el lugarteniente y los antiguos de la tripulación, recobrados del primer espanto, no eran gentes que se desanimaran por terrible que fuera la situación. De esto no tenía yo la menor duda... Sí... Ellos emplearían todos sus esfuerzos para la salvación común. Respecto a las medidas que sería preciso tomar, nadie lo hubiera podido decir aun.

En efecto: un velo de bruma gris envolvía al *ice-berg*. No se distinguía nada de su masa enorme, a no ser la anfractuosidad en la que la goleta estaba hundida, ni el lugar que ocupaba en medio de aquella flotilla en derivación hacia el Sudeste.

La más elementaria prudencia exigía evacuar la *Halbrane*, cuyo deslizamiento podía ser determinado por alguna brusca sacudida del *ice-berg*. ¿Estábamos siquiera seguros de la estabilidad de éste? ¿No se podía temer que diese otra vuelta? Y si la goleta caía en el vacío, ¿quién de nosotros hubiera podido salir sano y salvo de tal caída, y después del hundimiento final, en las profundidades del abismo?

En algunos minutos la tripulación abandonó a la *Halbrane*. Todos buscamos refugio sobre el talud, esperando que los vapores que cubrían al *ice-berg* se disipasen. Los oblicuos rayos solares no lograban atravesarles, y apenas si el disco rojizo se distinguía al través de aquel montón de opacas vesículas que extinguían la luz.

No obstante, a distancia de once pasos podíamos distinguírnos los unos a los otros. En cuanto a la *Halbrane*, no presentaba más que una masa confusa, cuyo negruzco color se destacaba vivamente sobre la blancura de los témpanos.

Entonces nos preguntamos si alguno de los que estaban en el puente de la goleta en el momento de la catástrofe no había sido arrojado al mar. A la orden del capitán, los marineros presentes se unieron al grupo formado por el lugarteniente, el contraamaestre, Hardie, Martín Holt y yo. Jem

West pasó lista. Cinco de nuestros hombres no respondieron; el marinero Drap, uno de los antiguos tripulantes, y cuatro de los nuevos, a saber: dos ingleses, un americano y uno de los fueguinos embarcados en las Falklands.

Así, aquella catástrofe costaba la vida a cinco de los nuestros, las primeras víctimas de la campaña desde la partida de las Kerguelen... ¿Serían las últimas?

No era dudoso que aquellos desdichados hubieran perecido, pues en vano se les llamó, y en vano se les buscó sobre los flancos del *ice-berg* y por todas partes donde pudieran estar.

Las tentativas hechas, una vez disipadas las brumas, fueron inútiles. En el momento en que la *Halbrane* fue cogida por debajo, la sacudida fue tan violenta, tan repentina, que aquellos hombres no tuvieron fuerza para sostenerse, y, verosíblemente, jamás se encontrarían sus cuerpos, que la corriente había debido de arrastrar.

Cuando la desaparición de los cinco hombres fue un hecho, la desesperación invadió todos los espíritus. ¡Entonces apareció más vivamente la horrible perspectiva de los peligros que amenazan a una expedición al través de la zona antártica!

-¿Y Hearne?- preguntó uno.

Martín Holt acababa de arrojar este nombre en medio del silencio general. El *sealing-master*, del que nos habíamos olvidado, ¿había sido aplastado en el recinto estrecho, de la cala donde estaba encerrado?

Jem West se lanzó hacia la goleta, se tiró por medio de una amarra que pendía de proa, y llegó al puesto, por el que se penetraba en aquel lado de la cala...

Nosotros esperábamos, inmóviles y silenciosos, saber la suerte de Hearne, por más que el genio malo de la tripulación fuese poco digno de lástima.

No obstante, ¡cuántos de nosotros pensábamos entonces que si sus consejos hubieran sido oídos, si la goleta hubiera tomado la dirección Norte, no nos veríamos en el duro trance de tener por único refugio una montaña de hielo en derivación! Y en esto, ¡cuál no era mi responsabilidad, pues yo había arrastrado a la prolongación de aquella campaña!

Al fin el lugarteniente apareció en el puente, y tras él Hearne.

Por milagro, ni los tabiques, ni las tablas que revestían el interior de la cala habían cedido.

Hearne se deslizó a lo largo de la goleta y se reunió a sus camaradas sin pronunciar palabra, y no hubo para qué ocuparse más de él.

A las seis de la mañana la niebla se disipó por efecto del descenso acentuado de la temperatura. No se trataba de esos vapores cuya congelación es completa, sino mas bien del fenómeno llamado *frost-rime*, o humo helado, que se produce algunas veces en estas altas latitudes. El capitán Len Guy lo reconoció en las fibras prismáticas, con la punta dirigida en sentido del viento, que lanzaba la ligera costra depositada sobre los flancos del *ice-berg*. Los navegantes no confunden este *frost-rime* con el hielo blanco de las zonas templadas, cuya

congelación no se efectúa sino después de estar depositado en la superficie del suelo.

Entonces se pudo apreciar el grueso del macizo, sobre el que estábamos como moscas sobre un terrón de azúcar, y, seguramente, vista desde abajo la goleta, no debía de parecer mayor que la yola de un barco de comercio.

El *ice-berg* cuya circunferencia parecía ser de 300 a 400 toesas, medía de 130 a 140 pies de altura. Debía, pues, según los cálculos, hundirse en una profundidad cuatro o cinco veces más grande, y, por consecuencia, pesar millones de toneladas.

He aquí lo que había sucedido:

Después de haber sido minado en su base por el contacto de aguas más cálidas, el *ice-berg* se había levantado poco a poco. Cambiando su centro de gravedad, el equilibrio no había podido restablecerse más que por un vuelco brusco, que puso sobre el nivel del mar lo que estaba bajo él. Cogida en estas condiciones la *Halbrane*, fue alzada como con el enorme brazo de una palanca. Gran número de *ice-bergs* se vuelven así en la superficie de los mares polares, y éste es uno de los mayores peligros a que están expuestos los navíos. En una hendidura de la parte Oeste del *ice-berg* estaba sujeta la *Halbrane*; inclinada sobre estribor, la popa en alto, baja la proa.

Pensamos que a la menor sacudida se deslizaría por lo largo de la pendiente del *ice-berg* hasta el mar. En la parte en que estaban las habitaciones de dormir, el choque había sido lo bastante violento para desfondar algunas tablas del casco y

del suelo en una extensión de dos toesas. Al primer choque, la cocina, colocada ante el palo de mesana, había roto sus cabos y se había hundido hasta la entrada del *rouf*, cuya puerta, entre los dos camarotes del capitán y del lugarteniente, había sido arrancada de sus goznes.

La gavia y la flecha habían venido abajo tras la rotura de los brandales, en los que se veía la huella, aun fresca, a la altura del tamborete. Por todas partes restos diversos de vergas, berlingas, una parte del velamen, barriles, cajas, que debían flotar en la base del témpano y derivar con él.

Lo que más debía inquietarnos en nuestra situación era que, de las dos canoas de la *Halbrane*, la de estribor había sido aplastada en el momento del abordaje y no quedaba más que la segunda, la mayor, es cierto, suspendida de sus cuerdas a babor. Lo que más apremiaba era ponerla en seguridad, pues tal vez era nuestro único medio de salvación.

De este primer examen resultaba que los mástiles bajos de la goleta estaban intactos y podían ser utilizados; pero ¿cómo sacar la goleta de aquel lecho de hielo, volverle a su elemento natural, y, en una palabra, «lanzarla» como se lanza un barco a la mar?

Cuando el capitán Len Guy, el lugarteniente, el contraemaestre y yo nos encontramos solos, yo les pregunté sobre este asunto.

-Esa operación es muy arriesgada, convengo en ello-respondió Jem West; -pero, puesto que es indispensable que se haga, lo haremos. Creo que será necesario abrir una especie de lecho en la base de ese *ice-berg*.

-Y sin aguardar un solo día- añadió el capitán Len Guy.

-¿Oye usted, contraмаestre?- dijo Jem West.- Desde hoy a la faena.

-Oigo, y así se hará- respondió Hurliguerly.- Una observación, sin embargo, si usted me lo permite, capitán...

-¿Cuál?

-Antes de comenzar el trabajo visitemos el casco, y veamos que averías tiene y cuáles son reparables... ¿De qué serviría lanzar un navío en malas condiciones, que se iría inmediatamente a fondo?

Se accedió a la justa pretensión del contraмаestre.

La niebla se había disipado; un sol claro iluminaba entonces la parte oriental del *ice-berg*, desde donde la mirada abarcaba una larga extensión de mar. Por aquella parte, en lugar de las superficies lisas, sobre las que el pie no hubiera podido encontrar punto de apoyo, los flancos presentaban anfractuosidades, rebordes y hasta planicies donde sería fácil establecer un campamento provisional. No obstante, preciso hubiera sido guardarse de la caída de enormes bloques en desequilibrio, que una sacudida podía lanzar lejos. Y, en verdad, durante la mañana varios de estos bloques rodaron con espantoso ruido de avalancha hasta el mar.

En resumen: parecía que fuera sólida la base del *ice-berg*. Por lo demás, si su centro de gravedad se encontraba sobre el nivel de la línea de flotación, no era de temer que diera otra vuelta.

Desde la catástrofe yo no había tenido ocasión de hablar con Dirk Peters. Como cuando le llamaron él había respondido, yo sabía que no se contaba entre las víctimas.

En aquel momento lo vi inmóvil..., y se supone adonde se dirigían sus miradas.

El capitán Len Guy, el lugarteniente, el contra maestre, los maestros Hardie y Martín Holt, a los que yo acompañaba, subieron hacia la goleta a fin de proceder a un minucioso examen de su casco. Por la parte de babor la operación sería fácil, puesto que la *Halbrane* se inclinaba sobre el flanco opuesto. Por la otra parte preciso sería, con más o menos dificultad, deslizarse hasta la quilla, abriendo camino en el témpano, si se quería que ninguna parte de la goleta se escapara a esta visita.

Después de un examen que duró dos horas, resultó que las averías no tenían gran importancia y eran fáciles de reparar.

Dos o tres bordajes rotos a la violencia del choque, dejaban ver sus maderas abiertas. En el interior las cuadernas estaban intactas, pues las varengas no habían cedido. Nuestro barco, hecho para navegar en los mares del polo, había resistido, cuando otros contruidos con menos solidez hubiesen sido hechos pedazos. Verdad que el timón había sido desmontado, mas esto era de fácil reparación.

Terminada la inspección, reconocióse que las averías eran menores de lo que se hubiera podido temer, lo que nos dio cierta seguridad..., si conseguíamos poner a flote la goleta.

Después del almuerzo se decidió que nuestros hombres comenzasen a abrir un surco oblicuo que permitiría a la *Halbrane* deslizarse hasta la base del *ice-berg*. Pluguiese al cielo que la operación resultase; pues ¿quién hubiera podido pensar, sin espanto, en desafiar en aquellas condiciones los rigores del invierno, pasar seis meses sobre aquella masa flotante, arrastrada no se sabía dónde? Llegado el invierno, ninguno de nosotros hubiera podido escapar a la más terrible de las muertes..., a la muerte por frío...

En aquel momento, Dirk Peters, que a unos cien pasos observaba el horizonte del Sur al Este, gritó con voz ruda:

-¡Al paio!

¿Al paio? ¿Qué entendía por esto el mestizo, si no era que la derivación del *ice-berg*, acababa de cesar súbitamente? No era instante de buscar la causa de esta parada, ni de preguntarse qué consecuencias traería...

-¡Es verdad!- exclamó el contraмаestre.- El *ice-berg* no anda, y tal vez no ha andado desde que dio la voltereta.

-¡Cómo!... - exclamó.- ¿No se mueve?

-No- me respondió el lugarteniente; - y la prueba es que los otros témpanos que andan le dejan atrás.

Efectivamente; mientras que cinco o seis montañas de hielo descendían hacia el Sur, la nuestra se había inmovilizado como si hubiera varado en un alto fondo.

La explicación más sencilla era que su nueva base había encontrado un escalón submarino al que se adhería ahora, y que esta adherencia no cesaría más que en el caso de que la

parte sumergida su levantase, a riesgo de provocar otra nueva vuelta.

En suma: esto era grave complicación, pues los peligros de una inmovilización definitiva en aquellos parajes hubieran sido tales, que preferible eran los azares de la derivación.

Al menos había la esperanza de encontrar un continente, una isla, y hasta si las corrientes no se modificaban, si la mar quedaba libre, de franquear los límites de la región austral.

Tal era, pues, nuestra situación a los tres meses de aquella terrible campaña. ¿Podía hablarse aun de William Guy y de sus compañeros, ni de Arthur Pym? ¿No debíamos emplear todos nuestros esfuerzos en nuestra salvación? ¿Era de extrañar que los marineros de la *Halbrane* se rebelasen al cabo si obedecían a las sugerencias de Hearne, si hacían a sus jefes (a mí sobre todo) responsables de los desastres de semejante expedición? Y ¿qué sucedería entonces, toda vez que, a pesar de la partida de cuatro de ellos, los camaradas del *sealing-master* habían conservado su superioridad numérica?

Esto era, yo lo vi claramente, lo que también pensaban el capitán Len Guy y Jem West.

Efectivamente, aunque los reclutados en las Falklands no formaban más que un total de quince hombres, y nosotros éramos trece comprendido el mestizo, era de temer que algunos de los últimos se uniesen a los de Hearne. Arrastrados por la desesperación, ¿quién sabe si sus camaradas no pensaban en apoderarse de la única embarcación que poseíamos y en volver a tomar el camino del Norte, abandonándonos sobre el *ice-berg*? Importaba, pues, que

dicha canoa fuese puesta en seguridad y vigilada continuamente.

Además, en el capitán Len Guy, desde los últimos acontecimientos, se había efectuado notable cambio. En presencia de los peligros del porvenir, parecía haberse transformado.

Hasta entonces, obsesionado por la idea de encontrar a sus compatriotas, había dejado al lugarteniente al mando de la goleta, y no podía entregarse a hombre más capaz y, más devoto suyo. Pero a partir de este día iba a tomar de nuevo sus funciones de jefe, y a ejercerlas con la energía que las circunstancias exigían.

Por orden suya los hombres fueron a colocarse en fila ante él. Allí estaban con los antiguos, Martín Holt y Hardie, los marineros Rogers, Francis, Gratián, Burry, Stern, el cocinero Endicott y Dirk Peters; con los nuevos Hearne y los otros marineros de las Falklands. Estos últimos componían un grupo aparte, del que llevaba la voz cantante el que tenía sobre ellos decisiva influencia.

El capitán Len Guy lanzó una mirada firme sobre sus tripulantes, y con voz recia dijo:

-Marineros de la *Halbrane*. Primero he de hablar de los que han desaparecido. Cinco de nuestros compañeros acaban de perecer en esta catástrofe...

-En espera que los demás perezcamos en estos mares adonde se nos ha arrastrado a pesar nuestro... - dijo Hearne.

-Calla, Hearne- exclamó Jem West, pálido de cólera.-
Calla o si no...

-Hearne ha dicho lo que tenía que decir-respondió fríamente el capitán Len Guy-, y puesto que lo ha hecho, le pido que no me interrumpa de nuevo.

Quizás el *sealing-master* hubiera replicado, pues se sentía sostenido por la mayoría de la tripulación, pero Martín Holt se acercó vivamente a él y le hizo callar.

El capitán se descubrió entonces, y con emoción que nos llegó al alma pronunció estas palabras:

-Debemos rogar por los que han sucumbido en esta peligrosa campaña, emprendida a nombre de la humanidad. ¡Que Dios tenga en cuenta a los que se han sacrificado por sus semejantes y no permanezca insensible a nuestra súplica! ¡De rodillas, marineros de la *Halbrane*.

Todos se arrodillaron sobre la superficie helada, y un murmullo de rezo subió al cielo.

Esperamos a que el capitán se levantara para hacerlo también.

-Ahora- continuó-, hablemos de los vivos. Y a éstos digo que, en las circunstancias en que estamos, es preciso que obedezcan todas mis órdenes. No toleraré resistencia ni duda de ninguna clase. Mía es la responsabilidad de la salvación común, y a nadie la cederé... Yo mando aquí como a bordo.

-¡A bordo... cuando no hay barco!- se atrevió a responder Hearne.

-Te engañas, Hearne; el barco está allí, y le volveremos a poner a flote. Además, aunque no tuviéramos más que nuestra canoa, soy su capitán... ¡Pobre del que lo olvide!

Aquel día, después de haber tomado la altura con el sextante y marcado la hora con el cronómetro, instrumentos que habían quedado sanos después del choque, el capitán Len Guy obtuvo el punto, resultando de sus cálculos:

Latitud Sur: 88° 55'.

Longitud Oeste: 39° 12'.

La *Halbrane* no estaba, pues, más que a un grado y cinco minutos, o lo que es igual, sesenta y cinco millas del polo austral.

XXIV

EL GOLPE DE GRACIA.

-¡A la faena!- había dicho el capitán Len Guy, y desde la tarde de aquel día, todos se pusieron animosamente a ella.

No había tiempo que perder. Todos comprendían que la cuestión del tiempo era la más importante de todas. Respecto a los víveres, la goleta poseía los suficientes para diez y ocho meses sin tener que acortar la ración. De forma que el hambre no era de temer, ni la sed tampoco, por más que las cajas de agua, rotas en la sacudida, hubiesen dejado escapar el líquido que contenían.

Afortunadamente, los toneles de ginebra, de whisky, de cerveza y de vino colocados en la parte de la cala que había sufrido menos, estaban casi intactos. Por esta parte nada teníamos que lamentar, y *ice-berg* iba a suministrarnos agua dulce.

Se sabe que los témpanos, ya estén formados por agua dulce o por agua del mar, están desprovistos de sal. Al transformarse los líquidos en sólidos, se elimina el cloruro de

sodio. Es, pues, de poca importancia que el agua potable se obtenga de los témpanos, de una u otra procedencia, por más que se debe preferir la que proviene de ciertos bloques, fáciles de conocer por su coloración casi verdosa y su perfecta transparencia. La lluvia solidificada es la más conveniente para bebida.

Seguramente, por su costumbre de visitar los mares polares, nuestro capitán hubiese reconocido sin esfuerzo los bloques de esta especie. Pero tratándose del *iceberg* sobre el que estábamos era difícil, pues la parte sumergida antes de la vuelta era lo que actualmente emergía.

La primera decisión del capitán Len Guy y de Jem West fue desembarcar todo lo que estaba a bordo, a fin de aligerar a la goleta. Arboladura y aparejo fueron desmontados y transportados después al témpano. Importaba dejar el menos peso posible, y quitar hasta el lastre, en vista de la difícil y peligrosa operación del lanzamiento. Preferible era que la partida se retardase algunos días si tal operación debía practicarse en mejores condiciones.

La operación de volver a cargar se efectuaría en seguida sin grandes dificultades.

Además de esta razón, había otra no menos seria. Efectivamente, hubiera sido inexcusable imprudencia dejar las provisiones en la cala de la *Halbrane*, dada la situación poco segura de ésta sobre el flanco del *ice-berg*. Si los bloques se movían, ¿no le faltaría a la goleta un punto de apoyo? ¡Y entonces con ella desaparecerían las provisiones que debían asegurar nuestra existencia!

Aquel día se empleó en descargar las cajas de carne en conserva, las legumbres secas, harinas, galleta, té, café, barriles de ginebra, de whisky, de vino y de cerveza, que fueron colocadas en sitio seguro, en las anfractuosidades próximas a la *Halbrane*.

Hubo también que prevenir a la embarcación contra todo accidente, y añadiré que también contra el posible intento de Hearne y algunos otros de su bando, que tal vez pretendiesen apoderarse de ella con el objeto de volver a tomar el camino del banco de hielo.

La canoa mayor, con su juego de remos, su timón, sus mástiles y velas fue, pues, colocada a treinta pies de la parte izquierda de la goleta, en el fondo de una cavidad que se tendría cuidado de vigilar. Durante el día no había nada que temer. Durante la noche, o mejor dicho durante las horas destinadas al sueño, el contra maestre u otro de los maestros harían guardia cerca de la cavidad, y podíamos tener la seguridad de que la embarcación estaría al abrigo de un mal golpe.

Los días 19, 20 y 21 de Enero fueron empleados en el doble trabajo del transporte del cargamento y del desarbolado de la *Halbrane*. Se eslingaron los bajos mástiles por medio de vergas en escora.

Más tarde Jem West vería de reemplazar los mástiles de flecha y gavia, y en todo caso no serían indispensables para volver ya a las Falklands, y a cualquier otro punto propio para invernar.

No hay que decir que el campamento había sido establecido sobre el banco de que he hablado, no lejos de la *Halbrane*. Varias tiendas construidas con velas, sujetas con pernios, cubriendo los lechos de los camarotes y del puesto, ofrecían suficiente abrigo contra las inclemencias atmosféricas, ya frecuentes en aquella época del año. El tiempo, por lo demás, era bueno y favorecido por una brisa permanente del Nordeste y la temperatura de 46° (9° 75 c. sobre cero). La cocina de Endicott fue instalada en el fondo del banco junto a un machón, cuya pendiente muy alargada permitía tocar la extrema cima del *ice-berg*.

Preciso es reconocer que durante estos tres días de un trabajo de los más fatigosos, nada hubo que reprochar a Hearne. El *sealing-master* sabía que era objeto de especial vigilancia, como sabía que el capitán no toleraría que provocase la insubordinación entre sus camaradas. Era de lamentar que sus malos instintos le llevasen a desempeñar aquel papel, pues su vigor, su destreza y su inteligencia hacían de él un hombre precioso, y nunca se mostró más útil que en aquellas circunstancias. ¿Habíanse despertado en él los buenos sentimientos? ¿Había comprendido que del común esfuerzo dependía la salvación común? Lo ignoro, pero no tenía confianza en él, ni Hurliguerly tampoco.

No es preciso que insista en el ardor que el mestizo desplegaba en aquellos rudos trabajos, siendo siempre el primero en la faena, haciendo la obra de cuatro, durmiendo apenas algunas horas y no descansando más que en el momento de las comidas, que hacía solo. Apenas me había

dirigido la palabra desde que la goleta había sufrido el accidente. ¿Y qué hubiera podido decirme? ¿No pensaba yo como él, que era preciso renunciar a toda esperanza de continuar la desdichada empresa?

Algunas veces yo veía a Martín Holt y al mestizo, el uno junto al otro, ocupándose en alguna difícil maniobra. Nuestro maestro velero no desaprovechaba ninguna ocasión de aproximarse a Dirk Peters, que huía de él por las razones que se saben. Y cuando yo pensaba en la confidencia que el mestizo me había hecho con motivo del referido Parker, el propio hermano de Martín Holt, en la espantosa escena del *Grampus*, sentíame sobrecogido de profundo terror. No dudaba yo que, descubierto el secreto, el mestizo se convertiría en objeto de repulsión.

Se olvidaría que era el salvador del maestro velero, y éste, al saber que, su hermano... Felizmente, solamente, Dirk Peters y yo poseíamos el secreto.

Mientras el descargamento de la *Halbrane* se efectuaba, el capitán Len Guy y el lugarteniente estudiaban la cuestión del lanzamiento, cuestión que ofrecía grandes dificultades. Tratábase de poner a nivel aquella altura de un centenar de pies donde estaba la goleta y el mar, por medio de un lecho abierto siguiendo un trazado oblicuo sobre el flanco Oeste del *ice-berg*. Así, que mientras una cuadrilla designada por el contramaestre se ocupaba en descargar la goleta, otra, a las órdenes de Jem West, comenzó el trazado entre los bloques que erizaban aquella parte de la montaña flotante.

¿Flotante? No sé por qué me sirvo de esta palabra, pues la montaña no flotaba. Inmóvil como un islote, nada autorizaba a creer que derivase nunca. Otros *ice-bergs* pasaban en gran número al largo, dirigiéndose al Sudeste, mientras el nuestro permanecía al paio, para emplear la expresión de Dirk Peters. ¿Se minaría lo bastante su base para separarse del fondo submarino? ¿Chocaría con él alguna pesada masa de hielo y lo separaría al choque?

Nadie lo podía prever, y no se debía contar mas que con la *Halbrane* para abandonar definitivamente aquellos parajes.

Los diversos trabajos mencionados duraron hasta el 24 de Enero. La atmósfera estaba en calma, la temperatura no bajaba; la columna termométrica había ganado dos o tres grados. El número de los *ice-bergs* que venían del Noroeste aumentaba; un centenar, el choque con los cuales podría traer las más graves consecuencias.

Hardie habíase puesto a trabajar en la recomposición del casco, cambiando cabillas, reemplazando cabos de bordaje y calafateando resquebraduras.

Nada faltaba de lo que este trabajo exigía, y teníamos la seguridad de que sería bien ejecutado. En el silencio de aquellas soledades resonaban ahora los martillazos dados sobre los clavos y los golpes para meter y rellenar las quebras. A estos ruidos uníanse los ensordecedores gritos de las gaviotas, albatros y petreles que volaban sobre la cúspide del *ice-berg*.

Cuando yo me encontraba a solas con el capitán Len Guy y con Jem West, el principal asunto de nuestra conversación

era, como fácilmente se comprende, nuestra situación, los medios de salir de ella, las probabilidades de conseguirlo, etc.

El lugarteniente tenía grandes esperanzas, y de no ocurrir accidente imprevisto estaba seguro de que resultaría bien la operación del lanzamiento. El capitán Len Guy mostrábase más reservado. Por lo demás, ante la idea de que iba a renunciar definitivamente a toda esperanza de encontrar a los sobrevivientes de la *Jane*, sentía que su corazón se desgarraba.

Y en efecto: cuando la *Halbrane* estuviera en disposición de darse a la mar, cuando Jem West le preguntara qué camino había de seguir, ¿el capitán se atrevería a responderle: «cabo al Sur»?- No; y aquella vez no hubiera sido seguido ni por los nuevos ni por la mayoría de los antiguos tripulantes. Continuar las pesquisas en aquella dirección, elevarse más allá del polo, sin tener la seguridad de tocar el Océano Índico, a falta del Océano Atlántico, hubiera sido demostrar una audacia que ningún navegante se hubiera podido permitir. Si algún continente cerraba la mar por aquel lado, ¿no se hubiera expuesto la goleta a ser arrinconada por la masa de los *ice-bergs*, quedando en la imposibilidad de separarse de allí antes del invierno austral?

Intentar obtener en tales condiciones que el capitán Len Guy prosiguiese la campaña, hubiera, sido buscar una negativa.

La cosa no era para proponerse, pues se imponía la necesidad de volver al Norte, de no retrasarse un solo día en aquella porción de la mar antártica. Sin embargo, si yo había resuelto no hablar de ello al capitán Len Guy, no

desaprovechaba las ocasiones de hacerlo con el contraмаestre.

Generalmente, terminada su faena, Hurliguerly se reunía conmigo, y hablábamos, remontándonos a nuestros recuerdos de viaje.

Un día en que estábamos sentados en la cúspide del *ice-berg*, con la mirada fija en el horizonte, él dijo:

-¡Quién hubiera pensado, señor Jeorling, estando la *Halbrane* abandonaba a las Kerguelen, que seis meses y medio después, en esta latitud, ella estaría acostada sobre el flanco de una montaña de hielo!...

-Lo que es más lamentable- respondí,- porque sin este accidente hubiéramos conseguido nuestro objeto y hubiéramos tomado el camino de vuelta.

-Dice usted que hubiéramos conseguido nuestro objeto- respondió el contraмаestre.- ¿Entiende usted por eso que hubiéramos encontrado a nuestros compatriotas?

-Tal vez, contraмаestre.

-Yo no lo creo, señor Jeorling; por más que éste fuese el principal y hasta el único objeto de nuestra navegación al través del Océano polar...

-El único... Sí... Al principio- insinué.- Pero después, las revelaciones del mestizo con motivo de Arthur Pym...

-¡Ah!... ¡Eso le preocupa a usted siempre..., como al bravo Dirk Peters!

-Siempre, Hurliguerly; y ese deplorable, ese imprevisto accidente, nos ha hecho nanfragar a la vista del puerto.

-Le dejo a usted sus ilusiones, señor Jeorling: y puesto que cree usted haber nanfragado a la vista del puerto...

-¿Por qué no?

-¡Sea, y en todo caso es un famoso naufragio!- declaró el contraamaestre.- ¡En vez de dar en un honrado bajo fondo naufragar en el aire!...

-De forma que tengo derecho para decir que es una desdichada circunstancia, Hurliguerly...

-Desdichada, sin duda, y en mi opinión se debe sacar de ella un provechoso consejo...

-¿Cuál?

-Que no es permitido aventurarse tan lejos en estas regiones; y mi opinión es que el Creador prohíbe a sus criaturas encaramarse a los polos de la tierra.

-Sin embargo, ese punto no está ahora más que a unas 60 millas...

-Conformes, señor Jeorling. Sesenta millas..., que significan lo mismo que 1.000 cuando no hay medio de franquearlas. Y si el lanzamiento de la goleta no resulta, hemos condenados a invernar en una forma que hasta los osos polares rechazarían.

No respondí más que con un movimiento de cabeza. Hurliguerly me preguntó:

-¿Sabe usted en lo que pienso con frecuencia, señor Jeorling?

-¿En qué, contraamaestre?

-En las Kerguelen... Seguramente, durante la mala estación se disfruta allí de un hermoso frío. No es grande la

diferencia que hay entre aquel archipiélago y las islas situadas en los límites de la mar antártica... ¡Pero en fin..., se está en la proximidad del Cabo, y si le agrada a uno ir a él a calentarse las pantorrillas no hay banco de hielo que corte, el paso! Mientras que aquí, en medio de los hielos, nunca se sabe si se encontrará la puerta abierta.

-Repito, contra maestre, que sin este último suceso, al presente todo hubiera terminado de una o de otra forma. Nos quedarían aun más de seis semanas para salir de los mares australes. En suma: es muy raro que a un barco le suceda lo que a nuestra goleta..., ¡una verdadera desgracia después de haber aprovechado tan felices circunstancias!

-Circunstancias que han terminado, señor Jeorling..., y temo...

-¿Cómo?... ¿Usted también, contra maestre?... ¿Usted, que siempre se ha mostrado tan confiado?...

-La confianza se usa como unos pantalones, señor Jeorling. ¡Qué quiere usted! Cuando me comparo con mi compadre Atkins, instalado en su buena posada; cuando pienso en el *Cormorán Verde* y en el salón del piso bajo; en las mesitas donde se saborea el whisky y la ginebra con un amigo, mientras la sartén cruje más fuerte que la veleta sobre el tejado...

¡Ah!... No es ventajosa para nosotros la comparación, Y, a mi juicio, Atkins ha entendido mejor la vida...

-¡Eh!... Ya volverá usted a ver a ese digno Atkins, y al *Cormorán Verde*, y a las Kerguelen... ¡Por Dios, no se

desanime..., pues si usted..., un hombre de buen sentido y de resolución, desespera ya!...

-¡Oh! ¡Si sólo se tratase de mí, señor Jeorling, el mal no sería más que a medias!...

-¿Es que la tripulación?...

-Sí... y no- respondió Hurliguerly...; - pues conozco a algunos que no están satisfechos...

- ¿Ha vuelto Hearne a quejarse, y excita a sus compañeros?

- No, abiertamente al menos, señor Jeorling..., y desde que le vigilo nada ha visto ni oído. Él sabe además lo que le espera si saca la pata. De modo que ese bergante ha cambiado sus amuras... Esto, que no me extraña en él, me extraña en nuestro maestro velero...

-¿Qué quiere usted decir, contramaestre?

-Que ambos parecen haberse hecho buenos amigos. Obsérveles usted. Hearne busca a Martín Holt, habla frecuentemente con él, y Martín Holt no le pone mala cara.

-No es Martín Holt hombre que escuche los consejos de Hearne, ni que le siga, si el otro intentase sublevar a la tripulación.

-Sin duda, no, señor Jeorling. Sin embargo, me disgusta verlos juntos..., Hearne es hombre peligroso y sin conciencia, y Martín Holt no desconfía de él lo bastante.

-Hace mal...

-Y, espere usted...; Sabe usted de qué trataban el otro día en una conversación de la que sorprendí algo? ...

-Nunca se las cosas hasta que usted me las dice, Hurliguerly.

-Pues bien. Los oí hablar de Dirk Peters, y Hearne decía: No hay que querer mal al mestizo, Holt, porque no haya respondido jamás a tus preguntas ni haya querido recibir tus gracias. Aunque es una especie de bruto, pose mucho valor, y lo ha probado sacándote de aquel mal lance con peligro de su vida. Además, no olvides que formaba parte de la tripulación del *Grampus*, con tu hermano Ned, si no estoy equivocado.

- ¿Ha dicho eso?- exclamó- ¿Ha nombrado al *Grampus*?

-Sí... Al *Grampus*.

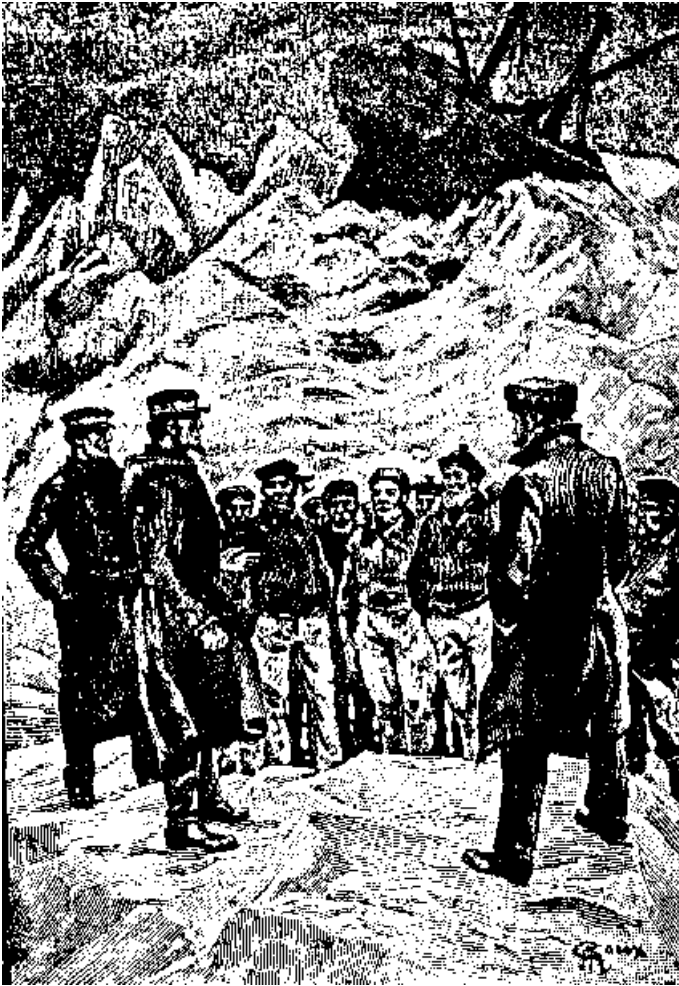
-¿Y a Ned Holt?

-Precisamente, señor Jeorling...

-Y ¿qué ha respondido Martín Holt?...- Ha respondido: Ignoro en qué circunstancias ha perecido mi desdichado hermano... ¿Ha sido durante una rebelión a bordo?... No creo que haya hecho traición a su capitán... ¿Tal vez ha sido asesinado?...

-Y ¿ha insistido Hearne, contramaestre?

-Sí, añadiendo: ¡Es cosa triste para ti, Holt! El capitán del *Grampus*, según me han dicho, fue abandonado en una canoa con dos o tres de sus hombres..., y ¡quién sabe si tu hermano no estaría con él!...



-¿Y después?

-Después, señor Jeorling, ha añadido: ¿No se te ha ocurrido nunca pedir noticias a Dirk Peters? Sí; una vez respondió Martín Holt- he preguntado al mestizo sobre el asunto, y nunca he visto a un hombre en tal estado de

enervamiento al responderme: «No sé nada... no sé nada...», con voz tan sorda, que apenas podía entenderle..., y ha ocultado la cabeza entre las manos sin añadir palabra...

-¿Es eso todo lo que usted ha oído de la conversación, contra maestre?

-Todo, señor Jeorling, y me ha parecido tan extraña, que, he querido ponerlo, en conocimiento de usted.

-¿Y qué deduce usted de ella?

-Nada, sino es que considero a Hearne como un miserable de la peor especie, capaz de trabajar en secreto para conseguir un mal deseo, al que quería asociar a Martín Holt.

Efectivamente: ¿qué significaba la nueva actitud de Hearne? ¿Porqué pretendía unirse, con Martín Holt, uno de los mejores tripulantes de la *Halbrane*

¿Por qué le recordaba las escenas del *Grampus*? ¿Es que Hearne sabía de este asunto más que los otros? ¿Acaso estaba al tanto del secreto, del que el mestizo y yo nos creíamos únicos depositarios?

La cosa no dejó de inquietarme seriamente. Sin embargo, me guardé de decir nada a Dirk Peters. Si éste hubiera podido sospechar que Hearne, hablaba de lo que había pasado a bordo del *Grampus*; si hubiera sabido que aquel miserable, como lo llamaba Hurliguerly, no sin razón, no cesaba de hablar de su hermano Ned a Martín Holt..., ¡sabe Dios lo que sucedería!

En suma, y cualesquiera que fuesen las intenciones de Hearne, era lamentable que nuestro maestro velero, con el que debía estar el capitán Len Guy, tuviese amistad con

aquel. El *sealing-master* tenía ciertamente sus razones para hacer lo que hacía. Cuáles eran, yo no podía adivinarlo. Así es que, aunque la tripulación parecía haber abandonado toda idea de rebelión, se imponía severa vigilancia, especialmente en lo que a Hearne se refería.

Por lo demás, la situación iba a tener fin, por lo menos en lo que concernía a la goleta.

Dos días después, los trabajos estaban terminados. Se había acabado de reparar el casco y de formar el lecho de lanzamiento hasta la base de nuestra montaña flotante.

En aquella época, el hielo estaba ligeramente reblandecido en la superficie superior, por lo que este último trabajo no había exigido grandes esfuerzos. El lecho rodeaba oblicuamente el flanco Oeste del *ice-berg*, de forma que no ofreciera pendiente demasiado acentuada. Con calabotes de retención, convenientemente dispuestos, el deslizamiento, al parecer, debía de efectuarse sin desperfectos. Yo más bien temía que la elevación de la temperatura no hiciese menos fácil la operación en el fondo del lecho.

No hay que decir que el cargamento, los mástiles, anclas, cadenas y demás aparatos no habían sido puestos a bordo. El casco era por sí muy pesado, poco manejable, y convenía aligerarla cuanto fuera posible. Cuando la goleta hubiera encontrado su elemento, el armarla de nuevo sería negocio de algunos días.

En la tarde del 28 se tomaron las últimas disposiciones. Había sido preciso apuntalar el lecho en algunos sitios donde la fusión del hielo se acentuaba. Después, desde las cuatro de

la tarde, se permitió descansar a todo el mundo. El capitán Len Guy hizo entonces distribuir doble ración a sus hombres, que realmente merecían este suplemento de whisky y de ginebra, pues habían trabajado rudamente durante aquella semana.

Repito que toda tentativa de rebelión parecía haber desaparecido desde que Hearne no excitaba a sus compañeros. Púedese afirmar que toda la tripulación no se preocupaba más que de la capital cuestión del lanzamiento... ¡La *Halbrane* en la mar significaba la partida... la vuelta!... ¡Verdad que esto, tanto para Dirk Peters como para mí, significaba el definitivo abandono de Arthur Pym!

La temperatura de aquella noche fue de las más elevadas que habíamos experimentado hasta entonces. El termómetro marcó 53° (11° 67 c., sobre cero). También, a medida que el sol comenzaba a aproximarse al horizonte, el hielo se fundía, y mil arroyos serpenteaban por todas partes.

Los más madrugadores estaban de pie a las cuatro. Yo fui uno de ellos. ¡Apenas si había dormido, o imagino que, por su parte, Dirk Peters no había podido tampoco hacerlo, ante la idea desoladora de volver atrás!

La operación del lanzamiento debía comenzar a la diez. Contando con los retrasos posibles y teniendo en cuenta las minuciosas precauciones que convenía tomar, el capitán Len Guy esperaba que aquella quedara terminada antes del fin de aquel día.

Nadie dudaba que al llegar la noche la goleta no hubiera bajado por lo menos a la base del *ice-berg*.

No hay que decir que todos debíamos ayudar a la difícil maniobra.

A cada uno se le había designado su puesto. Unos para facilitar el deslizamiento con rodillos de madera; los otros, al contrario, para moderar la velocidad, en caso de que la bajada fuera demasiado rápida y que hubiera necesidad de retener el casco por medio de calabrotos y de guindalezas preparados al efecto.

A las nueve terminó el almuerzo bajo las tiendas. Nuestros marineros, siempre confiados, no pudieron impedir el beber un último trago al buen resultado de la operación, y nosotros unimos nuestros vítores, algo prematuros, a los suyos. Por lo demás, las disposiciones habían sido concebidas con tanta sagacidad por el capitán Len Guy y por el lugarteniente, que el lanzamiento presentaba serias probabilidades de resultar.

Íbamos al fin a abandonar el campamento para colocarnos en nuestros puestos respectivos (algunos marineros se encontraban ya en ellos), cuando sonaron gritos de estupefacción y de espanto... ¡Qué horrible espectáculo! Y aunque duró bien poco... ¡qué impresión de terror dejó en nuestras almas!

Uno de los enormes bloques que formaban el asiento de la *Halbrane*, desequilibrado por la fusión de su base, acababa de separarse; y rodaba dando enormes saltos por encima de los otros...

Un instante después, falta de apoyo la goleta, oscilaba sobre la pendiente.

A bordo, sobre el puente, en la proa, había dos hombres: Rogers y Gratián... En vano estos desdichados quisieron saltar por la banda... No tuvieron tiempo de hacerlo, y fueron arrastrados en la espantosa caída...

-¡Sí!... ¡Yo lo vi! Vi a la goleta volverse..., deslizarse primero sobre su flanco izquierdo y rebotar de bloque en bloque y precipitarse, al fin, en el vacío.

Un instante después, desfondada, dislocada, el bordaje abierto, las cuadernas rotas, la *Halbrane* se hundía, haciendo saltar enorme manga de agua al pie del *ice-berg*...

XXV

QU HACER

¡Embrutecidos, sí! ¡Quedamos como embrutecidos, después que la goleta, arrastrada como la roca de una avalancha, desapareció en el abismo!

¡Nada restaba de nuestra *Halbrane!* Un momento antes, a cien pies en el aire, y ahora a quinientos en las profundidades de la mar. ¡Si!... ¡El embrutecimiento, que no nos permitía pensar en los peligros del porvenir! ¡El embrutecimiento de las mentes que no pueden dar crédito a lo que ven sus ojos!...

Después, vino la postración como consecuencia natural. No hubo ni un gesto, ni un grito... Permanecemos inmóviles sobre el suelo de hielo... No hay frase alguna que pueda pintar el horror de aquella situación.

Cuando la goleta se hundió en el abismo, vi que una gruesa lágrima caía de los ojos de Jem West. ¡Hundida aquella goleta, a la que tanto amaba! ¡Sí... aquel hombre tan enérgico... lloró!

Tres de los nuestros acababan de perecer...-¡y de qué manera más horrible! Rogers y Gratián, dos de nuestros más fieles marineros... Yo les había visto tender los brazos al vacío..., y hundirse después con la goleta... ¡Y aquel otro de las Falklands, un americano, aplastado al paso, y del que no quedaba más que una masa informe, que yacía en un mar de sangre!... ¡Tres nuevas víctimas más, desde hacía diez días, que inscribir en la necrología de la funesta campaña! ¡Ah, la fortuna, que nos había favorecido hasta el momento en que la *Halbrane* fue arrancada a su elemento, nos asestaba ahora sus más furiosos golpes! Y de todos, ¿no sería el último el golpe mortal?

El silencio fue roto por gran tumulto de gritos de desesperación, que justificaba aquella irremediable desgracia. Más de uno pensaba, sin duda, que hubiese sido preferible hallarse a bordo de la *Halbrane*, cuando ella rebotaba sobre los flancos del *ice-berg*. ¡Todo hubiera concluido como para Rogers y Gratián! ¡Aquella expedición insensata hubiera tenido el único desenlace que merecían tantas temeridades y tantas imprudencias!

Al fin, el instinto de conservación les arrastró, y a excepción de Hearne, que, separado de los demás, afectaba silencio, sus camaradas gritaron:

-¡A la canoa! ¡A la canoa!... Aquellos desdichados estaban fuera de sí... El espanto les extraviaba. Acababan de lanzarse hacia la quebradura, donde nuestra única embarcación, insuficiente para todos, había sido puesta al abrigo desde que se efectuó la operación de descargar la goleta.

El capitán Len Guy y Jem West se lanzaron fuera del campamento. Me reuní a ellos al momento, seguido por el contraamaestre. Estábamos armados y decididos a hacer uso de nuestras armas. Era preciso impedir que aquellos furiosos se apoderasen de la canoa... No ahora propiedad de algunos, sino de todos...

-¡Aquí, marineros!- dijo el capitán Len Guy.

-¡Aquí repitió Jem West- o hago fuego sobre el primero que avance un paso más!

Ambos, con los brazos extendidos, les amenazaban con sus pistolas. El contraamaestre les apuntaba con su fusil. Yo tenía mi carabina dispuesta a echármela a la cara. ¡Fue en vano! Aquellos locos no escuchaban nada, no querían escuchar, y uno de ellos, en el momento en que franqueaba el último bloque, cayó herido por la bala del lugarteniente. Sus manos no pudieron agarrarse al talud y, rodando por los témpanos, desapareció en el abismo.

¿Era aquel el principio de una carnicería? ¿Iban los otros a hacerse matar? Los tripulantes antiguos, ¿se unirían a los nuevos?

Pude notar en este momento que Hardie, Martín Holt, Francis, Burry y Stern dudaban en colocarse a nuestro lado, mientras Hearne, inmóvil a algunos pasos de allí, se guardaba de hacer señal que animase a los rebeldes.

No podíamos dejar a éstos dueños de la canoa, dueños de embarcarse en ella diez o doce; dueños, en fin, de abandonarnos sobre aquel *ice-berg*, y en imposibilidad de volver a darnos a la mar.

Y, como en el último grado del terror, inconscientes del peligro, sordos a las amenazas, iban a tocar a la embarcación, un segundo tiro, disparado por el contramaestre, alcanzó a uno de los marineros, que cayó muerto con el corazón atravesado.

¡Un americano y un fuegiano menos que contar entre los más decididos partidarios del *sealing-master*!

Entonces, ante la canoa, apareció un hombre.

Era Dirk Peters, que había subido por la pendiente opuesta.

El mestizo puso una de sus enormes manos sobre la roda, y con la otra hizo señales a los furiosos para que se alejaran.

Con Dirk Peters allí, no teníamos necesidad de volver a hacer uso de nuestras armas: él bastaba para defender la barca.

Efectivamente; como cinco o seis marineros avanzaran, él se dirigió a ellos, cogió al más próximo por la cintura, le subió y lo envió rodando a diez pasos; y no pudiendo agarrarse a nada aquel desdichado, hubiese caído al mar si Hearne no hubiere acudido en su auxilio, cogiéndola al paso.

¡Bastante era con los dos muertos por las balas!

Ante la intervención del mestizo, la rebelión cesó repentinamente. Además nosotros llegamos junto a la canoa, y con nosotros aquellos de nuestros hombres cuya vacilación no había sido duradera.

El capitán Len Guy con los ojos brillantes y seguido de Jem West, con voz terrible, exclamó:

-Debería trataros como a malhechores, y, no obstante, sólo quiero miraros como locos... Está canoa no es de nadie: ¡es de todos! Ahora es nuestro único medio de salvación... y habéis querido robarla... robarla miserablemente... Entended bien... lo que por última vez os repito... ¡La canoa de la *Halbrane* es la misma *Halbrane*! ¡Yo soy su capitán, y desdichado del que no me obedezca!

Y al pronunciar estas últimas frases, el capitán Len Guy miraba a Hearne... Por lo demás, éste no había figurado en la última escena (ostensiblemente al menos). Sin embargo, nadie dudaba que hubiese inspirado a sus compañeros el pensamiento de apoderarse de la canoa y que proyectase excitarles aun.

-¡Al campamento!- dijo el capitán. Tú, Dirk Peters, quédate aquí.

Por toda respuesta el mestizo movió su gruesa cabeza y se instaló en su puesto.

La tripulación volvió al campamento sin la menor resistencia. Unos se extendieron sobre sus petates; otros se dispersaron por los alrededores.

Hearne no intentó reunirse a ellos ni acercarse a Martín Holt.

Al presente los marineros estaban reducidos a la ociosidad, y no quedaba más que examinar aquella situación y ver los medios de salir de ella.

El capitán Len Guy, el lugarteniente y el contraamaestre se reunieron en consejo, y yo me uní a ellos.

El capitán empezó diciendo:

-Hemos defendido nuestra canoa, y continuaremos defendiéndola...

-¡Hasta la muerte!- declaró Jem West.

-¿Quién sabe si pronto nos veremos obligados a embarcarnos en ella?- dije.

-En ese caso- añadió el capitán Len Guy,- como todos no cabríamos en ella, habría necesidad de elegir. La suerte destinaría a los que debían partir, y yo sería uno de tantos.

-¡Aun no ha llegado ese caso, qué diablo!- respondió el contra maestre.- El *ice-berg* es sólido, y no hay temor de que se funda antes del invierno.

-No- afirmó Jem West;- no es de temer... Lo que es preciso es vigilar la canoa, y también los víveres...

-¡Es una suerte que hayamos puesto el cargamento en seguridad!- dijo Hurliguerly.- ¡Pobre y querida *Halbranel!*... ¡Quedará en estos mares como la *Jane!*... su hermana mayor!...

-Sí-pensaba yo,- y por diferentes causas; la una, destruida por los salvajes de Tsalal; la otra, por una de esas catástrofes que ningún poder humano consigue evitar.

-Tienes razón, Jem- dijo el capitán. Sabremos impedir que nuestros hombres se entreguen al pillaje. Tenemos víveres para más de un año, sin contar con la pesca...

-Y es preciso tanta más vigilancia respondió el contra maestre, cuanto que ya he visto rondar en torno de los barriles de whisky y de ginebra...

-¿Y de qué no serían capaces esos desdichados en los furores de la embriaguez?- exclamó.

-Yo tomaré medidas respecto a este punto- dijo el lugarteniente.

-Pero- pregunté yo entonces,- ¿nos veremos obligados a invernar en este *ice-berg*?

-¡El cielo nos guarde de tan terrible eventualidad!- respondió el capitán Len Guy.

-Después de todo, si fuera preciso, ya veríamos de arreglarnos, señor Jeorling- dijo el contraмаestre.- Haríamos cuevas en el hielo, de forma que pudiéramos soportar los rigores del frío polar, y mientras tuviéramos con qué apaciguar el hambre...

En aquel momento, se presentaron a nuestra imaginación las abominables escenas de las que el *Grampus* fue teatro, y en la que Dirk Peters mató a Ned Holt, el hermano de nuestro maestro velero.

¿Llegaríamos alguna vez tales extremos?

Sin embargo, antes de proceder a las instalaciones de una invernada para siete u ocho meses, ¿no sería lo mejor abandonar el *ice-berg*, si era posible?

Sobre este punto llamé la atención del capitán Len Guy y de Jem West.

La respuesta a esta pregunta era difícil, y, fue precedida de largo silencio. Al fin, el capitán Len Guy dijo:

-¡Ese será el mejor partido; y si nuestra embarcación pudiera contenernos con todas las provisiones necesarias para un viaje que había de durar tres o cuatro semanas por lo menos! yo no dudaría en volver a darnos al mar para tomar la dirección Norte.

-Pero- hice observar- nos veríamos obligados a navegar contra el viento y contra, la corriente, y apenas si nuestra goleta podría conseguirlo... mientras que continuando hacia el Sur...

-¿Hacia el Sur?- repitió el capitán Len Guy, que me miró como si hubiera querido leer hasta el fondo de mi pensamiento.

-¿Por qué no?- respondí.- Si el *iceberg* no hubiera sido detenido en su marcha, tal vez hubiera derivado hasta alguna tierra en esta dirección...; - y lo que el *ice-berg* hubiera hecho,- ¿no podría hacerlo la canoa?

El capitán Len Guy sacudió la cabeza y no respondió. Jem West tampoco dijo nada.

-¡Eh!... Nuestro *ice-berg* acabará por llevar el ancla- replicó Hurliguerly...- Así, lo más seguro es esperar, puesto que la canoa no puede llevar a los veintitrés que somos.

-No es preciso que los veintitrés se embarquen- insistí- Bastaría con que cinco o seis de los nuestros reconociesen el largo en una distancia de 12 a 15 millas, dirigiéndose al Sur.

-¿Hacia el Sur?- repitió el capitán Len Guy.

-Sin duda, capitán- añadí.- Usted no ignora que los geógrafos admiten que las regiones antárticas están constituidas por un casquete continental.

-Los geógrafos nada saben de esto, ni nada pueden saber- respondió fríamente Jem West.

-También- dije- es de lamentar que no intentemos resolver la cuestión del continente polar estando tan cerca.

No creí conveniente insistir más, en aquel momento al menos.

Aparte esto, el envío de nuestra única embarcación a descubrir tierra presentaba peligros, ya porque la corriente la arrastrara lejos, ya porque no volviese. Efectivamente, si el *ice-berg* se separaba del fondo y continuaba su interrumpida marcha, ¿qué sería de los hombres embarcados en la canoa?

Gran desgracia era que la barca fuera demasiado pequeña para albergarnos a todos con las provisiones suficientes. De los antiguos tripulantes quedaban diez hombres, contando a Dirk Peters; de los nuevos trece, o sea un total de veintitrés. Once o doce personas era el máximo de los que nuestra canoa podía contener; así, pues, once de nosotros hubieran tenido que ser abandonados sobre el islote de hielo..., los que la suerte designara. Y ¿qué sería de ellos?

Con este motivo, Hurliguerly hizo una reflexión que valía la pena de tenerse en cuenta.

-Después de todo- dijo-, no sé si los que se embarcaran serían más favorecidos por la suerte que los otros. Por lo que a mí se refiere, dejaría con mucho gusto mi plaza al que la quisiera.

¿Tendría tal vez razón el contramaestre? En mi pensamiento, cuando yo pedía que la canoa fuese utilizada, no era más que para efectuar un reconocimiento al largo del *ice-berg*. En fin, como conclusión, decidióse tomar las disposiciones necesarias en vista de una invernada, aun cuando nuestra montaña se pusiera en deriva.

-Eso será duro de aceptar por nuestros hombres- declaró Hurliguerly.

-No hay más remedio- respondió el lugarteniente-, y desde hoy a la faena.

¡Triste día aquel en que fueron comenzados los preparativos!

A decir verdad, no vi más que uno que se resignara sin queja: Endicott. El negro poco cuidadoso del porvenir, de carácter frívolo, como todos los de su raza, se resignaba fácilmente con su suerte, resignación que tal vez constituye la verdadera filosofía. Por lo demás, tratándose de cocinar, le importaba poco que fuese en uno u otro lado, desde el momento en que los hornillos estaban instalados en alguna parte.

Sonriendo dijo a su amigo el contraмаestre:

-Por fortuna, mi cocina no se ha ido al fondo con la goleta, y tú verás, Hurliguerly, cómo confecciono platos tan excelentes como a bordo de la *Halbrane...*, claro es que mientras no falten provisiones.

-¡Bah!... No faltarán tan pronto, Endicott- respondió el contraмаestre.- No es el hambre lo que hemos de temer, sino el frío, un frío que lo convierte a uno en hielo desde que se deja de bailar el zapateado... ¡Si tuviéramos aun algunas toneladas de carbón!... Pero, ¡ea!... Mal contado, no hay más que para hacer hervir el caldero.

-¡Y éste es, sagrado!- exclamó Endicott.- ¡Prohibido tocar a él! ¡La cocina ante todo!

-He aquí, Satanás negruzco, por qué tú no piensas en quejarte. ¡Estás seguro de calentarte las patas junto a tu horno!

-¡Qué quieres! Se es cocinero o no... Cuando se es se aprovecha, y yo te guardaré un sitio ante la hornilla.

-¡Bien, bien, Endicott!... Pero cada uno tendrá su turno. ¡Nada de privilegios, ni aun para un contraamaestre! No le hay más que para ti, bajo pretexto de que estás entregado a las manipulaciones de la comida... En fin, preferible es no tener el temor del hambre. El frío se puede combatir y soportar. Haremos agujeros en el *ice-berg* ¿Por qué no hemos de habitar en una morada común, en una gruta, que abriremos a golpes de pico? He oído decir que el hielo conserva el calor. Pues bien; que conserve el nuestro, y nada más pido...

Llegó la hora de volver al campamento y dormir. Dirk Peters, a solicitud suya, quedó guardando la goleta, y nadie pensó en disputarle el puesto.

El capitán Len Guy y Jem West no volvieron a sus tiendas hasta asegurarse de que Hearne y sus compañeros estaban en sus sitios de costumbre.

Yo me acosté. No puedo decir cuánto tiempo dormí, ni qué hora era cuando rodaba por el suelo por efecto de violenta sacudida.

¿Qué sucedía? ¿Era una nueva voltereta del *ice-berg*?

En un segundo estuvimos todos en pie; después fuera de las tiendas, en plena claridad de aquella noche polar: otra masa flotante de enormes dimensiones acababa de chocar

contra nuestro *ice-berg*, que había «levado ancla», como dicen los marinos, y derivaba hacia el Sur.

XXVI

ALUCINACIONES.

Un cambio inesperado se había producido en la situación. ¿Cuáles serían sus consecuencias? Después de haber permanecido inmóviles cerca del punto de intersección del meridiano 39 y del paralelo 89, la corriente nos arrastraba hacia el polo... Al primer sentimiento de alegría acababa de suceder todo el espanto de lo desconocido...

Solamente, tal vez, Dirk Peters se regocijaba ante la idea de haber tomado de nuevo el camino en el que se empeñaba en que encontrarían las huellas de su pobre Pym. ¡Qué otras ideas pasaban por la imaginación de sus compañeros!

-En efecto: el capitán Len Guy no tenía esperanza ninguna de recoger a sus compatriotas. No cabía duda de que William Guy y sus cinco marineros hubiesen abandonado la isla Tsalal desde hacía menos de ocho meses...; pero ¿dónde se habían refugiado? En treinta y cinco días habíamos franqueado una distancia de unas 400 millas sin haber descubierto nada. Aunque hubieran llegado al continente

polar, al que mi compatriota Maury, en sus ingeniosas hipótesis, atribuye 1.000 leguas de extensión, ¿qué parte de este continente hubiéramos elegido para teatro de nuestras investigaciones? Además, si la mar baña este extremo del eje terrestre, ¿no habrían sido los sobrevivientes de la *Jane* devorados por los abismos que una helada costra iba a cubrir bien pronto?

Perdida, pues, toda esperanza, se impuso al capitán Len Guy el deber de llevar a su tripulación hacia el Norte, a fin de franquear el círculo antártico mientras la estación lo permitía y éramos arrastrados al Sur.

Después del primer movimiento de que he hablado, la idea de que la deriva arrastraba al *ice-berg* en aquella dirección hizo que el espanto recobrar su imperio.

Téngase presente esto: que si no habíamos naufragado no era menos preciso resignarse a una larga invernada, renunciar a la probabilidad de encontrar uno de los balleneros que se dedican a la pesca entre las Orkneys y la Nueva Georgia y las Sandwich.

Al choque que había puesto a nuestro *ice-berg* a flote, inmensos objetos fueron lanzados a la mar. Los pedreros de la *Halbrane*, sus anclas, sus cadenas, una parte de la arboladura. Pero en lo que se refiere, al cargamento, gracias a la precaución tomada el día anterior de almacenarle, las pérdidas podían ser consideradas como insignificantes. ¿Qué hubiera sido de nosotros de perderse todos nuestros víveres en el abordaje?

De los ensayos practicados por la mañana, el capitán Len Guy dedujo que nuestra montaña de hielo descendía hacia el Sudeste.

Así, pues, ningún cambio se había efectuado en lo que se refería a la dirección de la corriente. En efecto: las otras masas movientes no habían cesado de seguir esta dirección, y una de ellas era la que había chocado sobre el flanco del Este. Al presente, los dos *ice-bergs* no formaban más que uno solo, que andaba con velocidad de dos millas por hora.

Lo que merecía reflexión era la persistencia de la corriente, que, desde el banco de hielo, arrastraba las aguas de aquella mar libre hacia el polo austral. Si, conforme con la opinión de Maury, existía un vasto continente antártico, ¿la referida corriente le rodeaba, o este continente, separado en dos partes por un estrecho, ofrecía salida a tales masas líquidas, y también a las masas flotantes que arrastraban en su superficie?

En mi opinión, no tardaríamos en salir de dudas sobre este punto; caminando con velocidad de dos millas, bastarían treinta horas para tocar en el punto donde se reúnen los meridianos terrestres.

En cuanto a si la corriente pasaba el polo, o si se encontraba allí tierra en la que podríamos acostar, era otra cuestión.

Y como yo hablara de esto con el contramaestre, me respondió:

-¡Qué quiere usted, señor Jeorling; si la corriente pasa el polo, pasaremos con ella, y si no pasa no pasaremos! No so-

mos dueños de ir donde nos plazca. Un témpano no es un navío; y como carece de velamen y de timón, va donde la deriva le lleva.

-Convengo en ello, Hurliguerly. Por eso pensaba que embarcándose dos o tres en la canoa.

-¡Siempre esa idea!...

-Siempre, porque, si hay tierra en alguna parte, ¿no es posible que los hombres de la *Jane*?...

- ¿Hayan llegado a ella... a 400 millas de la isla Tsalal?

-¡Quién sabe, contra maestre!

-Sea; pero permítame usted que le diga que esos razonamientos estarán en su punto cuando la tierra aparezca, si es que aparece. Nuestro capitán verá lo que conviene hacer, recordando que el tiempo apremia. No podemos permanecer mucho en esos parajes, y bien mirado, nada importa que el *ice-berg* no nos lleve ni hacia las Falklands ni hacia las Kerguelen, si logramos salir por alguna otra parte. Lo esencial es haber franqueado el círculo polar antes que el invierno le haya hecho infranqueable.

Hay que convenir en que las palabras de Hurliguerly estaban inspiradas por el sentido común.

Mientras se ejecutaban los preparativos, conforme a las disposiciones dictadas por el capitán Len Guy y vigiladas por el lugarteniente, subí varias veces a la cima del *ice-berg*. Allí, sentado en la extremidad, no cesaba de recorrer el horizonte con ayuda del antejo. De vez en cuando la línea circular de aquel se interrumpía al paso de una montaña flotante o se ocultaba tras las brumas.

Desde el sitio que yo ocupaba, a una altura de 140 pies sobre el nivel del mar, estimaba en más de 12 millas el campo de mi mirada. Hasta entonces ningún lejano contorno se dibujaba en el fondo del cielo.

En dos ocasiones el capitán Len Guy se izó hasta aquella cima con el objeto de tomar altura.

El resultado de la observación el 30 de Enero fue el siguiente:

Longitud, 67° 19'Oeste.

Latitud, 89° 21'Sur.

De esta observación se deducía una doble conclusión.

La primera era, que desde nuestra última posición en longitud, la corriente nos había arrastrado unos 20° al Sudeste.

La segunda, que el *ice-berg* no se encontraba más que a unas 40 millas del polo austral.

Durante aquel día la mayor parte del cargamento fue transportado al interior de una ancha quebradura que el contraamaestre había descubierto en el flanco Este, donde en caso de nuevo choque, cajas y barriles estarían en seguridad. En lo que se refiere al hornillo de la cocina, nuestros hombres ayudaron a Endicott para que la instalara entre dos bloques, de forma que quedase bien sujeta, y amontonaron en la proximidad varias toneladas de carbón.

Estos trabajos fueron ejecutados sin queja ni murmullo. El silencio estaba restablecido en la tripulación; verdad que el capitán ni el lugarteniente mandaban nada que no se debiese hacer y sin retrasos. Pero andando el tiempo ¿no volvería el

abatimiento a hacer presa en nuestros hombres? El que la autoridad de los jefes no fuera aun menospreciada ¿significaba que no lo fueran pasados unos días? Claro es que podría contar con el contramaestre, con Hardie ya que no con Martín Holt, y tal vez con dos o tres de los antiguos. Pero respecto a los demás, sobre todo a los reclutados en las Falklands, que sólo ambicionaban que terminase campaña tan desastrosa, ¿resistirían el deseo de apoderarse de la canoa y huir?...

No obstante, en mi opinión, tal eventualidad no era de temer mientras el *ice-berg* fuera en derivación, pues la embarcación no hubiera podido ganarle en velocidad. Pero si encallaba de nuevo, si chocaba contra el litoral de un continente o de una isla ¿qué no harían aquellos desdichados para sustraerse a los rigores de la invernada?

Tal fue el asunto de nuestra conversación en la comida del mediodía. El capitán Len Guy y Jem West participaban de la opinión de que ninguna tentativa de rebelión sería efectuada por el *sealing-master* y los suyos en tanto que la masa flotante continuara andando... Sin embargo, convenía extremar la vigilancia. Hearne inspiraba demasiada y justa desconfianza para que no le observase de continuo.

Por la tarde, durante la hora de descanso concedida a la tripulación, tuve nueva conversación con Dirk Peters.

Estaba yo en la cúspide del *ice-berg*; en tanto que el capitán Len Guy y el lugarteniente habían descendido a la base del mismo a fin de comprobar los puntos de flotación. Dos veces al día se debía examinar esos puntos, con el objeto de

determinar si el calado de agua aumentaba o disminuía; es decir, si un cambio del centro de gravedad amenazaba provocar una nueva vuelta.

Hacía media hora que yo estaba sentado, cuando vi al mestizo que subía con paso rápido.

¿Iba él también a observar el horizonte con la esperanza de ver tierra? O, lo que parecía muy probable, ¿deseaba comunicarme algún proyecto relacionado con Arthur Pym?

Apenas habíamos cambiado tres o cuatro palabras desde que el *ice-berg* se había vuelto a poner en marcha.

Cuando el mestizo llegó junto a mí, se detuvo, paseó su mirada por la mar, y buscó lo que yo buscaba..., y lo que yo no encontraba aun; tampoco él lo encontró.

Dos o tres minutos transcurrieron antes de que me dirigiera la palabra, y era tal su preocupación que yo me pregunté si me había visto.

Al fin se apoyó sobre un bloque, y yo pensé que iba a hablarme de lo de siempre: no fue así.

-Señor Jeorling- me dijo... - Recordará usted... que en su camarote de la *Halbrane*... yo le hablé de un asunto..., del asunto del *Grampus*...

Si lo recordaba. Y nada de lo que me había contado de aquella espantosa escena, en que fue actor principal, había salido de mi memoria.

-Le dije a usted- añadió- que Parker no se llamaba Parker... Que se llamaba Holt... Que era el hermano de Martín Holt...

-Lo sé, Dirk Peters- respondí... - Mas ¿por qué volver sobre este triste asunto?...

-¿Por qué, señor Jeorling?... ¿No es verdad que usted no ha dicho nada a nadie?...

-¡A nadie!-afirmé.-¿Cómo había yo de ser tan imprudente que revelase ese secreto..., que jamás debe salir de nuestros labios?¿Un secreto que ha muerto entre nosotros?

-¡Muerto!... ¡Sí!... ¡Muerto! murmuró el mestizo...- Y sin embargo..., compréndame usted..., me parece... que en la tripulación se sabe..., se debe deber algo...

Al instante uní a esta afirmación lo que el contraemaestre me había dicho sobre una conversación sorprendida por él, en la que Hearne excitaba a Martín Holt a que preguntase al mestizo en qué condiciones había sucumbido su hermano a bordo.

¿Es que una parte del secreto era conocida, o esta aprensión sólo existía en la imaginación de Dirk Peters?

-Explíquese usted... - le dije.

-Compréndame usted..., señor Jeorling..., yo no sé expresar... Sí... Ayer no he cesado de pensar en ello desde...

Ayer Martín Holt me ha llamado aparte..., lejos de los otros..., y me ha dicho que quería hablarme...

-¿Del *Grampus*?

- ¡Del *Grampus*, sí..., y de su hermano Ned Holt!... Por vez primera ha pronunciado este nombre delante de mí...; el nombre de aquel que..., y, sin embargo..., hace tres meses que navegamos juntos...

La voz del mestizo estaba tan alterada, que yo le oía apenas.

-Compréndame usted- añadió...;- me ha parecido que en el alma de Martín Holt... ¡No!... ¡No me he engañado!... Había como sospechas...

-¡Pero acabe usted, Dirk Peters!-exclamé... -¿Qué le ha preguntado a usted Martín Holt?...

Comprendía yo que la pregunta de Martín Holt había sido inspirada por Hearne.



Sin embargo, como había motivo para pensar que el mestizo no debía de saber nada de la inquietante o inexplicable intervención del *sealing-master*, decidí no revelárselo.

-¿Lo que me ha preguntado..., señor Jeorling?-
respondió.- Me ha preguntado si no me acordaba de Ned

Holt, del *Grampus*...; si él había perecido en la lucha con los rebeldes... o en el naufragio...; si era uno de los que habían sido abandonados en la mar con el capitán Barnard...; en fin, si yo podía decirle cómo había muerto su hermano... ¡Ah!... ¡Cómo!... ¡Cómo!

¡Con que horror pronunció el mestizo estas palabras, que probaban tan profundo desprecio de sí mismo!...

-Y ¿qué ha respondido usted a Martín Holt, Dirk Peters?

-¡Nada!... ¡Nada!

-Era preciso afirmar que Ned Holt había perecido en el naufragio del brick...

-No he podido..., compréndame usted..., no he podido... ¡Se parecen tanto los dos hermanos!... ¡En Martín Holt he creído ver a Ned Holt!... ¡He tenido miedo... y me ha alejado!

Habíase el mestizo erguido con movimiento brusco, y yo, con la frente entre las manos, me puse a reflexionar. Las tardías preguntas de Martín Holt relativas a su hermano, fueron, sin duda, hechas por instigaciones de Hearne... ¿Era, pues, en las Falklands donde el *sealing-master* había sorprendido el secreto de Dirk Peters, del que yo a nadie había dicho palabra?

En resumen: ¿cuál era el intento de Hearne al impulsar a Martín Holt a que interrogase al mestizo? ¿Quería solamente satisfacer su odio contra Dirk Peters, único de los reclutados en las Falklands que se había alistado en el partido del capitán Len Guy y que había impedido que los otros se apoderasen de la canoa? ¿Esperaba que Martín Holt se uniera a ellos?

Realmente, cuando se tratara de dirigir la embarcación al través de aquellos parajes, ¿no tenía necesidad de Martín Holt, uno de los mejores marineros de la *Halbrane*? ¿Qué hubiera sido de Hearne y de los suyos, entregados a sí mismos, si naufragasen?

Se ve a qué encadenamiento de hipótesis se abandonaba mi espíritu, y qué complicaciones se añadían a una situación ya tan complicada.

Cuando alcé los ojos, Dirk Peters no estaba a mi lado. Había desaparecido, sin que yo me hubiera dado cuenta de la partida, después de haberme dicho lo que quería decirme y con la seguridad de que yo no había descubierto su secreto. El día avanzaba; arrojé una última mirada al horizonte, y bajé profundamente conmovido y, como siempre, devorado por la impaciencia de que llegase el día siguiente.

Por la noche se adoptaron las precauciones de costumbre, y a nadie se lo concedió permiso para permanecer fuera del campamento; a nadie, a excepción del mestizo, que quedó guardando la canoa.

Estaba yo tan fatigado moral y físicamente, que el sueño me invadía, y me dormí cerca del capitán Len Guy, mientras el lugarteniente vigilaba fuera, y después junto al lugarteniente, cuando éste fue reemplazado por el capitán.

Al siguiente, 31 de Enero..., salí de la tienda... ¡Qué desconuelo! Por todas partes brumas, no de esas que disipan los primeros rayos solares y que desaparecen bajo la influencia de las corrientes atmosféricas. No. Era una niebla amarillenta que olía a humedad, como si aquel mes de Enero

antártico hubiera sido el brumario del hemisferio septentrional. Además advertimos descenso notable de la temperatura, síntoma tal vez del invierno austral. Del caliginoso cielo brotaban espesos vapores, entre los que se perdía la cúspide de nuestra montaña de hielo. Era una nube que no se resolvía en lluvia, especie de algodón en rama aplicado sobre el horizonte.

-¡Fastidioso contratiempo!- me dijo el contraмаestre.-
¡Pues si pasamos al largo de una tierra no la veremos!

-¿Y la derivación?- pregunté.

-Es mayor que ayer, señor Jeorling. El capitán ha hecho practicar un sondeaje, y calcula la velocidad en tres o cuatro millas por lo menos.

-Y ¿qué deduce usted de eso, Hurliguerly?

-Deduzco que debemos de estar en una mar estrecha, puesto que la corriente adquiere aquí tanta fuerza. No me asombraría que tuviéramos tierra a estribor y a babor, a diez o quince millas.

-¿Será, pues, éste un estrecho que corta el continente antártico?

-Sí... Por lo menos ésa es la opinión de nuestro capitán.

- Y pensando así, ¿no intentará acostar en una u otra orilla de este estrecho?

-Y ¿cómo?

-Con la canoa.

-¡Arriesgar la canoa en medio de esas brumas!-exclamó el contraмаestre, cruzándose de brazos.-¿Lo piensa usted,

señor Jeorling? ¿Es que podemos arrojar el ancla para tocarla? No... ¡Si tuviéramos la *Halbrane!*

Esto era lo malo; que no la teníamos. A despecho de las dificultades que presentaba la ascensión al través de aquellos vapores medio condensados, yo subí a la cima del *ice-berg*. ¡Quién sabía si un momento de claridad no me permitiría ver tierra al Este o al Oeste!

Cuando estuve en la punta, en vano procuré agujerear con la mirada el impenetrable manto gris que cubría aquellos parajes.

Permanecí allí, sacudido por el viento del Nordeste, que tendía a refrescar, y que tal vez desgarraría las brumas.

Entretanto, nuevos vapores se acumulaban arrastrados por la enorme ventilación de la mar libre. Bajo la doble acción de las corrientes atmosféricas y marinas derivábamos, con velocidad cada vez mayor, y yo sentía como un estremecimiento del *ice-berg*.

¿Acaso me encontraba bajo el imperio de una especie de alucinación-una de aquellas extrañas alucinaciones que habían debido turbar el alma de Arthur Pym? ¡Antojóseme que yo me hundía en su extraña personalidad!... ¡Creía ver al fin lo que él había visto! ¡Aquella espesa bruma era la cortina de vapores tendida sobre el horizonte ante sus ojos de loco!... Busqué allí aquellas luminosas líneas que rayaban el cielo de Levante a Poniente! ¡Busqué allí aquellas palpitations fotogénicas del espacio, al mismo tiempo que aquellas aguas alumbradas por las luces del fondo del Océano! ¡Busqué la catarata enorme, rodando en silencio

desde lo alto de algún inmenso murallón, perdido en las profundidades del cenit! ¡Busqué las vastas hendeduras, tras las que se agitaba un caos de imágenes flotantes e indistintas bajo los poderosos soplos del aire!...¡Busqué, en suma, el gigante blanco!... ¡El gigante del polo!

Al fin recobré la razón. La visión, llegaría hasta la extravagancia, se disipó poco a poco, y yo volví al campamento.

En estas condiciones transcurrió el día. ¡Ni una vez la cortina de bruma se abrió ante nuestros ojos, y jamás debíamos saber si el *ice-berg* que desde la víspera había recorrido unas 40 millas, había pasado por la extremidad del eje terrestre!...

XXVII

ENTRE LAS BRUMAS.

-Y bien, señor Jeorling-me dijo el contramaestre, cuando al siguiente día nos encontramos.- ¡Es preciso despedirnos!

-¿Despedirnos de qué?

-Del polo Sur, del que no hemos visto la punta.

-Sí..., y que debe estar ahora algunas 20 millas atrás.

-¡Qué quiere usted! El viento ha soplado sobre esta lámpara austral, y ésta se ha extinguido en el momento en que hemos pasado...

-He aquí una ocasión que, no volveremos a encontrar... a lo que pienso...

-Como usted lo dice, señor Jeorling, y podemos renunciar a sentir la espita terrestre dar vueltas en nuestros dedos.

-Hace usted felices comparaciones, contramaestre.

-Y añado que nuestro vehículo de hielo nos arrastra como un diablo, y no precisamente en dirección al *Cormorán Verde*... Vamos... Campaña inútil, campaña sin éxito, que no recomenzará tan pronto. En todo caso, campaña que

termina, y sin pasar el tiempo en el camino, pues el invierno no tardará en mostrar su nariz roja, sus labios hundidos y sus manos resquebradas por los sabañones. ¡Campaña durante la cual el capitán Len Guy no ha podido encontrar a su hermano, ni a nuestros compatriotas, ni Dirk Peters a ¡su pobre Pym!...

Realmente éste era el resumen de nuestras fatigas, de nuestras decepciones. Sin hablar de la pérdida de la *Halbrane*, aquella expedición costaba ya nueve víctimas. De treinta y dos que habían embarcado en la goleta, habíamos quedado reducidos a veintitrés..., y ¿cuántos no sucumbirían aun?

En efecto: del polo austral al círculo antártico hay veinte grados, o sean mil doscientas millas marinas, y sería menester franquearlas en un mes o seis semanas a lo mas, so pena de encontrar el banco de hielo cerrado de nuevo. Respecto a una invernada en aquella parte de la Antártida, nadie hubiera podido resistirla.

Por lo demás, habíamos perdido toda esperanza de recoger a los sobrevivientes de la *Jane*; la tripulación no tenía más que un deseo: atravesar lo más rápidamente posible aquellas espantosas soledades. Hasta el polo nuestra derivación había sido hacia el Sur; desde el polo hacia el Norte, y si persistía, tal vez seríamos más favorecidos de algunas buenas probabilidades que compensarían las malas. En todo caso, para emplear una locución familiar, «no había más que dejarse ir».

¿Qué importaba que aquellos mares, a los que nuestro *ice-berg* se dirigía, no fuesen los del Atlántico meridional, sino

los del Océano Pacífico, ni que las tierras más próximas, en vez de las South-Orkneys, las Sandwich, las Falklands, las del cabo Horn o las Kerguelen, fueran las de Australia o las de la Nueva Zelanda?... ¡Por esto Hurliguerly tenía razón al decir con gran disgusto suyo- que no sería con el compañero Atkins, ni en la sala baja del *Cormorán Verde*, donde iría a echar el trago de ginebra!

-Después de todo, señor Jeorling- me repetía,- también hay excelentes posadas en Melbourne, en Hobart-Town y en Dunedin... Lo importante es llegar a buen puerto.

No habiéndose levantado la bruma durante los días 2, 3 y 4 de Febrero, hubiera sido difícil calcular el desplazamiento de nuestro *ice-berg* desde que éste había pasado el polo. Sin embargo, el capitán Len Guy y Jem West creían poder estimarle en doscientas cincuenta millas.

Efectivamente, la corriente no parecía haber disminuido en velocidad ni cambiado de dirección. No era dudoso que hubiéramos entrado en un brazo de mar entre las dos murallas de un continente, la una al Este y la otra al Oeste, que forman el vasto dominio de la Antártida. Así es que yo encontraba muy sensible no poder hallar tierra a uno u otro lado del estrecho, cuya superficie no tardaría en quedar solidificada por los rigores del invierno.

Cuando hablé de esto con el capitán Len Guy, éste me dio la única respuesta lógica:

-¡Qué quiere usted, señor Jeorling!... Nada podemos hacer. La persistencia de estas brumas es la mayor desgracia que desde hace algún tiempo tenemos... No sé dónde

estamos. Es imposible tomar altura..., y esto cuando el sol va a desaparecer por largos meses...

-Vuelvo a mi idea-dije otra vez.¿No se podría con la canoa?...

-¡Ir a explorar!... ¿Lo piensa usted?... ¡Eso sería una imprudencia a la que yo no me comprometería, y que la tripulación no me dejaría cometer!...

Estuve a punto de gritarle:

-¿Y si William Guy y sus compatriotas se han refugiado en algún punto de esta tierra?

Pero me contuve; ¿Para qué renovar los dolores de nuestro capitán? Indudablemente él había debido pensar en tal eventualidad, y si había renunciado a proseguir aquellas pesquisas, es que se había dado cuenta de la inutilidad de una última tentativa.

Tal vez, y esto le dejaba aun una vaga esperanza, hacía el siguiente razonamiento, que merecía alguna atención:

Cuando William Guy y sus compañeros habían abandonado la isla Tsalal, la estación de verano comenzaba.

Ante ellos se abría la mar libre, atravesada por aquellas mismas corrientes del Sudoeste cuya acción habíamos sentido, primero a bordo de la *Halbrane* y después en el *ice-berg*. Aparte de las corrientes, ellos habían sido favorecidos, como nosotros lo habíamos sido, por las brisas permanentes del Nordeste. De aquí la conclusión que su canoa, a menos que no huviere perecido en un accidente de mar, podía haber seguido una dirección análoga a la nuestra, y al través de aquel estrecho haber llegado a aquellos parajes.

Y ¿era ilógico suponer, llevándonos delantera de varios meses, después de haber subido al Norte, franqueado la mar libre, pasado el banco de hielo, que la embarcación hubiera llegado a salir del círculo antártico, en fin, que William Guy y sus compañeros hubiesen encontrado algún navío que les repatriase?

Admitiendo que nuestro capitán se hubiere colocado en esta hipótesis, la que, lo comprendo, exigía tantas buenas probabilidades..., no me había hablado del asunto... ¿Tal vez-pues el hombre es aficionado a conservar sus ilusiones,-tal vez el capitán temía que se le demostrase el lado débil de este razonamiento?

Un día yo hablé en este sentido a Jem West.

El lugarteniente, poco asequible a las ilusiones, no prestó crédito a mi opinión. En un espíritu tan positivista como el suyo, no podía arraigar la idea de que el hecho de no haber encontrado a los náufragos de la *Jane* obedecía a la razón de que habían ya vuelto a los mares del Pacífico.

Al llamar la atención del contraamaestre sobre este punto, me respondió:

-Usted sabe, señor Jeorling, que todo llega..., así se dice, por lo menos... Pero que el capitán William Guy y sus compañeros se encuentren ahora en disposición de beber un trago de brandevin, de ginebra o de whisky en una taberna del antiguo continente... ¡esto no! ¡Es tan imposible como que nosotros nos sentáramos mañana ante una mesa del *Cormorán Verde*.

Durante aquellos tres días de brumas, yo no había visto a Dirk Peters, o, más bien, él no había intentado aproximarse a mí, permaneciendo obstinadamente en su puesto, junto a la embarcación. Las preguntas de Martín Holt relativamente a su hermano Ned, parecían indicar que su secreto era conocido- en parte al menos.- Así es que él se mantenía siempre lejos de los demás, durmiendo durante las horas de vigilia, vigilando durante las horas de sueño. Yo hasta me llegué a preguntar si no lamentaba haberse confiado a mí y si imaginaba que había excitado mi repugnancia.

No era así, y yo sentía profunda lástima del pobre mestizo.

No puedo expresar cuán tristes, monótonas o interminables me parecieron las horas que transcurrieron en medio de aquella niebla, cuya espesa cortina no podía desgarrar el viento.

Aun empleando la atención más minuciosa, no se podía conocer en ningún momento que lugar ocupaba el sol en el horizonte, sobre el que inclinaba poco a poco su marcha espiraliforme. La posición del *ice-berg*, en longitud y en latitud, no podía ser conocida. Era probable, aunque no cierto, que derivase siempre hacia el Sudeste, o más bien hacia el Noroeste, desde que había pasado el polo. Animado de igual velocidad que la corriente, ¿cómo hubiera podido averiguar el capitán Len Guy su desplazamiento, ahora que los vapores impedían tomar altura? De estar inmóvil, no hubiera habido para nosotros diferencia apreciable; pues el viento había calmado, al menos así lo suponíamos, y no se dejaba sentir ni

un soplo. La llama de un farol expuesta al aire, no vacilaba. Gritos de pájaros, debilitados al pasar por aquella atmósfera, interrumpían únicamente el silencio del espacio. Los petrales y albatros rasaban la cúspide sobre la que yo estaba en observación. ¿En qué dirección huían aquellos rápidos voladores, a los que la proximidad del invierno arrojaba tal vez hacia los confines de la Antártida?

Un día en que el contraмаestre, con el objeto de observar, había subido a la cúspide, no sin riesgo de romperse la cabeza, un quebranta-huesos, especie de petrel gigantesco de doce pies, le dio un fuerte golpe en el pecho que Hurliguerly cayó de espaldas.

-¡Maldita bestia! me dijo cuando bajó al campamento.- ¡De buena he escapado! De un golpe... ¡pum!, los cuatro remos al aire, como un caballo que se encabrita... Me he agarrado donde he podido, pero creí llegado el momento en que mis manos iban a largarlo todo...- Por las aristas de hielo se va uno como el agua por entre los dedos. Le he gritado al pájaro: ¿No podías mirar lo que haces? Y ese animal ni siquiera se ha excusado...

El hecho es que el contraмаestre había corrido el riesgo de ser precipitado de bloque en bloque hasta la mar.

En la tarde de aquel día, nuestros oídos fueron extraordinariamente molestados con los mugidos que subían de abajo. Como hizo observar Hurliguerly, no eran asnos los que tales rebuznos lanzaban, sino pingüinos. Hasta entonces aquellos innumerables huéspedes de las regiones polares no habían juzgado conveniente acompañarnos sobre nuestro

islote moviente, y en lo que la vista alcanzaba, ni uno sólo habíamos distinguido, ni al pie del *ice-berg*, ni sobre los témpanos en derivación. Al presente no cabía duda que estuviesen allí por centenares o millares, pues el concierto se acentuaba con una intensidad que atestiguaba el número de los ejecutantes.

Ahora bien: teniendo en cuenta que tales volátiles prefieren las márgenes litorales de los continentes y de las islas de estas altas latitudes, o los *ice-bergs* que se avicinan con ellas, ¿no indicaba su presencia la proximidad de tierra?

Conozco que estábamos en disposición de espíritu propia para asirnos a la mejor esperanza, como el náufrago se agarra a una tabla... ¡La tabla de salvación! ¡Y cuántas veces se hunde o se rompe en el momento en que el infortunado acaba de asirla!... ¿No era esto lo que nos esperaba en aquel terrible clima?

Pregunté al capitán Guy qué consecuencia sacaba de la presencia de aquellos pájaros.

-Las que usted, señor Jeorling- me respondió.- Desde que estamos en derivación ninguno de ellos ha buscado hasta ahora refugio en este *ice-berg*, y actualmente heles aquí en gran número, a juzgar por sus ensordecedores gritos. ¿De dónde vienen? A no dudarlo, de una tierra de la que tal vez estemos cerca.

-¿Es ésa también la opinión del lugarteniente?- pregunté.

-Sí, señor Jeorling-, y usted sabe si es hombre que se forja quimeras.

-Ciertamente que no.

- Además, hay otra cosa que a él le ha llamado la atención como a mí, y en la que no parece no ha reparado usted.

-¿De qué se trata?

-De esos bramidos que se mezclan a los gritos de los pingüinos. Preste usted atención y no tardará en oírlos...

Escuché, y evidentemente la orquesta era más completa de lo que yo había supuesto.

-En efecto- dije.- Los percibo... Debe de haber focas.

-Es seguro, señor Jeorling; y deduzco de ello que esos animales, pájaros y mamíferos, muy raros desde nuestra salida de Tsalal, frecuentan estos parajes o adonde nos han arrastrado las corrientes. Me parece que esta afirmación no tiene nada de aventurada.

-Nada, capitán, como tampoco admitir la existencia de una tierra vecina... ¡Oh! ¡Qué fatalidad estar envueltos en esta impenetrable niebla que no permite ver a un cuarto de milla!

-¡Y que nos impide descender a la base del *ice-berg*!- añadió el capitán Len Guy.- Allí, sin duda, hubiéramos podido reconocer si las aguas arrastran truchuelas, lamios, ovas, lo que nos daría un nuevo indicio... Tiene usted razón; ¡es una fatalidad!

-¿Por qué no intentarlo, capitán?

-No, señor Jeorling, sería exponerse a peligrosas caídas, y no permitiré a nadie abandonar el campamento. Después de todo, si la tierra está allí, yo imagino que nuestro *ice-berg* no tardará en acostarla...

-¿Y si no lo hace?

-Pues si él no lo hace, ¿cómo podríamos hacerlo nosotros?

¿Y la canoa?- pensé.- Será preciso decidirse a utilizarla. Pero el capitán Len Guy prefería esperar; ¿y quién sabe si, en las circunstancias en que estábamos, no era el partido más sabio?

Respecto a la base del *ice-berg*, la verdad es que nada hubiera sido más peligroso que lanzarse a ciegas por aquellas resbaladizas pendientes. El más hábil de la tripulación, el más vigoroso, Dirk Peters, no hubiera podido hacerlo sin algún grave accidente. Aquella funesta campaña contaba ya demasiadas víctimas, cuyo número no queríamos aumentar.

No sabría dar una idea de la acumulación de vapores que se espesaron aun durante la tarde. A partir de las cinco, llegó a ser imposible distinguir nada a algún paso del lugar en que se alzaban las tiendas. Era preciso tocarse con la mano para asegurarse que uno estaba cerca de otro. Hablar no hubiera, bastado, pues con la voz pasaba lo que con la vista en aquel medio ensordecedor. Un farol encendido no dejaba traslucir más que una débil lucecilla amarillenta, sin poder para alumbrar. Un grito no llegaba al oído más que muy debilitado, y sólo los pingüinos vociferaban lo suficiente para hacerse oír.

Hago presente que no hay lugar para confundir esta niebla con *frost-rime*, el humo helado que habíamos observado anteriormente. Además, ese *frost-rime* que exige una elevada temperatura, se mantiene de ordinario al ras del mar, y no se eleva un centenar de pies más que bajo la acción de una fuerte brisa. La niebla pasaba en mucho esta altura, y

yo estimo que no se hubiera podido despegarse de ella más que a condición de dominar el *ice-berg* en unas 50 toesas.

A las ocho de la noche las brumas, medio condensadas, estaban tan compactas que se sentía resistencia en la marcha. Parecía que la composición del aire se había modificado, como si fuera a pasar al estado sólido. E involuntariamente yo pensaba en las extrañezas de la isla Tsalal, en aquel agua extraordinaria cuyas moléculas obedecían a una cohesión particular...

Era imposible reconocer si la niebla ejercía acción sobre la brújula. Yo sabía, además, que el hecho había sido estudiado por los meteorologistas, y que éstos se creen con derecho de afirmar que aquella lección no tenía influencia alguna sobre la aguja imanada.

Añado que, desde que habíamos dejado atrás el polo Sur, ninguna confianza podíamos tener en las indicaciones del compás que se agitaba a las proximidades del polo magnético, hacia el que sin duda caminábamos. Así, pues, nada permitía determinar la dirección del *ice-berg*.

A las nueve de la noche aquellos parajes quedaron hundidos en profunda obscuridad, bien que el sol en tal época no descendiera aun bajo el horizonte.

Quiso el capitán Len Guy asegurarse de que los hombres habían vuelto al campamento y prevenir así toda imprudencia de su parte, y llamó a lista.

Cada uno, después de responder, fue a su sitio bajo las tiendas, donde los faroles embrumados no despedían más que luz débil.

El mestizo fue el único que no contestó, aunque el contramaestre repitió varias veces su nombre con fuerte voz.

Hurliguerly esperó algunos minutos.

Dirk Peters no pareció.

¿Había, pues, quedado junto a la canoa; era probable, aunque inútil, pues nuestra embarcación no corría el riesgo de ser robada en aquel tiempo de nieblas.

-¿Es que nadie ha visto a Dirk Peters durante, el día?- preguntó el capitán Len Guy.

-Nadie- respondió el contramaestre.

-¿Ni al mediodía en la comida?

-No, capitán, y, sin embargo, él no debía de tener provisiones.

-¿Le habrá, pues, sucedido alguna desgracia?

-¡No es de temer!- exclamó el contramaestre.- Aquí Dirk Peters está en su elemento, y en medio de las brumas debe sentir la despreocupación de un oso polar... ¡Ya ha salido con bien una vez..., y saldrá otra!

Dejé hablar a Hurliguerly, sabiendo bien por qué el mestizo se mantenía aparte. En todo caso, desde el momento en que Dirk Peters se obstinaba en no responder, y los gritos del contramaestre habían debido llegar hasta él, era imposible ponerse en su busca.

Aquella noche estoy seguro que, salvo Endicott, tal vez, nadie pudo dormir. Se ahogaba uno bajo las tiendas, en las que faltaba oxígeno. Además, más o menos, todos sentíamos una impresión muy particular, especie de presentimiento

extraño, como si nuestra situación fuera a modificarse para mejor o peor, admitiendo que pudiera empeorar.

La noche transcurrió sin alarma, y a las seis de la mañana todos salieron fuera a respirar un aire más saludable.

El mismo estado meteorológico que la víspera, con brumas de extraordinaria densidad. Se advirtió que el barómetro había subido demasiado aprisa, es cierto, para que la altura, se tomara en serio. La columna marcaba 767 milímetros, el máximo a que había llegado desde que la *Halbrane* pasó el círculo antártico.

Otros indicios había también que debíamos tener en cuenta.

El viento, que refrescaba-viento del Sur desde que habíamos pasado el polo austral-, no tardó en soplar con violencia brisa de dos rizos, como dicen los marinos. Los ruidos de fuera se oían ya más distintamente al través del espacio barrido por las corrientes atmosféricas.

A eso de las nueve el *ice-berg* se descubrió repentinamente de su sombrero de vapores.

¡Indescriptible cambio de decoración, que una varita mágica no hubiera realizado en menos tiempo ni con mayor resultado!

En pocos instantes el cielo quedó descubierto hasta los últimos límites del horizonte, y la mar reapareció iluminada por los oblicuos rayos del sol que no la dominaba más que en algunos grados. Tumultuosa resaca bañaba de blanca espuma la base de nuestro *ice-berg*, que derivaba, juntamente

con multitud de montañas flotantes, bajo la doble acción del viento y de la corriente, dirigiéndose hacia el Estenordeste.

-¡Tierra!...

Este grito fue lanzado desde la cúspide del islote, y a nuestras miradas se mostró Dirk Peters en pie sobre el último bloque y con la mano extendida hacia el Norte.

El mestizo no se engañaba. La tierra está vez... ¡Sí! Era la tierra, mostrando a tres o cuatro millas sus alturas lejanas de un tinte negruzco.

El punto obtenido por doble observación a las diez y media dio este resultado:

Latitud, 86° 12'. Sur.

Longitud, 114° 17' Sur.

El *ice-berg* se encontraba cerca de cuatro grados más allá del polo antártico, y de las longitudes occidentales que nuestra goleta había seguido sobre el itinerario de la *Jane* habíamos pasado a las longitudes orientales.

XXVIII

CAMPAMENTO.

Un poco antes del mediodía, aquella tierra no se encontraba más que a una milla. La cuestión era saber si la corriente nos iba a arrastrar más allá.

Confieso que si nos hubieran dado a elegir entre acostar en aquel litoral o continuar nuestra marcha, no sé lo que hubiera sido preferible.

Hablaba de esto con el capitán Len Guy y el lugarteniente, cuando Jem West me interrumpió diciendo:

-¿Para qué discutir esta eventualidad, señor Jeorling?

-Es verdad- añadió el capitán.- Nada Podemos hacer. Posible es que el *ice-berg* venga a chocar contra la costa, como es posible que la dé vuelta si se mantiene en la corriente.

-Justamente- respondí-, pero mi pregunta subsiste. ¿Será ventajoso para nosotros desembarcar o no?

-Lo segundo- respondió Jem West. Efectivamente, si la canoa hubiese podido llevarnos con todas las provisiones para una navegación de cinco a seis semanas, no hubiéramos

dudado en tomar pasaje en ella, a fin de picar, gracias al viento del Sur, al través de la mar libre. Pero, puesto que la canoa no era capaz para contener más que once o doce hombres, hubiera sido preciso designarlos a la suerte.

Y los que no llevase, ¿no serían condenados a perecer de frío, ya que no de hambre, sobre aquella tierra que el invierno, no tardaría en cubrir con sus escarchas y sus hielos?

En fin, si el *ice-berg* continuaba siguiendo aquella dirección, caminaríamos en condiciones aceptables. Nuestro vehículo de hielo, es verdad, podía faltarnos, hasta dar la vuelta, o caer en una contracorriente que le arrojaría fuera de su itinerario, mientras que la canoa, caminando oblicua al viento cuando éste fuera contrario, hubiera podido conducirnos a nuestro objeto si las tempestades no la asaltaban y si el banco de hielo la ofrecía un paso.

Pero, como acababa de decir Jem West, ¿había por qué discutir esta eventualidad?

Después de comer, la tripulación subió al más alto bloque, sobre el que permanecía Dirk Peters. Al acercarnos, el mestizo descendió por el lado opuesto, y cuando llegué a la cima no pude verlo.

En aquel sitio, pues, nos encontrábamos todos, menos Endicott, poco amigo de abandonar sus hornillos.

La tierra vista al Norte dibujaba sobre una décima parte del horizonte su litoral cubierto de playas y dentellado de cúspides, sus lontananzas limitadas por el perfil bastante accidentado de altas y poco lejanas colinas. Había allí un

continente o por lo menos, una isla, cuya extensión debía de ser considerable.

Hacia el Este aquella tierra se prolongaba hasta perderse de vista, y no parecía que su último límite estuviera por aquel lado.

Al Oeste, un cabo, bastante agudo, que terminaba en un peñasco, cuya silueta figuraba una enorme cabeza de foca formaba la extremidad. Más allá se extendía el mar.

No había uno de nosotros que no se diese cuenta de la situación.

Conseguir acostar en aquella tierra sólo dependía de la corriente, que, o podía llevar al *ice-berg* hacia un remolino que le arrastrase a la costa, o que podía seguir impulsándolo hacia el Norte.

¿Cuál era la hipótesis más admisible? El capitán Len Guy, el lugarteniente, el contramaestre y yo hablábamos de nuevo del caso, mientras que los tripulantes, en grupos, cambiaban sus impresiones con este motivo. Al fin de cuenta, la corriente tendía más bien hacía la parte Norte de aquella tierra.

-Después de todo- nos dijo el capitán Len Guy-, si ella es habitable durante los meses de verano, no parece que posea habitantes, puesto que no vemos ningún ser humano sobre el litoral.

-Observemos, que el *ice-berg* no es propio para provocar la atención como nuestra goleta lo hubiera hecho.

-Evidentemente, señor Jeorling, y la *Halbrane* hubiera atraído los indígenas... si los hay...

-De que no los veamos, capitán, no debe deducirse...

-Seguramente, señor Jeorling- respondió el capitán Len Guy.- Pero convendrá usted en que el aspecto de esta tierra no es el de la isla Tsalal en la época en que la *Jane* llegó a ella. Entonces veíanse colinas verdes, espesos bosques, árboles en plena floración, pastos abundantes... y aquí, a primera vista, no hay más que desolación y esterilidad.

-Convengo en ello. Todo en esta tierra es desolación y esterilidad. Sin embargo, me atrevo a preguntar a usted, si no piensa desembarcar en ella.

-¿Con la canoa?

-Con la canoa- en el caso en que la corriente alejara de ella a nuestro *ice-berg*.

-No tenemos momento que perder, señor Jeorling, y algunos días de escala podrían condenarnos a una invernada cruel si llegábamos demasiado tarde para franquear los pasos del banco de hielo.

-Y hay que tener en cuenta lo lejos que está- dijo Jem West.

-Conforme- respondí, insistiendo.- Pero alejarnos de esta tierra sin haber puesto el pie en ella, sin habernos asegurado de que no conserva las huellas de un campamento..., de si su hermano de usted, capitán..., sus compañeros...

Mientras yo hablaba, el capitán Len Guy sacudía la cabeza. No era la aparición de aquella costa árida lo que podría devolverle la esperanza, ni aquellas extensas planicies estériles, ni aquellas descarnadas colinas, ni aquel litoral

bordeado por un cordón de rocas negruzcas ¿Cómo hubieran podido vivir allí náufragos durante algunos meses?

Además habíamos arbolado el pabellón británico, que la brisa desplegaba en la cima del *ice-berg*. William Guy la hubiera reconocido y ya se hubiera precipitado a la ribera.

¡Nadie!... ¡Nadie!

En aquel momento Jem West, que acababa de obtener ciertos puntos de situación, dijo:

-Tengamos paciencia antes de tomar ninguna resolución. No pasará una hora sin que sepamos a qué atenernos. Nuestra marcha no parece disminuirse, y es fácil que un remolino nos lleve oblicuamente hacia la costa.

-Esa es mi opinión- declaró el contraмаestre-, y si nuestra máquina flotante no se estaciona, poco falta para ello... Se diría que vuelve sobre sí misma.

Jem West y Hurliguerly no se engañaban. Por uno u otro motivo, el *ice-berg* tendía a salir de la corriente que había seguido sin interrupción. Un movimiento giratorio había sucedido al de derivación, gracias a la acción de un remolino que llevaba hacia el litoral.

Aparte esto, algunas montañas de hielo que iban delante de nosotros acababan de chocar en los bajos fondos de la ribera.

Era, pues, inútil discutir si había o no lugar de lanzar la canoa al mar.

A medida que nos aproximábamos, la desolación de aquella tierra se acentuaba, y la perspectiva de sufrir allí seis

meses de internada hubiera llenado de espanto a los corazones más resueltos.

Hacia las cinco de la tarde, el *ice-berg* penetró en una profunda escotadura de la costa, terminada en la derecha por larga punta, contra la que no tardó en inmovilizarse.

-¡A tierra!... ¡A tierra!...

Este grito se escapó de todos los labios. La tripulación bajaba ya, por el talud del *ice-berg*, cuando Jem West mandó:

-¡Esperad la orden!

Se manifestó alguna vacilación, sobre todo por parte de Hearne y de varios de sus camaradas. Después el instinto de la disciplina dominó, y, finalmente, todos fueron a colocarse en fila en torno del capitán Len Guy.

No fue preciso poner en la mar la canoa, pues el *ice-berg* se encontraba en contacto con la punta.

El capitán Len Guy, el contramaestre y yo, precediendo a los otros, fuimos los primeros que abandonamos el campamento, y nuestras plantas hollaron aquella tierra nueva, virgen, sin duda, de toda humana huella.

El suelo volcánico estaba sembrado de ruinas pedregosas, fragmentos de lavas, piedra pómez, escorias. Más allá del cordón arenoso de la playa subía hacia la base de altas colinas, que formaban el último término a una media milla del litoral.

Nos pareció indicado ganar una de estas colinas, de unos 1.200 pies de altura. Desde la cúspide, la mirada podía abarcar extenso espacio, ya de tierra, ya de mar, en todas direcciones.

Preciso fue caminar durante veinte minutos sobre un suelo duro y desprovisto de vegetación. Nada recordaba las fértiles praderas de la isla Tsalal antes que el terremoto la hubiese agitado, ni los espesos bosques de que habla Arthur Pym, ni los ríos de aguas extrañas, ni las escarpaduras de tierra arenosa, ni los macizos de esteática del laberinto. Por todas partes rocas de origen ígneo, lavas endurecidas, escorias polvorientas, cenizas grises, y nada del humus preciso para las plantas rústicas menos exigentes.

No sin dificultades y sin riesgo el capitán Len Guy, el contraamaestre y yo llegamos a hacer la ascensión de la colina, en lo que empleamos una hora. Aunque la noche hubiera llegado, no traía obscuridad ninguna, pues el sol no desaparecía aun tras el horizonte de la Antártida.

Desde la cúspide de la colina, la vista se extendía a 30 o 35 millas, y he aquí lo que apareció a nuestros ojos.

Atrás se desarrollaba la mar arrastrando gran número de montañas flotantes, de las que unas acababan de unirse con el litoral, haciéndole casi inabordable. Al Oeste veíase una tierra muy accidentada, en cuya extremidad no se distinguía, bañada al Este por una mar sin límites.

Imposible era resolver con acierto si estábamos sobre una gran isla o sobre el continente antártico.

Verdad es que, fijando atentamente en la dirección Este el anteojito marino, el capitán Len Guy creyó advertir algunos vagos contornos entre las fieras brumas.



-Vean ustedes- nos dijo.

El contraestre y yo tomamos el instrumento y miramos cuidadosamente.

-Me parece- dijo Hurliguerly- que allí hay como una apariencia de costa.

-Así lo creo- respondí.

-Se trata, pues, de un estrecho, al través del cual la deriva nos ha conducido- concluyó el capitán Len Guy.

-Un estrecho- añadió el contraмаestre- que la corriente recorre de Norte a Sur, y después de Sur a Norte.

-Entonces ¿cortará en dos el continente polar?- pregunté.

-No hay duda- respondió el capitán Len Guy.

- ¡Ah!... ¡Si tuviéramos nuestra *Halbrane*...- exclamó Hurliguerly.

Sí... A bordo de la goleta - y hasta sobre el *ice-berg*, ahora, en la costa, como un navío desamparado- hubiéramos podido subir aun algunos centenares de millas, tal vez hasta el banco de hielo..., tal vez hasta el círculo antártico..., tal vez hasta las tierras vecinas... ¡Pero sólo poseíamos una frágil canoa, que apenas podía contener una docena de hombres, y éramos veintitrés!

No había más que volver a descender hacia la ribera, regresar a nuestro campamento, transportar las tiendas al litoral y tomar las medidas necesarias en vista de la invernada que las circunstancias iban a imponernos.

No hay que decir que el suelo no mostraba huella alguna de pasos humanos ni vestigio de habitantes. Podríamos afirmar que los sobrevivientes de la *Jane* no habían puesto el pie sobre aquella tierra, sobre aquel «dominio inexplorado», como le calificaban los mapas más modernos. Ni ellos... ni nadie, y no sería allí donde Dirk Peters encontraría las huellas de Arthur Pym.

Y esto resultaba igualmente de la quietud que mostraban los únicos seres vivientes de aquella comarca, que no se

asustaban al vernos. Ni las focas, ni las morsas se zabullían en aquellas aguas; los petreles y los cormoranes no huían; los pingüinos permanecían inmóviles en fila, viendo, sin duda, en nosotros volátiles de una especie particular. Sí. Era la vez primera que el hombre aparecía ante sus ojos, prueba de que jamás abandonaban la tierra aquella para aventurarse en más bajas latitudes.

De vuelta a la ribera, el contraamaestre descubrió, no sin cierta satisfacción, varias espaciosas cavernas vaciadas en el granito, bastante grandes, unas para alojarnos, otras para guardar el cargamento de la *Halbrane*. Cualquiera que fuese la decisión que tomáramos ulteriormente, nada mejor podíamos hacer que almacenar allí nuestro material y proceder a una primera instalación.

Después de haber subido por las pendientes del *ice-berg* hasta el campamento, el capitán Len Guy ordenó a sus hombres que se reunieran. Ni uno faltó, a no ser Dirk Peters, que, había roto decididamente toda clase de relaciones con los demás tripulantes. Pero en lo que a él se refería, ni en el estado de su alma, ni en su actitud, en caso de rebelión, había temor que sentir. Él estaría al lado de los leales, en contra de los rebeldes, y en cualquier circunstancia podríamos contar con él.

Cuando el círculo estuvo formado, el capitán Len Guy se expresó sin dejar ver síntoma de abatimiento. Hablando a sus compañeros, él les presentó la situación reducida a decimales, por así decirlo. La necesidad que en primer lugar se imponía, de bajar el cargamento a tierra y arreglar una de las cavernas

del litoral. Respecto a la cuestión de alimentos, afirmación de que los víveres, harina, carne en conserva; legumbres secas, bastarían para todo el invierno, por largo y riguroso que éste fuera. Respecto a la cuestión de combustible, declaración de que el carbón no faltaría a condición de no derrocharle, y que sería posible economizarle, pues bajo la cubierta de nieve y hielo, los invernantes pueden desafiar los grandes fríos de la zona polar.

Sobre estos dos puntos el capitán dio su dictamen, bastante para alejar toda inquietud. Jem West aprobó su lenguaje.

Quedaba una tercera cuestión; de gran importancia y propia para excitar los celos y la cólera de la tripulación.

Se trataba de decidir de qué manera sería empleada la única embarcación de que podíamos disponer.

¿Convenía reservarla para las necesidades de la invernada, o servirse de ella para volver hacia el banco de hielo?

El capitán Len Guy no quería resolver. Pidió únicamente que la decisión se dejase para veinticuatro o cuarenta y ocho horas después.

No se debía olvidar que la canoa, cargada con las provisiones necesarias para una larga travesía, no podía contener más que once o doce hombres. Era, pues, preciso proceder a la instalación de los que quedarían en la costa si la partida de la canoa se efectuaba, y, en este caso, la suerte designaría a los que habían de embarcar.

El capitán Len Guy declaró entonces que ni Jem West, ni el contra maestre, ni yo, ni él, reclamaríamos privilegio alguno,

y que seguiríamos la suerte común. Los dos maestros de la *Halbrane*, Martín Holt o Hardie, eran perfectamente capaces para conducir la canoa hasta los lugares de pesca, que tal vez los balleneros no habrían aun abandonado.

Por lo demás, los que partieran no olvidarían a los que dejaban invernando en el paralelo 86, y al volver el verano fletarían un barco a fin de recoger a sus compañeros.

Todo esto fue dicho- lo repito- en tono tan tranquilo como firme.

Debo hacerlo esta justicia: la figura del capitán Len Guy engrandecía con la gravedad de las circunstancias.

Cuando terminó de hablar- sin haber sido interrumpido ni aun por Hearne-, nadie hizo la menor observación. Ni ¿cuál podía hacerse, puesto que, llegado el caso de embarcarse alguno en la canoa, la suerte había de decidir?

Llegada la hora del descanso, todos regresaron al campamento, y tomaron su ración, preparada por Endicott, durmiéndose por última vez bajo las tiendas.

Dirk Peters no había reaparecido, y en vano procuré reunirme a él.

Al día siguiente, 7 de Febrero, la gente se puso a trabajar animosamente.

El tiempo era bueno, la brisa débil, el cielo estaba ligeramente brumoso, la temperatura soportable-46° (7° 78 c. sobre cero).

En primer lugar, la canoa fue descendida a la base del *ice-berg* con todas las precauciones que la operación exigía. Desde dicho punto los hombres la sacaron a seco, sobre una

pequeña playa, al abrigo de la resaca. En perfecto estado, se podía esperar que prestaría buen servicio.

El contraмаestre se ocupó en seguida del cargamento, así como del material que provenía de la *Halbrane*, mobiliario, velamen, trajes, utensilios, instrumentos.

En el fondo de una caverna, estos objetos no estarían expuestos al naufragio o demolición del *ice-berg*. Las cajas de conserva, los sacos de harina y de legumbres, los frascos de vino, whisky, ginebra y cerveza fueron transportados al litoral.

Yo había trabajado en todo como el capitán Len Guy y el lugarteniente, pues este trabajo del primer momento no sufría ningún retraso.

Debo hacer notar que Dirk Peters fue aquel día a echar una mano, pero a nadie dirigió la palabra.

Ignoro si había o no renunciado a la esperanza de encontrar a Arthur Pym.

El 8, el 9 y el 10 de Febrero nos ocupamos en la instalación, que quedó terminada en la tarde de este último día. El cargamento fue colocado en el interior de una amplia gruta, a la que se llegaba por estrecha abertura. Confinaba con la que debía servirnos de habitación, y en la que, por consejo del contraмаestre, Endicott dispondría su cocina. De esta manera aprovecharíamos el calor del horno, que serviría para preparar los alimentos y para calentar la caverna durante aquellos largos días, o más bien larga noche del invierno austral.

Desde el 8 por la tarde habíamos tomado posesión de aquella caverna, de secas paredes, alfombra de fina arena, y suficientemente alumbrada por su orificio de entrada.

Situada junto a una fuente, su orientación debía ponerla al abrigo de los terribles rafaes y las tormentas de nieve de la mala estación. De cabida superior a la que ofrecían los puestos de la goleta, pudo contener los catres, mesas, armarios, sillas, y el mobiliario suficiente para pasar algunos meses del invierno.

Mientras se trabajaba en la instalación, nada sospechoso sorprendí en la actitud de Hearne y de los reclutados en las Falklands.

Todos dieron prueba de sumisión a la disciplina y desplegaron actividad loable. Sin embargo, el mestizo siguió guardando la canoa, de la que hubiera sido fácil apoderarse en la playa.

Hurliguerly, que vigilaba particularmente al *sealing-master* y a sus camaradas, parecía tranquilizado con motivo de sus disposiciones actuales.

En todo caso, no se tardaría en resolver lo que conviniera respecto a la partida de los que fueran designados por la suerte.

En efecto: estábamos a 10 de Febrero. Pasados un mes o seis semanas, la campaña de pesca habría terminado en la vecindad del círculo antártico. Y de no encontrar a los balleneros, admitiendo que hubiesen podido franquear el banco de hielo y el círculo polar, nuestra canoa no hubiera

podido afrontar el Pacífico hasta las riberas de la Australia o de Nueva Zelanda.

Aquella noche, después de reunir a todos, el capitán Len Guy declaró que la cuestión sería discutida al día siguiente, añadiendo que, si se resolvía afirmativamente, se echaría a suerte en seguida.

Esta proposición no produjo respuesta alguna, y, en mi opinión, no habría discusión seria más que para decidir si se efectuaba o no la partida.

Era tarde. Una semiobscuridad reinaba fuera, pues a aquella fecha el sol estaba ya al ras del horizonte, bajo el que pronto iba a desaparecer.

Yo me había echado vestido sobre la colchoneta, y dormía hacía varias horas, cuando fui despertado por gritos que estallaron a poca distancia.

Me levanté de un salto y lancéme fuera de la caverna, al mismo tiempo que el capitán y el lugarteniente, a los que también había despertado el ruido.

-¡La canoa!... ¡La canoa!... -exclamó de repente Jem West.

La canoa no estaba en el sitio en que la guardaba Dirk Peters.

Después de haberla lanzado a la mar, tres hombres se habían embarcado en ella con barriles y cajas, mientras que otros diez procuraban sujetar al mestizo.

Allí estaba Hearne, y también Martín Holt, que, por lo que me pareció, no tomaba intervención directa.

¡De modo que aquellos miserables querían apoderarse de la embarcación y partir antes de que la suerte hubiera designado!

¡Querían abandonarnos!

En efecto: habían logrado sorprender a Dirk Peters, y le hubieran matado a no defender él su vida en terrible lucha.

En presencia de aquella revuelta, conociendo nuestra inferioridad numérica e ignorando si podían contar con los antiguos tripulantes, el capitán Len Guy y el lugarteniente volvieron a entrar en la caverna, a fin de tomar sus armas para reducir a la impotencia a Hearne y a sus cómplices, que estaban armados.

Iba yo a hacer lo mismo, cuando unas palabras que oí me dejaron inmóvil.

Anonadado por el número, el mestizo acababa de ser derribado en tierra. Pero en este instante, como Martín Holt, por gratitud hacia el hombre que le había salvado la vida se lanzase a su socorro, Hearne le gritó:

-¡Déjale... y vente con nosotros!

El maestro velero pareció dudar.

-Sí..., déjale...- añadió Hearne. Deja a Dirk Peters, que es el asesino de tu hermano.

-¡El asesino de mi hermano!- exclamó Martín Holt.

-¡De tu hermano muerto a bordo del *Grampus*!

-¡Muerto por Dirk Peters!

-¡Sí... muerto y devorado..., devorado!...- repitió Hearne, que aullaba más que pronunciaba tales palabras.

Y a una señal suya, dos de sus compañeros cogieron a Martín Holt y le transportaron a la canoa dispuesta para marchar.

Hearne se precipitó en seguida en ella con todos aquellos a los que había asociado a aquel acto abominable.

En este momento Dirk Peters se levantó de un salto y cayó sobre uno de los rebeldes en el punto en que éste se disponía a entrar en la canoa, le alzó en sus membrudos brazos, y haciéndole girar sobre su cabeza, le rompió el cráneo contra una roca...

Sonó un tiro... El mestizo, herido en la espalda por la bala de Hearne, cayó sobre la arena, mientras que la embarcación era vigorosamente impulsada mar adentro.

El capitán Len Guy y Jem West salían entonces de la caverna (toda la anterior escena apenas había durado cuarenta segundos), y corrieron al extremo de la punta, al mismo tiempo que el contraamaestre, Hardie y los marineros Francis y Stern.

La canoa, arrastrada por la corriente, se encontraba ya a una encabladura, y la marea descendía con rapidez.

Jem West se echó el fusil a la cara, hizo fuego, y uno de los marineros cayó al fondo de la embarcación.

Un segundo disparo, hecho por el capitán Len Guy, rozó el pecho del *sealing-master*, y la bala se perdió contra los bloques en el momento en que la canoa desaparecía tras el *ice-berg*.

No quedaba más que ir al otro lado de la punta, a la que la corriente aproximaría sin duda a aquellos miserables antes

de arrastrarlos en dirección del Norte. Si pasaban a tiro de fusil, si un nuevo disparo tocaba al *sealing-master...*, muerto él... o herido, ¿se decidirían tal vez sus compañeros a volver?

Transcurrió un cuarto de hora.

Cuando la embarcación se mostró al dar la vuelta a la punta, era a tal distancia, que nuestros disparos no podrían tocarla.

Ya Hearne había hecho izar la vela, y arrastrada a la vez por la corriente y la brisa, la canoa no fue bien pronto más que un punto blanco que no tardó en desaparecer.

XXIX

DIRK PETERS EN LA MAR.

La cuestión de la invernada estaba zanjada. De los treinta y tres hombres embarcados a bordo de la *Halbrane* a su partida de las Falklands, veintitrés habían llegado a aquella tierra, y de éstos trece acababan de huir, a fin de ganar los lugares de la pesca pasado el banco de hielo. ¡Y éstos no eran los que la suerte había designado! ¡No!... ¡Con el objeto de escapar a los rigores de una invernada, ellos habían desertado cobardemente!

Por desgracia Hearne no había arrastrado únicamente a sus camaradas. Dos de los nuestros, el marinero Burry y el maestro velero Martín Holt, se habían unido a él. Martín Holt, tal vez sin darse cuenta de lo que hacía, bajo el golpe de la espantosa revelación que el *sealing-master* acababa de hacerle.

En suma: la situación no había cambiado para aquellos a los que la suerte no hubiera destinado a partir. No éramos más que nueve: el capitán Len Guy, el lugarteniente Jem

West, el contraamaestre Hurliguerly, el maestro calafate Hardie, el cocinero Endicott, los dos marineros Francis y Stern, Dirk Peters y yo. ¡Qué pruebas nos reservaba aquella invernada, ahora que se aproximaba el terrible invierno polar! ¡Que espantosos fríos íbamos a sufrir, más rigurosos que en otra cualquier parte del globo terrestre, envueltos en permanente noche de seis meses! ¡No se podía, sin espanto, pensar en la energía física y moral que sería precisa para resistir en aquellas condiciones tan fuera de la humana resistencia!

Y, sin embargo, al fin de cuenta, ¿era mejor la situación de los que nos habían abandonado? ¿Encontrarían la mar libre hasta el banco de hielo? ¿Conseguirían llegar al círculo antártico? Y más allá, ¿encontrarían los últimos barcos de pesca? ¿No les faltarían las provisiones en el curso de una travesía de un millar de millas? ¿Qué había podido llevar la canoa, ya muy cargada con el peso de trece hombres?

Sí... ¿Quiénes estaban más amenazados: ellos o nosotros?...

Sólo el porvenir podía responder a esta pregunta.

Cuando la embarcación hubo desaparecido, el capitán Len Guy y sus compañeros, remontando la punta, volvieron hacia la caverna. Allí, envueltos en noche interminable, íbamos a pasar todo aquel tiempo, durante el cual nos estaría prohibido poner el pie fuera.

Ante todo pensé en Dirk Peters, al que habíamos dejado atrás después del disparo hecho por Hearne, mientras que nosotros nos apresurábamos a ganar la otra Punta.

Al volver a la caverna no vi al mestizo. ¿Habría, pues, sido herido gravemente? ¿Tendríamos que lamentar la muerte de aquel hombre que nos era tan fiel como lo había sido al pobre Pym?

Yo esperaba, todos esperábamos que su herida no ofreciera gravedad. Pero era menester curarle, y Dirk Peters había desaparecido.

-Busquémoslo, señor Jeorling- exclamó el contraмаestre.

-Vamos- respondí.

-Iremos juntos- dijo el capitán Len Guy.- Dirk Peters era de los nuestros... Nunca nos hubiera abandonado, y nosotros no le abandonaremos.

-¿Querrá volver el desdichado- hice observar- ahora que su secreto es conocido?

Manifesté a mis compañeros la razón de que en el relato de Arthur Pym, el nombre de Ned Holt se hubiera cambiado por el de Parker, y en qué circunstancias me había el mestizo informado de ello. Además, hice valer todo lo que había en descargo de su acción.

-Hearne- declaré- ha dicho que Dirk Peters había matado a Ned Holt... Sí... Es verdad... Ned Holt se había embarcado en el *Grampus*, y su hermano Martín Holt ha podido creer que había perecido, ya en la rebelión, ya en el naufragio... Pues, bien; no. Ned Holt había sobrevivido con Augusto Barnard, Arthur Pym y el mestizo, y bien pronto los cuatro sufrieron las torturas del hambre. Preciso era sacrificar a uno de ellos... El que la suerte designara. Se echó a pajas. A Ned le fue adversa la fortuna... Cayó bajo el cuchillo de Dirk Peters...

Pero si la suerte hubiera designado al mestizo, éste hubiera servido de presa a los otros.

El capitán Len Guy hizo entonces la observación siguiente:

-¿Dirk Peters no había confiado su secreto a nadie más que a usted, señor Jeorling?

-A mí únicamente, capitán...

-¿Y usted lo ha guardado?

-En absoluto.

-No me explico entonces cómo Hearne ha podido descubrirle.

-Primero he pensado- respondí- que tal vez Dirk Peters había hablado en sueños, y que, merced a la casualidad, Hearne conocía el secreto. Después mis reflexiones me han hecho recordar la circunstancia siguiente: Cuando el mestizo me refirió la escena del *Grampus*; cuando me manifestó que Parker era Ned Holt, se encontraba en mi camarote, cuya vidriera lateral estaba abierta. Hay, pues, motivo para sospechar que nuestra conversación fue sorprendida por el hombre que entonces estaba en el timón... Y precisamente este hombre era Hearne, que para oír mejor, sin duda, había abandonado el timón, tanto que la *Halbrane* sufrió un choque...

-Lo recuerdo- dijo Jem West-, y yo regañé al miserable y lo envié al fondo de la cala.

-Pues bien, capitán- añadí.- Desde aquel día Hearne procuró estrechar sus relaciones con Holt; Hurliguerly me lo ha hecho notar.

-Efectivamente- dijo el contraamaestre-, y sin duda Hearne, que se consideraba incapaz para dirigir la canoa, de la que pensaba apoderarse, tenía necesidad de un maestro como Martín Holt.

-También- añadí- no cesaba de excitar a Holt para que éste preguntase al mestizo sobre la suerte de su hermano, y usted sabe en qué condiciones él le descubrió el espantoso secreto... ¡Martín Holt pareció enloquecer por la revelación!... Los otros le arrastraron... y ahora... está con ellos...

Todos convinieron en que así debían de haber pasado las cosas.

En fin, la verdad era conocida; ¿y no era de temer, dada la disposición de espíritu en que Dirk Peters debía de encontrarse, que quisiera sustraerse a nuestros ojos? ¿Consentiría en volver con nosotros?

Todos, inmediatamente, habíamos abandonado la caverna, y una hora después encontramos al mestizo.

Al vernos, su primer movimiento fue de huir. Al fin, Hurliguerly y Francis consiguieron aproximarse a él, que no hizo resistencia. Yo le hablé-, los demás me imitaron, el capitán Len Guy le tendió la mano. Primero dudó en tomarla. Después, sin pronunciar una palabra, volvió a la playa.

Desde aquel día entre él y nosotros no se habló nunca de lo que había pasado a bordo del *Grampus*.

La herida del mestizo no tenía importancia. La bala no había hecho más que penetrar en la parte superior de su brazo izquierdo, y se consiguió extraerla con la sola presión

de la mano. Se aplicó una venda formada de un trozo de vela sobre la herida, y él se puso su blusa, y desde el siguiente día, sin manifestar molestia alguna, volvió a sus habituales tareas.

En vista de una larga invernada, organizamos nuestra instalación.

El invierno amenazaba, y hacía algunos días que apenas si el sol se mostraba al través de las nubes. La temperatura bajó a 36° (2° 22 c. sobre cero), y no debía elevarse. Los rayos solares, alargando desmesuradamente las sombras sobre el suelo, no daban calor alguno. El capitán había hecho que nos pusiéramos nuestros vestidos de lana, sin esperar a que el frío fuera más riguroso.

Entretanto los *ice-bergs*, los *packs*, los *streams*, los *drifts*, venían del Sur en gran número; y aunque algunos se arrojaban aun sobre el litoral, ya cubierto de témpanos, la mayor parte desaparecían en la dirección del Nordeste.

-Todos esos pedazos- me dijo el contraмаestre- son otros tantos materiales para consolidar el banco de hielo. A poco que la canoa en que van Hearne y sus miserables compañeros no les adelanten, imagino que encontrarán la puerta cerrada; y como no tendrán llave con que abrirla...

-¿De modo, Hurliguerly- pregunté-, que usted piensa que corremos menos peligros invernando en esta costa que si hubiéramos tomado sitio en la canoa?

-Lo pienso y lo he pensado siempre, señor Jeorling-respondió el contraмаestre.-Además, ¿sabe usted una cosa?-añadió empleando su fórmula habitual.

-Diga usted, Hurliguerly...

-Pues que los que van en la canoa se verán en situación más difícil que los que no van en ella; y lo repito, si la suerte me hubiera designado, habría cedido mi vez a otro... Ya es algo estar en tierra firme... Después de todo, aunque nos hayan abandonado cobardemente, no deseo la muerte de ninguno. Pero si Hearne y sus compañeros no consiguen franquear el banco polar, están condenados a pasar el invierno en medio de los hielos, reducidos a los víveres que se han llevado, con los que no tienen mas que para algunas semanas, y usted comprenderá la suerte que les espera.

-Sí..., peor que la nuestra- respondí.

-Y añadido-dijo el contra maestre-que no es bastante llegar al círculo antártico; y si los balleneros han abandonado ya los lugares de pesca, no es una embarcación cargada en demasía la que podrá mantenerse en el mar hasta estar a la vista de las tierras australianas.

Esta era mi opinión, como también la del capitán Len Guy.

Auxiliada por navegación favorable, no llevando más que lo que podía llevar, con provisiones para varios meses; en fin, en todas condiciones buenas, tal vez la canoa podría efectuar el viaje... Pero ¿era así?... Seguramente que no.

Durante los siguientes días, 14, 15, 16 y 17 de Febrero, la instalación del personal y del material quedó terminada.

Practicáronse algunas excursiones al interior del país. Por todas partes presentaba el suelo la misma aridez, no produciendo más que hierbecillas espinosas en abundancia.

La última esperanza que el capitán Len Guy hubiera podido conservar en lo que se refería a su hermano y tripulantes de la *Jane* desaparecía; si había pensado que, después de abandonar la isla Tsalal en una embarcación, las corrientes les habían conducido hasta aquella costa, debió reconocer que allí no existía huella alguna de desembarco.

En una de nuestras excursiones llegamos a distancia de cuatro millas al pie de una montaña de difícil acceso merced a la oblicuidad de sus pendientes; y de altura de 600 a 700 toesas.

De esta excursión que hicimos el capitán Len Guy, el lugarteniente, el marinero Francis y yo, no resultó descubrimiento alguno. Hacia el Norte y hacia el Oeste se desarrollaba la misma sucesión de colinas desnudas, caprichosamente cortadas en su cima; y cuando desaparecieran bajo el inmenso tapiz de nieve, sería difícil distinguirlas de los *ice-bergs*, inmóviles por el frío en la superficie del mar.

Sin embargo, respecto a lo que habíamos tomado por apariencias de tierra al Este, pudimos advertir que en esta dirección se extendía una costa, cuyas alturas, iluminadas por el sol de la tarde, aparecieron bastante distintamente en el objetivo del anteojo marítimo.

¿Era un continente que bordeaba la costa del estrecho? ¿No era más que una isla? En todo caso debía ser estéril como la tierra del Oeste, y como ella, inhabitada o inhabitable.

Y cuando mis recuerdos volvían a la isla Tsalal, cuyo suelo poseía tan extraordinario poder de vegetación; cuando recordaba las descripciones de Arthur Pym, no sabía que pensar. Evidentemente, aquella desolación que afligía a nuestros ojos reproducía mejor la idea de las regiones australes. Sin embargo, el archipiélago de la Tsalal, situado casi a la misma latitud, era fértil y poblado antes que el terremoto le hubiera destruido casi en su totalidad.

Aquel día, el capitán Len Guy propuso dar nombre geográfico a la comarca donde el *ice-berg* nos había arrojado. Bautizamos la con el de *Halbrane-Land* en recuerdo de nuestra goleta, y para asociarlos en el mismo recuerdo, el estrecho que separaba las dos partes del continente polar fue llamado *Jane-Sound*.

Ocupámonos de cazar los pingüinos que pululaban sobre las rocas, y de apresar regular número de aquellos anfibios que se revolcaban en las playas. La necesidad de carne fresca se dejaba sentir. Preparada por Endicott, la carne de foca y de morsa pareciónos muy aceptable; además, la grasa de estos animales podía, en rigor, servir para calentar la caverna y para guisar los alimentos. No había que olvidar que nuestro más terrible enemigo sería el frío, y todos los medios propios para combatirle debían ser utilizados. Restaba saber si en las proximidades del invierno, los mencionados anfibios no irían a buscar en latitudes más bajas un clima menos riguroso.

Por fortuna, aun había centenares de otros animales que nos hubieran garantido contra el hambre y contra la sed, en

caso de necesidad. Sobre la arena se arrastraban en gran número las tortugas-galápagos, a las que se ha dado el nombre de un archipiélago del Océano equinoccial; y de las que habla Arthur Pym, y que servían de alimento a los insulares, semejantes a las que Dirk Peters y él encontraron en el fondo de la canoa indígena, cuando su partida de la isla Tsalal.

Estos bichos, enormes, de marcha pesada y cola de dos pies de largo, cabeza triangular de serpiente, pueden permanecer años sin comer. Aquí, a falta de apio, perejil y verdolaga silvestre, se alimentaban de las hierbecillas que crecían entre las piedras del litoral.

Si Arthur Pym se ha permitido comparar a las tortugas antárticas con los dromedarios, es porque, como estos rumiantes, tienen en el nacimiento del cuello una bolsa llena de agua fresca y dulce, que contiene dos o tres galones. Según su relato antes de la escena de la suerte, los náufragos del *Grampus* debían a una de estas tortugas no haber sucumbido de hambre ni sed.

A creerle, hay algunas que pesan de 1.200 a 1.500 libras. Las de *Halbrane-Land* no pasaban de 700 a 800; pero su carne era sabrosa y nutritiva.

Así, pues, por más que estuviéramos en vísperas de invernar a menos de cinco grados del polo, la situación no era para desesperar del todo. La cuestión más grave era la del regreso, cuando la mala estación terminara. Para que tal cuestión fuera resuelta era preciso: 1º Que nuestros compañeros, que habían partido en la canoa, consiguieran

repatriarse. 2º Que su primer cuidado fuese enviar un barco en busca nuestra.

No era de suponer que Martín Holt nos olvidara; pero sus compañeros y él, ¿conseguirían tocar las tierras del Pacífico a bordo de un ballenero? Y además, ¿la próxima estación de verano sería propia para una navegación al través de los mares de la Antártida?

Frecuentemente hablábamos de estas casualidades buenas y malas.

El contraмаestre se mostraba confiado, gracias a su feliz temperamento. El cocinero Endicott participaba de esta confianza, o por lo menos no se angustiaba de las eventualidades del porvenir, y cocinaba con la misma tranquilidad que lo hubiera hecho ante los hornillos del *Cormorán Verde*. Los marineros Stern y Francis escuchaban sin decir nada... ¡Y quién sabía si no se lamentaban de no haber acompañado a Hearne y a sus compañeros! Respecto a Hardie, esperaba los sucesos, sin pretender adivinar que aspecto tendrían en el transcurso de cinco o seis meses.

El capitán Len Guy y el lugarteniente, como de costumbre, estaban unidos por los mismos pensamientos y resoluciones.

Intentarían todo cuanto debiera ser intentado para la salvación común. Poco seguros de la suerte de la canoa, tal vez pensaban en intentar un viaje hacia el Norte, atravesando a pie los *ice-fields*, y ni uno de nosotros hubiera dudado seguirles. Por lo demás, aun no había llegado el momento de

semejante tentativa, y sería tiempo de decidirse cuando la mar estuviera solidificada hasta el círculo antártico.

Tal era, pues, la situación, y no parecía que nada habría de modificarla, cuando el día 19 de Febrero se produjo un incidente, providencial, diría yo, para los que admiten la intervención de la Providencia en el curso de las cosas humanas.

Eran las ocho de la mañana. El tiempo estaba en calma, el cielo bastante claro, el termómetro a 32° Fahrenheit (cero c.)

Reunidos en la caverna-menos el contramaestre-esperando el almuerzo que Endicott acababa de preparar, íbamos a sentarnos a la mesa, cuando una voz nos llamó desde fuera.

No podía ser otra que la de Hurliguerly; y como volviera a llamamos, salimos apresuradamente.

Así que nos vio, gritó:

-¡Venid, venid!

De pie sobra una roca, al pie de la cresta que terminaba *Halbrane-Land*, nos mostraba el mar.

-¿Qué hay?- preguntó el capitán Len Guy.

-Una canoa.

-¡Una canoa!- exclamé.

-¿Será la de la *Halbrane* que vuelva?- preguntó el capitán Len Guy.

-¡No...; no es ella!-respondió Jem West.

Efectivamente, una embarcación, que por su forma y dimensiones no podía ser confundida con la de nuestra

goleta, derivaba sin remos, como si se hubiera abandonado a la corriente.

Tuvimos la misma idea: apoderarnos a cualquier precio de aquella canoa, que tal vez aseguraría nuestra salvación.

¿Pero cómo llegar a ella, cómo traerla a aquel extremo de *Halbrane-Land*?

La canoa estaba aun a una milla, y en menos de veinte minutos llegaría al través del peñasco, y pasaría de él, pues ningún remolino había al largo, y en otros veinte minutos estaría lejos.

Nosotros permanecíamos allí, contemplando la canoa, que continuaba en derivación sin aproximarse al litoral. Al contrario la corriente tendía a alejarse de él.

Repentinamente, al pie del peñasco se abrió el agua como si hubiera caído un cuerpo al mar.

Era Dirk Peters, que, desembarazado de sus vestidos, acababa de precipitarse desde lo alto de una roca, y al que vimos a diez brazadas ya, nadando en dirección a la canoa.

Un hurra se escapó de nuestros pechos.

El mestizo volvió un instante la cabeza y de un poderoso golpe saltó- esta es la palabra- al través de las olas, como lo hubiera hecho un marsuino, del que poseía la fuerza y la velocidad. Nunca había yo visto nada semejante; ¡y qué no debía esperarse del vigor de tal hombre!

¿Conseguiría Dirk Peters llegar a la embarcación antes que la corriente la hubiera arrastrado hacia el Nordeste? Si llegaba a ella, ¿conseguiría sin remos conducirla hacia la

costa, de la que ella se apartaba, como la mayor parte de los *ice-bergs*?

Después de nuestros hurras, lanzados para animar al mestizo, permanecimos inmóviles. Nuestros corazones parecían próximos a romperse. Únicamente el contraмаestre gritaba de vez en cuando:

-¡Anda, Dirk, anda!

En algunos minutos el mestizo ganó varias encabladuras en sentido oblicuo hacia la canoa. No se le veía más que la cabeza, como punto negro en la superficie de las olas. Sus dos piernas y sus dos brazos golpeaban metódicamente el agua, y mantenía su velocidad por la acción regular de estos cuatro poderosos propulsores.

Sí. No parecía dudoso que Dirk Peters llegase a la embarcación.

Pero, ¿no sería arrastrado con ella, a menos que tan prodigiosa era su fuerza- no pudiese, nadando, remolcarla hasta la costa?

-Y después de todo, ¿por qué no ha de haber remos en esa canoa?- hizo observar el contraмаestre.

Ya lo veríamos cuando Dirk Peters estuviera a bordo, cosa que era preciso que consiguiera en pocos minutos, pues la canoa no tardaría en pasarle.

-En todo caso- dijo Jem West-, vayamos abajo. Si la embarcación llega a tierra, será en la parte baja del peñón.

-¡Bien, bien! ¡Hurra, Dirk, hurra!- gritó el contraмаestre, incapaz de contenerse, y al que Endicott hacía formidable eco.

El mestizo había llegado a la canoa; su enorme mano se agarró a ella, y, a riesgo de que se fuera a pique, se izó por la banda, se montó en ésta, y se sentó para tomar aliento.

Casi en seguida un sonoro grito lanzado por el mestizo llegó hasta nosotros.

¿Qué había encontrado en el fondo de la canoa? Eran remos, pues la vimos que se instalaba en la proa y remaba en dirección de la ribera con nuevo vigor, a fin de salir de la corriente.

-¡Venid!- dijo el capitán Len Guy.

Cuando hubimos rodeado la base del peñón, corrimos hacia la orilla de la playa por entre las negruzcas piedras de que estaba cubierta.

A 300 o 400 toesas, el lugarteniente hizo que nos detuviéramos. La canoa había encontrado abrigo en una pequeña punta que se proyectaba en aquel sitio, y era evidente que allí aterraría.

No estaba más que a cinco o seis encabladuras, y el remolino se aproximaba, cuando Dirk Peters, dejando los remos, se inclinó a popa y se irguió después sosteniendo un cuerpo inerte.

¡Qué desgarrador grito se dejó oír!

-¡Mi hermano! ¡Mi hermano!

Len Guy acababa de reconocer a William Guy en el cuerpo que el mestizo sostenía.

-¡Vive!- gritó Dirk Peters.

Un instante después, la canoa había acostado, y el capitán Len Guy oprimía entre sus brazos a su hermano.

Tres de los compañeros de éste yacían inanimados en el fondo de la embarcación.

¡Y aquellos cuatro hombres era lo que restaba de la tripulación de la *Jane!*

XXX

ONCE AÑOS EN ALGUNAS PÁGINAS.

El título dado a este capítulo indica que las aventuras de William Guy y de sus compañeros después de la destrucción de la goleta inglesa, los detalles de su existencia en la isla Tsalal desde la partida de Arthur Pym y de Dirk Peters, van a ser referidos sucintamente.

Transportados a la caverna William Guy y los tres marineros Trinkle, Roberts y Covin, habíase logrado que recobraran el sentido. En realidad, el hambre, sólo el hambre había puesto a aquellos infelices en un estado de debilidad próximo al de la muerte.

Algún alimento suministrado con moderación y algunas tazas de té caliente con whisky les volvieron casi en seguida las fuerzas.

No insisto en la conmovedora escena que nos enterneció hasta el fondo del alma, cuando William reconoció a su hermano. Las lágrimas inundaban nuestros ojos; las palabras de gratitud a la Providencia nos venían a los labios. Para

nada pensábamos en lo que el porvenir nos reservaba, entregados a la alegría del presente... Y ¿quién sabía si nuestra situación iba a cambiar, merced a la llegada de aquella embarcación a *Halbrane-Land*?

William Guy, antes de relatar su historia, fue puesto al corriente de nuestras aventuras. En pocas palabras supo lo que había que saber de ellas: el encuentro con el cadáver de Patterson; el viaje de nuestra goleta hasta la isla de Tsalal; su partida para más altas latitudes; su naufragio al pie del *ice-berg*, y, en fin, la traición de una parte de la tripulación, que nos había abandonado en aquellos lugares.

Conoció igualmente lo que Dirk Peters sabía respecto a Arthur Pym, y también sobre que hipótesis, poco fundada, descansaba la esperanza del mestizo de encontrar a su compañero, cuya muerte no era más dudosa para William Guy que la de los otros marinos de la *Jane*, aplastados bajo las colinas de Klock-Klock.

A esta relación respondió William con el resumen de lo ocurrido en los once años pasados en la isla Tsalal.

No se habrá olvidado que el 8 de Febrero de 1828 la tripulación de la *Jane*, no teniendo motivos para sospechar de la mala fe de la población de Tsalal y de su jefe Too-Witt, desembarcó, a fin de ir a la aldea de Klock-Klock, no sin haber puesto en estado de defensa la goleta; a bordo de la que quedaron seis hombres.

La tripulación, contando al capitán William Guy, al segundo Patterson, a Arthur Pym y a Dirk Peters, formaba

un grupo de 32 hombres, armados de fusiles, pistolas y cuchillos. El perro *Tigre* les acompañaba.

Al llegar a la estrecha garganta que conducía a la aldea, precedida y seguida por los numerosos guerreros de Too-Witt, la pequeña tropa se dividió. Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Allen penetraron por una hendedura de la colina.

Desde aquel momento, sus compañeros no habían de volverlos a ver.

Efectivamente, al poco tiempo se dejó sentir una sacudida. La colina opuesta se desmoronaba, enterrando a William Guy y a sus 28 compañeros.

De estos desdichados, 22 fueron aplastados, y sus cadáveres no se hallaron jamás bajo la masa de tierra. Siete, milagrosamente a cubierto en una ancha gruta de la colina, habían sobrevivido. Eran William Guy, Patterson, Roberts, Covin y Trinkle, mas Forbes y Lexton, que murieron después. Respecto a si *Tigre* había perecido en el derrumbamiento o había escapado, lo ignoraban.

William Guy y sus compañeros no podían permanecer en aquel sitio estrecho y oscuro, donde el aire respirable no tardaría en faltar. Así como Arthur Pym lo pensara al principio, se habían creído víctimas de un temblor de tierra; pero, como él, también iban a conocer que el terremoto había sido preparado artificialmente por Too-Witt y por los insulares de Tsalal. Como a Arthur Pym, les era preciso, y lo más pronto posible, escapar a aquellas tinieblas, a la falta de aire y a las exhalaciones sofocantes de la tierra húmeda, en-

tonces que, para emplear las palabras de Arthur Pym-, «se encontraban desterrados en los más lejanos confines de la esperanza, y en la condición especial de muertos».

Lo mismo que en la colina de la izquierda existían laberintos en la de la derecha, y arrastrándose por los sombríos corredores, William Guy, Patterson y los demás, llegaron a una cavidad donde la luz y el aire penetraban en abundancia. También ellos vieron desde allí el ataque a *la Jane* por unas 60 piraguas, la defensa de los seis hombres que quedaron a bordo, los pedreros vomitando balas y metralla, la invasión de la goleta por los salvajes, y, en fin, la explosión final, que produjo la muerte de un millar de indígenas, al mismo tiempo que la destrucción completa del navío.

Too-Witt y los insulares quedaron al principio espantados de los efectos de aquella explosión, y quizá aun más, descorazonados. Los instintos de pillaje no podrían ser satisfechos, puesto que del casco, de la arboladura y del cargamento de la goleta no quedaban más que restos sin valor. Como debían suponer que la tripulación había igualmente perecido en el hundimiento de la colina, no pensaban que algunos habían sobrevivido; de donde resultó que Arthur Pym y Dirk Peters, por una parte, y William Guy y los suyos por otra, pudieron, sin ser inquietados, permanecer en el fondo de los laberintos de Klock-Klock, donde se alimentaron de la carne de las garzas, de las que era fácil apoderarse con la mano, y de los frutos de los numerosos avellanos que llenaban los flancos de la colina. El fuego se lo procuraron frotando pedazos de madera tierna

contra pedazos de madera dura, de lo que tenían abundancia en derredor.

Al fin, después de siete días, si Arthur Pym y el mestizo lograron, como se sabe, abandonar su escondite, bajar a la ribera, apoderarse de una embarcación y abandonar a la isla Tsalal, William Guy y sus compañeros no habían encontrado hasta entonces ocasión de huir.

A los veintiún días, el capitán de la Jane y los suyos, encerrados en el laberinto, veían llegar el momento, en que les faltarían las aves, que constituían su alimento. Para escapar a los tormentos del hambre, ya que no a los de la sed, puesto que una fuente interior procuraba agua límpida, no había más que un medio: ganar el litoral y aventurarse mar adentro en una embarcación indígena. Verdad que ¿dónde irían los fugitivos, y qué sería de ellos careciendo de provisiones? Sin embargo, no hubieran dudado en intentar la aventura si hubieran podido aprovechar algunas horas de la noche. Pero en aquella época, el sol no se ponía aun tras el horizonte del paralelo 84.

Probable es que la muerte hubiera puesto término a tanta miseria, a no ser por las siguientes circunstancias.

Una mañana, el 22 de Febrero, William Guy y Patterson devorados por la inquietud, hablaban en el orificio de la cavidad que daba al campo. No sabían cómo subvenir a las necesidades de siete personas, reducidas ahora a alimentarse de avellanas únicamente, lo que les producía violentos dolores en la cabeza e intestinos. Veían gran número de tortugas arrastrándose por la ribera, pero no podían

apresarlas, pues centenares de indígenas ocupaban las playas yendo, viniendo y lanzando su eterno grito *tékéli-li*.

De pronto, aquella turba pareció presa de extraordinaria agitación. Hombres, mujeres y niños se dispersaron por todas partes. Algunos salvajes se arrojaron en sus canoas como si un terrible peligro les amenazase.

¿Qué sucedía?

William Guy y sus compañeros tuvieron bien pronto la explicación del tumulto que se producía en aquella parte del litoral de la isla.

Un animal, un cuadrúpedo, acababa de aparecer, y precipitándose en medio de los insulares, se encarnizaba mordiéndoles, saltándoles al cuello, mientras su espumosa boca arrojaba roncós rugidos.

Y, sin embargo, era uno solo..., al que se podía derribar a pedradas o flechazos. ¿Por qué centenares de salvajes manifestaban semejante espanto, por qué huían, por qué no osaban defenderse del animal que se lanzaba contra ellos?

Era la bestia de piel blanca, y a su presencia se producía el fenómeno ya observado, el inexplicable horror por el color blanco, común a todos los indígenas de Tsalal... ¡No!... ¡Difícil fuera figurarse el espanto con que ellos lanzaban, con su *tékéli-li*, los gritos de *ana moo-moo* y *lama lama!*

¡Y cuál no sería la sorpresa de William Guy y de sus compañeros cuando reconocieron al *Tigre* en el animal!

¡Sí! El *Tigre*, que se había salvado, y que, después de rodar por los alrededores de Klock-Klock durante algunos días, volvía, sembrando el terror entre los salvajes.

Se recordará que el pobre animal había ya manifestado síntomas de hidrofobia, en la cala del *Grampus*. Pues bien: aquella vez estaba rabioso...¡Sí!, rabioso, y amenazaba con sus mordiscos a toda la alocada población.

He aquí la razón por la que la mayor parte de los indígenas habían apelado a la fuga, lo mismo que su jefe Too-Witt y los Wampos, que eran los principales personajes de la isla. En estas extraordinarias circunstancias abandonaron, no solamente el pueblo, sino la isla, donde ningún poder hubiera podido retenerlos y donde no habían de volver.

Sin embargo, aunque las canoas bastaron para transportar a la mayor parte a las islas vecinas, varios centenares de indígenas se vieron obligados a permanecer en Tsalal, faltos de medios para huir. Habiendo sido algunos mordidos por *Tigre* se declararon casos de rabia, tras corto período de incubación, y entonces- espectáculo imposible de describir en todo su horror- se habían precipitado los unos contra los otros, desgarrándose las carnes a dentelladas. ¡Y los esqueletos que habíamos encontrado en los alrededores de Klock-Klock eran los de aquellos salvajes!

En cuanto al desgraciado perro, fue a morir a un rincón del litoral, en el que Dirk Peters había encontrado su esqueleto, que mostraba aun el collar donde estaba grabado el nombre de Arthur Pym.

Así, pues, a aquella catástrofe- que el poder genial de un Edgar Poe era ciertamente capaz de imaginar- fue debido el abandono definitivo de Tsalal. Refugiados en el archipiélago

LA ESFINGE DE LOS HIELOS

del Suroeste, los indígenas habían abandonado para siempre aquella isla en la que el «animal blanco» acababa de sembrar el espanto y la muerte.



Después que aquellos que no habían podido huir perecieron en la epidemia de rabia, William. Guy, Patterson,

Trinkle, Covin, Roberto, Forbes y Lexton se atrevieron a salir del laberinto donde habían estado expuestos a morir de hambre.

¿Cuál fue, durante los años que siguieron, la existencia de los siete sobrevivientes de aquella expedición?

En suma, fue menos penosa de lo que se podía creer. Su vida estuvo asegurada con las producciones naturales de un suelo extraordinariamente fértil y la presencia de algunos animales domésticos. No les faltaron más que los medios para abandonar a Tsalal, de volver hacia el banco de hielo, de franquear el círculo antártico, cuyo paso había forzado la *Jane* a cambio de mil peligros, amenazada por la furia de las tempestades, el choque de los témpanos y los rafaes de arena y nieve.

En cuanto a construir una canoa capaz de afrontar tan largo y peligroso viaje, ¿cómo hubieran podido lograrlo William Guy y sus compañeros, faltos de útiles necesarios, y que se veían reducidos a sus armas, fusiles, pistolas y machetes? Así, pues, no había más que preocuparse de la instalación en la isla del mejor modo posible, en espera de que llegase la ocasión de abandonarla. Y ¿cómo podía ésta presentarse si no era por efecto de uno de esos azares de que sólo la Providencia dispone?

En primer lugar, se resolvió establecer un campamento en la costa del Noroeste. Desde la aldea de Klock-Klock no se veía este mar, e importaba que se viera para el improbable caso de que algún barco apareciera en los parajes de Tsalal.

El capitán William Guy, Patterson y sus cinco compañeros descendieron, pues, al través de la quebrada, medio llena de los escombros de la colina, en medio de escorias, de bloques de granito negro, donde brillaban, puntos metálicos. Tal se había presentado a los ojos de Arthur Pym el aspecto de aquellas lúgubres regiones que, según dice él, «indicaban el sitio de las ruinas de Babilonia».

Antes de abandonar aquella garganta, William Guy tuvo el pensamiento de explorar el sitio en que Arthur Pym, Dirk Peters y Allen habían desaparecido. Estando la entrada obstruida, fue imposible penetrar en el interior del macizo. Así es que nunca conoció la existencia de aquel laberinto natural o artificial, semejante al que él acababa de abandonar, los que tal vez se comunicaban bajo el lecho seco del torrente.

Después de franquear aquella barrera caótica que interceptaba el camino del Norte, se dirigieron rápidamente hacia el Noroeste.

Allí, sobre el litoral, a unas tres millas de Klock-Klock, se procedió a una instalación definitiva en el fondo de una gruta semejante a la que ocupábamos actualmente sobre la costa de *Halbrane-Land*.

En tal sitio, durante largos y desesperados años, vivieron los siete tripulantes de la *Jane*, como íbamos a hacer nosotros, verdad que en mejores condiciones, puesto que la fertilidad del suelo de Tsalal ofrecía recursos que faltaban en *Halbrane-Land*.

En realidad, si estábamos condenados a perecer cuando nuestras provisiones faltaran, ellos no lo estaban... Ellos podían esperar indefinidamente, y esperaron...

No dudaban que Arthur Pym, Dirk Peters y Allen habían perecido en la catástrofe- lo que, al menos tratándose del último, era cierto.- ¿Cómo imaginar que Arthur Pym y el mestizo, después de apoderarse de la canoa, se hubieran lanzado al mar?

William Guy nos dijo que ningún accidente rompió la monotonía de aquella existencia en el transcurso de once años; ninguno; ni aun la aparición de los insulares, a los que el espanto impedía acercarse a la isla Tsalal. Ningún peligro les había amenazado durante aquel período. A medida que la situación se prolongaba, perdían la esperanza de ser recogidos. Al principio, con la vuelta de la buena estación, cuando la mar quedaba libre, habían dicho que algún navío sería enviado en busca de la *Jane*. Pero cuando transcurrieron cuatro o cinco años, perdieron toda esperanza.

Al mismo tiempo que los productos del suelo- entre ellos esas preciosas plantas antiescorbúticas que abundaban en los alrededores de la caverna-, William Guy había llevado de la aldea cierta cantidad de aves, pollos y patos de especie excelente, y también numerosos cerdos negros, muy abundantes en la isla. Además, sin necesidad de recurrir a las armas de fuego, pudieron matar avestruces de plumaje negro como el azabache. A estos diversos recursos alimenticios conviene añadir, centenares de huevos de albatros y de tortugas-galápagos ocultos en la arena, y solamente con esas

tortugas de dimensiones enormes, de carne sana y nutritiva hubiera bastado para la alimentación de los invernantes de la Antártida.

Quedaba aun lo que el mar suministraba, que era toda especie de pescados, salmones, bacalaos, rayas, plantijas, sargos, salmonetes, lenguados, escaros, y también, sin hablar de los moluscos, esos sabrosos escombros de mar de que la goleta inglesa pensaba tomar un cargamento para venderle en los mercados del Celeste Imperio.

No hay para qué extenderse sobre el período que comprende desde el año 1828 al 1839. Los inviernos fueron muy rigurosos; y aunque el verano hacía sentir generosamente su bienhechora influencia en las islas del grupo Tsalal, la mala estación, con su séquito de nieves, lluvias, rafales y tempestades, no economizaba sus rigores. Un frío terrible reinaba, como absoluto señor sobre todas las tierras antárticas. La mar, cubierta de témpanos flotantes, se solidificaba por seis o siete meses. Preciso era esperar la reaparición del sol para encontrar libres aquellas aguas, como Arthur Pym las había visto, y nosotros también, pasado el banco de hielo.

En suma: la existencia había sido relativamente fácil en la isla Tsalal. ¿Lo sería también sobre aquel litoral árido de *Halbrane-Land*, que ocupábamos? Por abundantes que fueran nuestras provisiones, se acabarían, y llegado el invierno, las tortugas ¿no volverían a más bajas latitudes?

Siete meses antes el capitán William Guy no había aun perdido uno solo de los que habían salido sanos y salvos de

Klock-Klock, gracias a su robusta constitución, a su notable vigor, a su gran fuerza de carácter. Pero la desgracia iba bien pronto a cebarse en ellos.

Llegado el mes de Mayo- que en estas comarcas corresponde al de Noviembre del hemisferio septentrional,- ya comenzaban a derivar al largo de Tsalal los témpanos que la corriente arrastraba hacia el Norte.

Un día, uno de los siete hombres no volvió a la caverna. Se le llamó, se le esperó, se le buscó... Todo fue en vano.

Víctima de algún accidente, ahogado, sin duda, no reapareció, y no debía reaparecer.

Era Patterson, el segundo de la *Jane*, el fiel compañero de William Guy.

¡Qué dolor produjo a los demás la desaparición de uno de ellos, uno de los mejores! ¿Y no era presagio de próximas catástrofes?

Lo que William Guy ignoraba y lo que le hicimos saber era que Patterson- en qué forma no se sabría nunca- había sido arrastrado en la superficie de un témpano, sobre el que murió de hambre.

Sobre este témpano, que llegó a las alturas de las islas del Príncipe Eduardo, desgastado por aguas más templadas y próximo a disolverse, el contraмаestre había descubierto el cadáver del segundo de *Jane*.

Quando el capitán Len Guy contó que, gracias a las notas encontradas en el bolsillo de su desventurado compañero, la *Halbrane* se había dirigido hacia los mares antárticos, su hermano William no pudo contener las lágrimas.

De los siete sobrevivientes de la *Jame* quedaron, pues, seis, y pronto no iban a ser más que cuatro, después de haberse visto obligados a buscar la salvación en la fuga.

En efecto: sólo habían pasado cinco meses desde la desaparición de Pattersson, cuando, a mediados de Octubre, un terremoto agitó a la isla Tsalal, al mismo tiempo que destruía casi por completo el grupo del Suroeste.

Imposible dar idea de la violencia del terremoto. Nosotros habíamos podido juzgar de ella cuando la canoa de nuestra goleta acostó al derrumbadero rocoso indicado por Arthur Pym. Seguramente William Guy y sus cinco compañeros no hubieran tardado en sucumbir, a no tener el medio de huir de aquella isla que ahora rehusaba alimentarles.

Dos días después, a algunos centenares de toesas de su caverna, la corriente llevó una canoa que había sido arrastrada a alta mar desde el archipiélago del Suroeste.

Sin esperar ni un día, William Guy, Roberts, Covin, Trinckle, Forbes y Lexton cargaron la embarcación con tantas provisiones como podía contener, y se embarcaron en ella, a fin de abandonar la isla, que ya era inhabitable.

Por desgracia soplaba entonces violenta brisa, debida a los fenómenos sísmicos que habían conmovido tanto las profundidades del suelo como las del cielo. No fue posible resistirla, y arrojó la embarcación hacia el Sur, entregada a la misma corriente a que nuestro *ice-berg* obedecía, cuando derivaba hasta el litoral de *Halbrane-Land*.

Durante dos meses y medio, los desdichados fueron así al través de la mar libre, sin conseguir modificar su dirección.

El 2 de Enero del presente año de 1840 vieron una tierra: la que bañaba al Este el *Jane-Sund*.

Como ya habíamos notado, esta tierra no distaba más que cincuenta millas de *Halbrane-Land*. Sí. ¡Esta era la distancia, relativamente pequeña, que nos separaba de aquellos a los que habíamos buscado tan lejos, al través de las regiones antárticas, y a los que habíamos perdido la esperanza de volver a ver!

La embarcación de William Guy habla tocado tierra más al Sudeste con relación a nosotros. Pero ¡qué diferencia con la isla Tsalal! o más bien, ¡qué semejanza con *Halbrane-Land*! Suelo impropio para el cultivo, nada más que arena y rocas, ni árboles, ni arbustos, ni plantas de ninguna especie; así es que, agotadas sus provisiones, William Guy y sus compañeros viéronse muy pronto reducidos a extrema miseria. Forbes y Lexton sucumbieron...

Los otros cuatro, William. Guy, Roberts, Covin y Trinkle no quisieron permanecer un día más en aquel sitio, donde estaban condenados a morir de hambre. Con los pocos víveres que les quedaban embarcáronse en la canoa y se entregaron por segunda vez a la corriente, sin poder, por falta de instrumentos, saber su posición.

Navegaron veinticinco días en tales condiciones; acabáronseles los recursos, y estaban próximos a sucumbir, después de cuarenta y ocho horas de ayuno, cuando la

embarcación, en cuyo fondo yacían inanimados, apareció a la vista de *Halbrane-Land*.

En tal momento fue cuando el contramaestre la vio, y Dirk Peters se había arrojado a la mar para llegar a ella, maniobrando después para conducirla a la ribera.

Cuando puso el pie en la canoa, el mestizo había reconocido al capitán de la *Jane* y a los marineros Roberts, Trinkle y Covin. Después de asegurarse de que aun respiraban, tomó los remos, navegó hacia tierra, y al estar a una encabladura de ésta, levantando la cabeza de William Guy, gritó con poderosa voz, que llegó hasta nosotros:

-¡Vive!... ¡Vive!...

Y ahora los dos hermanos estaban al fin reunidos en el perdido rincón de *Halbrane-Land*.

XXXI

LA ESFINGE DE LOS HIELOS.

Dos días después no quedaba ninguno de los sobrevivientes de las dos goletas en aquella parte del litoral antártico. El 21 de Febrero, a las seis de la mañana, la embarcación, en la que íbamos los trece, abandonó la ensenada y dobló la punta de *Halbrane-Land*.

Desde la antevíspera habíamos discutido la cuestión de la partida.

De ser resuelta afirmativamente, no había día que perder. Durante un mes-como máximun-la navegación sería posible en aquella porción de la mar comprendida entre los paralelos 86 y 70, es decir, hasta las latitudes ordinariamente limitadas por el banco de hielo. Más allá, tal vez, tendríamos la probabilidad de encontrar algún ballenero acabando la tarea de la pesca, o ¿quién sabe? un barco inglés, francés o americano, terminando una campaña de exploración en los límites del Océano Austral. Terminada la primera quincena de Marzo, en aquellos parajes no había ni pescadores ni

navegantes, y sería preciso abandonar toda esperanza de ser recogidos.

En primer lugar, nos preguntamos si no sería preferible invernar allí, como lo hubiéramos hecho a no llegar William Guy, instalándonos por los siete u ocho meses de invierno en aquella región, que no tardaría en ser invadida por espesas tinieblas y excesivos fríos; y al comenzar el verano, cuando la mar estuviera libre, la embarcación se dirigiría hacia el Océano Pacífico, y tendríamos tiempo de franquear las mil millas que de él nos separaba. ¿No era éste acto de prudencia y cordura?

Sin embargo, por mucha que nuestra resignación fuera, ¿cómo no espantarnos ante la idea de una internada en aquella costa, aunque la caverna nos ofrecía suficiente abrigo, aunque la vida estuviera allí asegurada, por lo menos en lo que a la alimentación se refería? ¡Si!... Resignado está uno mientras las circunstancias lo obligan a la resignación. Pero, al presente, en que se ofrecía ocasión de partir, ¿cómo no intentar el último esfuerzo en vista de un próximo repatriamiento? ¿Cómo no intentar lo que habían intentado Hearne y sus camaradas, y esto en condiciones infinitamente más favorables?

El pro y el contra de la cuestión fueron detenidamente examinados. Después que cada uno emitió su opinión, se tuvo muy en cuenta que, en rigor, si algún obstáculo detenía la navegación, la embarcación podría siempre ganar aquella parte de la costa, cuyo yacimiento conocíamos con exactitud. El capitán de la *Jane* se mostró partidario de la partida

inmediata, de la que Len Guy y Jem West no temían las consecuencias. Me uní a su opinión, de la que participaron nuestros compañeros.

Solamente Hurliguerly opuso alguna resistencia. Le parecía imprudente dejar lo cierto por lo dudoso. ¿Serían bastantes tres o cuatro semanas para franquear la distancia comprendida entre *Halbrane-Land* y el círculo antártico? ¿Y cómo, en caso de necesidad, volver contra la corriente que llevaba al Norte? En fin, el contraмаestre hizo valer algunos argumentos que merecieron ser examinados. Sin embargo, únicamente Endicott participó de su opinión, por costumbre, sin duda, de considerar las cosas desde el mismo punto de vista que el contraмаestre. Además, discutido, y bien discutido todo, Hurliguerly se declaró presto a partir, puesto que ésta era nuestra opinión.

Los preparativos quedaron terminados en seguida, y el 21, a las siete de la mañana, merced a la doble acción de la corriente y del viento, dejábamos atrás, a distancia de cinco millas, la punta de *Halbrane-Land*. Durante la tarde se borraron gradualmente las alturas que dominaban aquella parte del litoral, la más elevada de las cuales nos había permitido ver la tierra en la ribera Oeste del *Jane-Sund*.

Nuestra canoa era una de esas embarcaciones que se usan en el Archipiélago de las Tsalal para la comunicación entre las islas.

Por el relato de Arthur Pym sabíamos que unas de estas canoas se asemejaba a jangadas o barcos planos, y las otras a piraguas de balancines- la mayor parte muy sólidas.- A las

últimas de las mencionadas pertenecía la nuestra, de unos cuarenta pies de larga por seis de anchura, la proa y popa levantadas, lo que permitía evitar los virajes, y que se gobernaba con varios pares de remos.

Debo hacer notar que en la construcción de la canoa no había entrado ni un solo pedazo de hierro, ni un clavo, ni clavijas, ni panetas, pues dicho metal es absolutamente desconocido en las Tsalal. Ligaduras hechas con una especie de bejuco, con la resistencia de un hilo de cobre, aseguraban la unión de las tablas con gran solidez. La estopa estaba reemplazada por un musgo engomado que, al contacto del agua, tomaba dureza metálica.

La dimos el nombre da *Paracuta*, que es el de un pescado de aquellos parajes, groseramente esculpido en la embarcación.

La *Paracuta*, había sido cargada con tantos objetos como podía contener sin molestar mucho a los pasajeros: vestidos, mantas, camisas, blusas, pantalones de lana gruesa y capotes impermeables, algunas velas, berlingas, arpeos, remos, bicheros, los instrumentos para hacer el punto, y fusiles, pistolas, carabinas, pólvora y balas. El cargamento se componía de varios barriles de agua dulce, de whisky y de ginebra, de cajas de harina, carne en conserva, legumbres secas y buena reserva de café y de té. Habíase añadido un hornillo y varios sacos de carbón para alimentarle durante algunas semanas. Verdad que si no conseguíamos pasar el banco de hielo, si era preciso invernar en los *ice-bergs*, como dichos recursos no tardarían en faltar, todos nuestros

esfuerzos habían de tender a volver a *Halbrane-Land* donde el cargamento de la goleta debía asegurar nuestra existencia durante muchos meses aun.

Y bien: aunque no consiguiéramos lo que queríamos, ¿sería preciso renunciar por eso a toda esperanza? No, y propio es de la humana naturaleza unirse al más débil de sus resplandores. Recordaba lo que Edgard Poe dice del ángel del valiente..., ese genio que preside los acontecimientos de la vida, y cuya función consiste en preparar los accidentes que pueden asombrar, pero que son engendrados por la lógica de los hechos. ¿Por qué no habíamos de ver aparecer a este ángel en la hora suprema?

Claro es que la mayor parte del cargamento de la *Halbrane* había sido abandonado en la caverna, al abrigo de las intemperies del invierno, a disposición de los náufragos, si alguna vez iban a aquel sitio. Una berlinga que el contraмаestre había colocado sobre el promontorio no dejaría de atraer la atención de aquellos. Por lo demás, ¿qué navío se atrevería a elevarse a tales latitudes después de nuestra goleta?

Las personas que se embarcaron en la *Paracuta* eran: el capitán Len Guy, el lugarteniente Jem West, el contraмаestre Hurliguerly, el maestro calafate Hardie, los marineros Francis y Stern, el cocinero Endicott, el mestizo Dirk Peters y yo, de la *Halbrane*, y el capitán William Guy, y los marineros Roberts, Covin y Trinkle, de la *Jane*. Total, 13: la cifra fatídica.

Antes de partir, Jem West y el contraмаestre habían tenido cuidado de colocar un mástil en el tercio de nuestra canoa. Este mástil, mantenido por un estay y por obenques,

podía sostener una ancha mesana, que fue cortada de la gavia de la goleta. Midiendo la *Paracuta* seis pies de anchura en el bao principal, se había podido dar algo de cruzamen a esta vela de fortuna.

Sin duda este aparejo no permitiría por el pronto navegar más de prisa. Pero después, con el viento en la popa hasta alta mar, aquella vela nos imprimiría velocidad suficiente para hacer en cinco semanas, con una media de 30 millas por veinticuatro horas, las 1.000 millas que nos separaban del banco de hielo.

Nada excesivo era contar con esta velocidad si la corriente y la brisa continuaban arrastrando la *Paracuta*, hacia el Nordeste.

Además utilizaríamos los remos cuando el viento no nos favoreciera, y cuatro pares, manejados por ocho hombres, asegurarían aun cierta velocidad a la embarcación.

Nada de particular tengo que mencionar durante la semana que siguió a la partida. La brisa no cesó de soplar del Sur. Ninguna contracorriente desfavorable se manifestó entre las riberas del *Jane-Sund*.

Tanto como era posible, y mientras la costa de *Halbrane-Land* no se alejara demasiado al Oeste, los dos capitanes pensaban ir a una o dos encabladuras de ella, que nos ofrecería refugio en el caso de que un accidente pusiera nuestra canoa fuera de uso. Verdad es que, ¿qué sería de nosotros en aquella tierra árida al principio del invierno? Más valía no pensar en ello.

Durante los ocho primeros días, remando cuando la brisa caía, la *Paracuta*, nada había perdido de la velocidad media, indispensable para tocar al Océano Pacífico en aquel corto lapso de tiempo.

El aspecto de la tierra no cambiaba; siempre el mismo suelo infértil, los bloques negruzcos, playas arenosas, sembradas de raras hierbecillas, y alturas abruptas y desnudas en lontananza.

El estrecho arrastraba algunos témpanos, *drifts* flotantes, *packs* de 150 a 200 pies de longitud, unos en forma alargada, circulares otros, y también *ice-bergs*, que nuestra embarcación pasaba sin gran trabajo. Lo que nos producía alguna inquietud era pensar que tal vez estas masas se dirigieran hacia el banco de hielo y cerraran los pasos que en aquella época debían estar francos.

No hay que decir que entre los trece de a bordo la inteligencia era perfecta. No teníamos que temer la rebelión de un Hearne. A propósito de éste, nos preguntábamos si la suerte había favorecido a los desdichados arrastrados por el *sealing-master*. ¿Cómo se había efectuado la peligrosa navegación a bordo de su canoa sobrecargada, que el menor ramalazo de la mar pondría en peligro?... Sin embargo, ¡quién sabía si Hearne conseguiría lo que no conseguiríamos nosotros por haber partido diez días más tarde!

Mencionaré de pasada que Dirk Peters, conforme se alejaba de aquellos lugares, en los que no había encontrado huella de su pobre Pym, mostrábase más taciturno que

nunca- lo que yo no hubiera creído posible-, y ni aun me respondía cuando yo le dirigía la palabra.

Aquel año era bisiesto, y en mis notas he debido poner la fecha del 29 de Febrero, día que era precisamente el aniversario del nacimiento de Hurliguerly, el que pidió que fuera celebrado con algún aparato a bordo de la canoa.

-¡Es lo menos que puede pedirse- dijo riendo-, puesto que no se me puede festejar más que cada cuatro años!

Bebióse a la salud de aquel valiente hombre, algo hablador, pero el más confiado y duro de todos, y cuyo buen humor nos distraía.

Aquel día la observación dio $79^{\circ} 17'$ por latitud, y $118^{\circ} 37'$ por longitud.

Se vio que las dos riberas del *Jane-Sund* estaban entre los meridianos 118 y 119, y que la *Paracuta* no tenía más que franquear unos 12° para llegar al círculo polar.

Después de haber practicado este examen, muy difícil de obtener a causa de la poca elevación del sol sobre el horizonte, los dos hermanos habían extendido sobre un banco el mapa, tan incompleto entonces, de las regiones antárticas. Le estudié con ellos, y procuramos determinar aproximadamente qué tierras ya reconocidas había en aquella dirección.

Es preciso no olvidar que desde que nuestro *ice-berg* había pasado el polo Sur, habíamos entrado en la zona de las longitudes orientales, comprendidas del cero de Greenwich al grado 180.

Así, pues, debíamos abandonar toda esperanza: de ser repatriados a las Falklands, o de encontrar balleneros en los parajes de las Sandwich, de las South-Orkneys o de la Georgia del Sur.

He aquí, en suma, lo que podíamos deducir respecto a nuestra actual posición.

Claro es que el capitán William Guy nada podía saber de los viajes antárticos emprendidos desde la partida de la *Jane*. No conocía más que los de Cook, los de Krusenstern, los de Weddell, los de Bellingshausen y los de Morrell, y no podía estar al corriente de las campañas ulteriores y la segunda de Morrell, y la de Kemp, que habían extendido algo el dominio geográfico en aquellas lejanas regiones. Por lo que le dijo su hermano, él supo que, desde nuestros propios descubrimientos, se debía tener por cierto que un ancho brazo de mar- el *Jane-Sund*- dividía en dos vastos continentes la región austral.

Aquel día el capitán Len Guy hizo notar que si el estrecho se prolongaba entre los meridianos 118 y 119, la *Paracuta* pasaría cerca de la posición atribuida al polo magnético. No se ignora que en este punto se reúnen todos los meridianos magnéticos, punto situado cercano a los antípodas del de los parajes árticos, y sobre el que la aguja de la brújula toma dirección vertical. Debo advertir que en aquella época el sitio exacto de este polo no se había comprobado con la precisión que más tarde.

Por lo demás, esto no tenía importancia ni interés para nosotros. Lo que debía preocuparnos era que el *Jane-Sund* se estrechaba sensiblemente, reduciéndose entonces a 10 o 12

millas de anchura. Gracias a esta configuración especial del estrecho, la tierra de las dos costas era vista distintamente.

-¡Eh!- dijo el contramaestre-, esperemos que quedará bastante sitio para nuestra embarcación. Si el estrecho terminara en un callejón sin salida...

-No es de temer- respondió el capitán Len Guy.- Puesto que la corriente se propaga en esta dirección, es que ella encuentra salida hacia el Norte, y, a mi juicio, no tenemos otra cosa que hacer sino seguirla.

Era evidente. La *Paracuta* no podía tener mejor guía que la corriente. Si, por desgracia, nos hubiera sido contraria, hubiera sido imposible remontarla sin la ayuda de fuerte brisa.

Ahora bien: ¿algunos grados más adelante, esta corriente se desviaría hacia el Este o hacia el Oeste, dada la conformación de las costas? Aunque así fuera, al Norte del banco de hielo todo permitía afirmar que aquella parte del Pacífico bañaba las tierras de la Australia, de la Tasmania o de la Nueva Zelanda, y se comprenderá que, tratándose de ser repatriados, lo de menos era que el repatriamiento se efectuara en un sitio o en otro.

Diez días se prolongó nuestra navegación en estas condiciones. La embarcación resistía bien la marcha. Los dos capitanes y Jem West apreciaban su solidez, aunque, lo repito, ningún pedazo de hierro se había empleado en la construcción. No había sido preciso repararla ni una sola vez; verdad que la mar era buena, y apenas agitada por ligero movimiento en la superficie de las olas.

El 10 de Marzo, con igual longitud, la observación dio 76° 13' de latitud.

Puesto que la *Paracuta* había franqueado unas 600 millas desde su partida de *Halbrane-Land* en veinte días, había llevado velocidad de 30 millas por día. Siguiera así durante tres semanas, y todas las probabilidades serían de que los pasos no estuvieran cerrados, o que el banco de hielo pudiera ser contorneado, y también de que los navíos no hubieran aun abandonado los lugares de pesca.

Actualmente el sol estaba casi al ras del horizonte, y se acercaba la época en que todo el dominio de la Antártida quedaría envuelto en las tinieblas de la noche polar. Felizmente, yendo hacia el Norte ganaríamos los parajes donde la luz brillaba aun.

Fuimos entonces testigos de un fenómeno tan extraordinario como aquellos de que el relato de Arthur Pym está lleno. Durante tres o cuatro días, de nuestros dedos, de nuestros cabellos, de los pelos de nuestras barbas, se escaparon chispas acompañadas de estridente ruido. Estos luminosos penachos eran producidos por el contacto de una tempestad de nieve eléctrica. La *Paracuta* estuvo varias veces a punto de irse a pique-con tanta furia se agitaba la mar-, pero conseguimos salir sanos y salvos.

El espacio no se aclaraba ya más que imperfectamente.

Frecuentes brumas reducían a algunas encabladuras únicamente el campo de la vista. Así es que fue preciso ejercer gran vigilancia para impedir choques contra los témpanos flotantes, cuya velocidad era inferior a la de la

Paracuta. Igualmente se observaba que por la parte Sur el cielo se iluminaba frecuentemente con anchas ráfagas de luz, debidas a la irradiación de las auroras polares.

La temperatura descendía visiblemente: no era más que de 23° (5° c. sobre cero).

Este descenso no dejaba de producirnos viva inquietud. Si su influencia no alcanzaba a las corrientes, cuya dirección seguía siendo favorable, tendía a modificar el estado atmosférico. Por desgracia, por poco que el viento se calmase con la acentuación del frío, la velocidad de la canoa disminuiría en una mitad, y un retraso de dos semanas bastaría para comprometer nuestra salvación, obligándonos a invernar al pie del banco de hielo. En tal caso, como ya he dicho, preferible sería procurar volver al campamento de *Halbrane-Land*.

¿Estaría entonces libre el *Jane-Sund*, tan felizmente remontado por la *Paracuta*? Más favorecidos por la suerte que nosotros Hearne y sus compañeros, que nos habían precedido en diez días, ¿habían franqueado, ya la barrera de los hielos?

Cuarenta y ocho horas después, el capitán Len Guy y su hermano quisieron determinar nuestra posición mediante una observación que el cielo, libre de brumas, iba a hacer posible. Verdad es que apenas si el sol pasaba del horizonte meridional, y la operación presentaría dificultades. No obstante, se consiguió tomar altura con cierta aproximación, y los cálculos dieron los resultados siguientes:

Latitud, 75° 17' Sur.

Longitud, 118° 3' Este.

Así, pues, en aquella fecha, 12 de Marzo, sólo la distancia de 400 millas separaba a la *Paracuta* de los parajes del círculo antártico.

Notamos entonces que el estrecho, muy reducido a la altura del paralelo 77, se ensanchaba a medida que iba al Norte. Ni aun con ayuda de los anteojos veíamos tierras al Este. Era ésta fastidiosa circunstancia, pues la corriente, menos oprimida entre las dos costas, no tardaría en disminuir su velocidad y acabaría por no dejarse sentir.

Durante la noche del 12 al 13 de Marzo, una bruma bastante espesa se levantó después de calmarse la brisa, cosa que era para disgustar, pues esto aumentaba los peligros de choques con los témpanos flotantes. Verdad es que la aparición de nublados en tales parajes no era para asombrar. Sin embargo, lo que nos sorprendió fue que, lejos de disminuir, la velocidad de nuestra goleta aumentó gradualmente, por más que la brisa se hubiera calmado. Seguramente tal aceleramiento no era debido a la corriente, pues, la estela que quedaba en el agua demostraba que andábamos más deprisa que ella.

Este estado de cosas duró hasta la mañana, sin que pudiéramos darnos cabal cuenta de lo que sucedía. A las diez la bruma comenzó a desvanecerse en las zonas bajas. El litoral del Oeste reapareció.

Un litoral de rocas, sin lontananza de montañas.

Y entonces, a un cuarto de milla, dibujóse una masa que dominaba la planicie en una extensión de 50 toesas sobre

una circunferencia de 200 a 300. Por su extraña forma, aquel macizo parecía un enorme esfinge, con el torso erguido, las patas extendidas, acurrucado, en la actitud del monstruo alado que la mitología griega ha colocado en el camino de Tebas.

¿Era un animal vivo, un monstruo gigantesco, un mastodonte de dimensiones mil veces superiores a las de esos enormes elefantes de las regiones polares cuyos restos se encuentran aun? En la disposición de espíritu en que nos hallábamos se hubiera podido creer así, y creer también que el mastodonte iba a precipitarse sobre nuestra embarcación y a triturarla entre sus garras.

Pasado el primer momento de inquietud, poco razonada y poco razonable, reconocimos que allí no había más que un macizo de conformación singular, cuya cabeza acababa de quedar libre de las brumas.

¡Ah! ¡Aquila esfinge! Recordé que la noche en la que se había efectuado el vuelco del *ice-berg* y el levantamiento de la goleta, yo había soñado con un animal fabuloso de aquella especie, sentado en el polo del mundo, y al que sólo un Edgard Poe con su genio intuitivo hubiera podido arrancar sus secretos.

Pero ¡qué extraños fenómenos iban a atraer nuestra atención, a provocar nuestra sorpresa, hasta nuestro espanto!

Ya he dicho que desde hacía algunas horas la velocidad de la *Paracuta* acrecía gradualmente. Ahora era excesiva, mayor que la de la corriente.

De pronto el arpeo de hierro que provenía de la *Halbrane*, y que estaba colocado a la proa, escapa como atraído por poder irresistible, y la cuerda que lo sujeta se tiende hasta amenazar romperse. Parecía que este arpeo era nuestro remolcador hacia la ribera.

-¿Qué hay?-exclamó William Guy.

-¡Corta, corta, contra maestre!- ordenó Jem West, o nos estrellaremos contra la roca...

Hurliguerly se lanza a la proa de la *Paracuta* para cortar la cuerda.

De pronto el cuchillo que tenía en la mano es arrancado; la cuerda se rompe, y el arpeo, como un proyectil, va en dirección del macizo. Y al mismo tiempo, todos los objetos de hierro depositados en nuestra embarcación, los utensilios de cocina, las armas, el hornillo de Endicott, nuestros cuchillos, arrancados de los bolsillos, toman el mismo camino, mientras la canoa va a chocar contra la playa.

Para explicar estas cosas inexplicables era preciso admitir que estábamos en las extrañas regiones que yo atribuía a las alucinaciones de Arthur Pym.

Pero no: acabábamos de ser testigos de hechos físicos, no de imaginarios fenómenos.

Aparte de esto, no tuvimos tiempo de reflexionar, pues desde que pusimos los pies en tierra, nuestra atención fue solicitada por una embarcación que yacía sobre la arena.

-¡La canoa de la *Halbrane*!- exclamó Hurliguerly.

Sí: era la canoa robada por Hearne. Yacía en la arena completamente destrozada. Restos informes..., lo que queda

de una embarcación después de un golpe de mar que la arroja contra las rocas.

Lo primero que notamos fue que el herraje de la canoa había desaparecido por completo. Sí. Los clavos, las panetas de la quilla, las guarniciones de la roda y del colaste, los goznes del timón...

¿Qué significaba esto?

La voz de Jem West nos llamó a una pequeña playa, a la derecha de la embarcación.

Sobre el suelo había tres cadáveres: el de Hearne, el del maestro velero Martín Holt y el de uno de los reclutados en las Falklands. De los 13 que acompañaban al *sealing-master* no quedaban más que aquellos tres cadáveres. Al parecer, lo eran desde algunos días antes.

¿Qué había sido de los que faltaban? ¿Habían sido arrastrados al largo? Practicáronse pesquisas por el litoral, en el fondo de las ensenadas, entre los escollos. No se halló nada, ni señales de campamento, ni aun vestigios de desembarco.

-Preciso es- dijo William Guy- que su canoa haya sido abordada en la mar por un *ice-berg* en deriva. La mayor parte de los compañeros de Hearne se habrán ahogado, y estos tres cuerpos han venido a la costa privados de vida.

-Pero- preguntó el contra maestre ¿cómo explicar que la canoa se encuentre en tal estado?

-Y sobre todo - añadió Jem West-, ¿que la falte todo su herraje?

-Efectivamente- dije yo-, parece que ha sido arrancado violentamente.

Dejando a la *Paracuta* al cuidado de dos hombres, subimos al interior a fin de extender nuestras pesquisas. Nos aproximamos al macizo, ahora ya libre de brumas, y cuya forma se mostraba con mayor vigor. Era, lo he dicho, una especie de esfinge de color fuliginoso, como si la materia de que estaba compuesto hubiera sido oxidada por las largas intemperies del clima polar.

Y entonces... En mi cerebro surgió una hipótesis..., una hipótesis que explicaba aquellos asombrosos fenómenos.

-¡Ah! exclamé.- ¡Un imán!... ¡Allí hay un imán dotado de una fuerza de atracción prodigiosa!

Fui comprendido, y en un instante la última catástrofe, de la que Hearne y sus cómplices habían sido víctimas, se iluminó con claridad terrible.

El macizo era un imán colosal. Bajo su influencia, las ligaduras de hierro de la canoa de la *Halbrane* habían sido arrancadas y proyectadas, como impelidas por el resorte de una catapulta.

El era el que había atraído con irresistible fuerza todos los objetos de la *Paracuta*. Y nuestra embarcación hubiera corrido la suerte de las otras si en su construcción se hubiera empleado un solo pedazo de aquel metal.

¿Era la proximidad del polo magnético lo que producía aquellos efectos?

Así lo pensamos al principio. Después de reflexionar, desechamos esta explicación.

Además, en el sitio en que se cruzan los meridianos magnéticos no se efectúa otro fenómeno que la posición vertical que toma la aguja imanada en dos puntos similares del globo terrestre.

Este fenómeno, ya experimentado en las regiones árticas, debe ser idéntico en las regiones de la Antártida.

Así, pues, existía un imán de intensidad prodigiosa, y habíamos entrado en su zona de atracción. Ante nuestros ojos se había efectuado uno de esos sorprendentes efectos que hasta entonces se habían considerado como fábulas. ¿Quién ha admitido nunca que los navíos puedan ser irresistiblemente atraídos por una fuerza magnética, y que sus herrajes se escapen, y sus canoas se abran, y la mar los trague por esta razón?... Y, sin embargo, así era...

He aquí, en suma, la explicación que, a mi juicio, podía darse al fenómeno.

Los vientos alisios llevan de un modo constante hacia las extremidades del eje terrestre nubes o brumas que contienen gran cantidad de electricidad, que las tempestades no han agotado por completo. De aquí formidable acumulación de este fluido en los polos, y que se desliza hacia la tierra de manera permanente.

Tal es la causa de las auroras boreales y australes, cuyas luminosas magnificencias irradian por encima del horizonte, sobre todo durante la larga noche polar, y que son visibles hasta en las zonas templadas cuando llegan a su máximo de culminación. Está, asimismo, admitido- aunque no es hecho comprobado- que en el momento en que una violenta

descarga de electricidad positiva se efectúa en las regiones árticas, las antárticas están sometidas a las descargas de electricidad del nombre contrario.

Pues bien: esas corrientes continuas a los polos, que agitan las brújulas, deben poseer extraordinaria influencia, y bastaría que una masa de hierro fuera sometida a su acción para que se transformara en un imán de un poder proporcional a la intensidad de la corriente, al número de vueltas de la hélice eléctrica y a la raíz cuadrada del diámetro de la mole de hierro imanado, y precisamente se podía calcular en millares de metros cúbicos el volumen de la esfinge que se erguía en aquel punto de las tierras australes.

¿Qué faltaba, pues, para que la corriente circulara en torno de ella y la convirtiese en un imán por inducción? Nada más que una veta metálica, cuyas innumerables espirales, culebreando por las entrañas del suelo, estuviesen subterráneamente unidas en la base del macizo.

Pensé también que éste debía de estar colocado en el eje magnético como una especie de calamita gigantesca, de donde brotaba el fluido imponderable, y del que las corrientes hacían poderoso acumulador, dirigido a los confines del mundo.

En cuanto a determinar si se encontraba precisamente en el polo magnético de las regiones australes, nuestra brújula no podía indicarlo, pues no estaba construida para ello. La aguja, agitada o inestable, no marcaba orientación alguna, cosa que, por lo demás, importaba poco para lo que se refería

a la constitución de aquel imán artificial y a la manera como las nubes y la veta sostenían su fuerza atractiva.

De este plausible modo, y por instinto, me expliqué el fenómeno.

No era dudoso que estuviéramos cerca de un imán, cuyo poder producía aquellos efectos, tan terribles como naturales.

Comuniqué mi idea a mis compañeros, a quienes pareció que tal explicación se imponía en presencia de los hechos físicos que acabábamos de ser testigos.

-Supongo que no habrá peligro en llegar al pie del macizo- dijo el capitán Len Guy.

-Ninguno- respondí.

-¡Allí...! ¡Sí!... ¡Allí!

No sabría pintar la impresión que nos produjeron estas tres palabras, que fueron lanzadas como tres gritos salidos de las profundidades de ultratumba, que hubiera dicho Edgard Poe.

El que había hablado era Dirk Peters, y el cuerpo del mestizo estaba extendido hacia la esfinge, como si, convertido en hierro, fuera atraído por el imán...

Después se lanzó en aquella dirección, y sus compañeros lo siguieron por un suelo cubierto de piedras negruzcas y restos volcánicos de toda especie.

El monstruo crecía a medida que nos aproximábamos, sin perder nada de sus formas mitológicas. No sabría pintar el efecto que producía, solitario en la superficie de la planicie inmensa. Hay impresiones que se resisten a la palabra y a la pluma. Y... esto no debía de ser más que alucinación de

nuestros sentidos; parecía que íbamos a él atraídos por su poder magnético.

Cuando llegamos a su base, encontramos los diversos objetos de hierro sobre los que había ejercitado su poder. Armas, utensilios, el arpeo de la *Paracuta*, se adherían a sus flancos. Allí se veían también los que provenían de la canoa de la *Halbrane*, y los clavos, las hebillas, las panetas de la quilla, los goznes del timón.

No había, pues, duda posible sobre la causa de la destrucción de la canoa en que iban Hearne y sus compañeros. Brutalmente abierta, habla ido a estrellarse contra las rocas, y tal hubiera sido la suerte de la *Paracuta* si, por su construcción, no hubiera escapado a aquella irresistible atracción magnética.

De tal modo estaban adheridos a los flancos aquellos utensilios de hierro, que preciso era renunciar a apoderarse de ellos nuevamente. Hurliguerly, furioso por no poder arrancar su cuchillo, sujeto a una altura de 50 pies, exclamó, mostrando el puño cerrado al impasible monstruo:

-¡Esfinge ladrón!

No extrañará que allí no hubiera mas objetos que los que provenían de la *Paracuta* y de la canoa de la *Halbrane*. Seguramente ningún navío había jamás llegado a aquella latitud de la mar antártica. Hearne y sus cómplices primero, el capitán Len Guy y sus compañeros después, éramos los únicos que habíamos puesto el pie en aquel punto del continente austral. Para concluir: todo barco que se hubiera aproximado al colosal imán hubiera corrido a su completa destrucción, y

nuestra goleta hubiera sufrido la misma suerte que su canoa, de la que no quedaban más que informes restos.

Jem West nos recordó que era una imprudencia prolongar nuestra estancia en la Tierra de la esfinge, nombre que debía conservar. El tiempo apremiaba, y un retraso de algunos días nos hubiera obligado a invernar al pie del banco de hielo.

Dióse, pues, la orden de volver a la ribera, cuando la voz del mestizo sonó aun, y estas tres palabras, gritos más bien, salieron de los labios de Dirk Peters:

-¡Allí! ¡Allí! ¡Allí!...

Después de haber dado la vuelta a la pata derecha del monstruo, vimos a Dirk Peters arrodillado, con las manos extendidas ante un cuerpo, o mejor un esqueleto revestido de piel, que el frío de aquellas regiones había conservado intacto y que conservaba rigidez cadavérica. Tenía la cabeza inclinada, barba blanca que le caía hasta la cintura, manos y pies con uñas largas como garras.

¿Por qué este cuerpo estaba adherido al flanco del macizo a dos toesas sobre el suelo?

Atravesado sobre la espalda, y sostenido por una correa, vimos el cañón de un fusil medio oxidado.

-¡Pym! ¡Mi pobre Pym! repetía Dirk Peters con desgarradora voz.

Y procuró levantarse para aproximarse y besar los osificados restos de su pobre Pym...

Dobláronse sus rodillas... Un sollozo le oprimió la garganta..., un espasmo hizo estallar su corazón, y cayó de espaldas... muerto.

Resultaba, pues, que desde su separación, la canoa había arrastrado a Arthur Pym al través de las regiones de la Antártida.

¡Cómo nosotros, después de haber franqueado el polo austral, había caído en la zona de atracción del monstruo! Y allí, mientras su embarcación se alejaba con la corriente del Norte, apresado por el fluido magnético antes de haber podido desembarazarse del arma que llevaba en banderola, había sido arrojado contra el macizo.

Al presente, el fiel mestizo reposa en la Tierra de la esfinge junto a Arthur Gordon Pym, el héroe cuyas extrañas aventuras encontraron en el gran poeta americano un no menos extraño narrador.

XXXII

¡DE SETENTA DOCE!

Aquel mismo día, por la tarde, la *Paracuta* abandonaba el litoral de la Tierra dlla esfinge, que habíamos tenido siempre al Oeste desde el 21 de Febrero.

Hasta el límite del círculo antártico teníamos que recorrer unas 400 millas. Llegados a aquellos parajes del Océano Pacífico, ¿tendríamos, lo repito, la feliz probabilidad de ser recogidos por un ballenero retrasado en los últimos días de la estación de pesca, o por algún navío de una expedición polar?

Esta segunda hipótesis tenía su razón de ser. En efecto: cuando la goleta se encontraba en escala en las Falkland y... ¿no se hablaba de la expedición del lugarteniente Wilkes, de la marina americana? La división, compuesta de cuatro barcos, el *Vincennes*, el *Peacock*, el *Porpoise*, el *Flying-Fish*, ¿no había abandonado la Tierra de Fuego en Febrero de 1839, con varios barcos que le seguían en vista de una campaña al través de los mares australes?

Lo que desde entonces había sucedido, lo ignorábamos... Pero ¿por qué Wilkes, después de haber procurado remontar las longitudes occidentales, no había tenido la idea de buscar paso remontando las orientales?

En este caso hubiera sido posible que la *Paracuta* encontrase alguno de sus barcos.

En suma: lo más difícil era adelantarse al invierno y aprovechar la mar libre, donde toda navegación no tardaría en ser imposible.

La muerte de Dirk Peters había reducido a doce el número de los pasajeros de la *Paracuta*. Esto era lo que restaba de la doble tripulación de las dos goletas: la primera formada por treinta y ocho hombres, y la segunda por treinta y dos; total: ¡setenta!

Pero no se olvide que la expedición de la *Halbrane* había sido emprendida para cumplir un deber de humanidad, y que cuatro de los sobrevivientes de la *Jane* la debían su salvación.

Y ahora, abreviemos. No hay para que extenderse sobre el viaje de vuelta, favorecido por la circunstancia de las corrientes y de la brisa. Por lo demás, las notas que sirvieron para formar este relato no fueron encerradas en una botella arrojada a la mar, y recogida por casualidad en los mares de la Antártida. Las he traído yo mismo; y aunque la última parte del viaje no se haya efectuado sin grandes fatigas, trabajos y peligros, y, sobre todo, sin grandes inquietudes, esta campaña ha tenido nuestra salvación por desenlace.

En primer lugar, algunos días después de la partida de la Tierra dila esfinge, el sol se había al fin ocultado tras el horizonte del Oeste, y no debía reaparecer en todo el invierno.

En medio, pues, de la semiobscuridad de la noche austral, la *Paracuta* prosiguió su monótona navegación. Verdad que frecuentemente aparecían las auroras polares, esos admirables meteoros que Cook y Forster vieron por vez primera en 1773. ¡Que magnificencia en el desarrollo de su arco luminoso, en sus rayos que se ensanchan o recogen caprichosamente, en el resplandor de aquellas opulentas sábanas de luz, que aumentan o disminuyen repentinamente, y convergen hacia el punto del cielo indicado por la línea vertical de la aguja de la brújula! ¡Y qué variedad de formas en los pliegues y repliegues de sus facetas, que se coloran desde el rojo claro al verde esmeralda!

¡Sí! Pero aquello no era el sol; no era astro irremplazable que durante los meses del verano antártico había sin cesar iluminado nuestros horizontes. De la larga noche de los polos se desprende una infidencia moral y física de la que nadie puede librarse, de una impresión funesta y enervante a la que es difícil escapar.

De los pasajeros de la *Paracuta*, únicamente el contraamaestre y Endicott conservaban su habitual buen humor, insensibles a los disgustos y a los peligros de aquella navegación. Exceptúo también al impasible Jem West, dispuesto a hacer frente a cualquier eventualidad, y hombre que estaba siempre a la defensiva. Respecto a los dos

hermanos Guy, la dicha de haberse encontrado les hacía olvidar frecuentemente las preocupaciones del porvenir.



En verdad que todo elogio que hiciera de Hurliguerly resultaría pálido... Se animaba uno solo con oírle repetir con su segura voz:

-Llegaremos a buen puerto, amigos míos; llegaremos a buen puerto. Y si pensáis bien en ello, notaréis que durante nuestro viaje las felices casualidades han superado a las malas. Sí... Ya lo sé: hay la pérdida de nuestra goleta... ¡Pobre *Halbrane*, elevada por los aires como una pelota, y precipitada después en el abismo como una avalancha! Pero en compensación hay el *ice-berg* que nos ha conducido a la costa, y la canoa de Tsalal que nos ha unido al capitán William Guy y a sus tres compañeros. ¡Y tened la seguridad de que la corriente y la brisa que nos han arrastrado hasta aquí nos llevarán más lejos aun!... Me parece que la balanza se inclina a favor nuestro. Con tantos triunfos en el juego no es posible perder la partida. ¡Una sola cosa puede causarnos disgusto, y es que vamos a ser repatriados a Australia o Nueva Zelanda, en vez de ir a arrojar el ancla en las Kerguelen, junto al muelle de Christmas-Harbour, ante el *Cormorán Verde!*

¡Gran descorazonamiento, en efecto, para el amigo Atkins; fastidiosa eventualidad!

Durante ocho días la ruta fue mantenida sin desviación al Oeste, ni al Este, y en el 21 de Marzo la *Paracuta* perdió a babor la vista de *Halbrane-Land*.

Doy siempre tal nombre a esta tierra, puesto que su litoral se prolongaba sin discontinuidad hasta aquella latitud, y no era dudoso para nosotros que constituía uno de los vastos continentes de la Antártida.

Claro es que si la *Paracuta* cesó de seguirla, es porque la corriente la llevaba al Norte. Cuando se separaba, redondeábase hacia el Nordeste.

Aunque las aguas de aquella parte de la mar estuviesen libres, aun arrastraban, sin embargo, una verdadera flotilla de *ice-bergs* o *ice-fields*, éstos semejantes a pedazos de un inmenso vidrio roto, aquellos de extensión superficial o de una altura considerables. De aquí las serias dificultades y también peligros incesantes de una navegación en medio de las sombrías brumas, cuando se trataba de maniobrar a tiempo entre aquellas masas movientes, o para encontrar pasos o evitar que nuestra canoa fuese aplastada como el grano bajo la muela.

Además, actualmente el capitán Len Guy no podía conocer su posición ni en latitud ni en longitud. Ausente el sol, y siendo muy complicados los cálculos por la posición de las estrellas, era imposible tomar altura. Así es que la *Paracuta* se abandonaba a la acción de la corriente que impulsaba invariablemente al Norte, según, las indicaciones de la brújula. Sin embargo, teniendo en cuenta su velocidad media, había motivo para creer que en el día 27 de Marzo nuestra canoa se encontraba entre los paralelos 68 y 69, es decir, salvo error, solamente a unas setenta millas del círculo antártico.

¡Ah!... ¡Si en el curso de esta peligrosa navegación no hubiera existido ningún obstáculo!; si hubiera estado asegurado el paso entre la mar interior de la zona austral y los parajes del Océano Pacífico, la *Paracuta* hubiera podido llegar en pocos días al límite de los mares australes. Pero algunos centenares de millas más, y el banco de hielo presentaría su inmóvil muralla; y a menos que hubiera algún paso libre,

sería preciso contornearle por el Este o el Oeste... Verdad que una vez franqueado...

Y bien: una vez franqueado estaríamos a bordo de una frágil embarcación, sobre aquel terrible Océano Pacífico, en la época del año en que redoblan las tempestades, y en que los barcos no soportan impunemente los golpes de mar.

No queríamos pensar en ello... El cielo vendría en nuestra ayuda.

Seríamos recogidos... Sí... Seríamos recogidos por algún navío.

El contraмаestre lo afirmaba, y no había sino creer al contraмаestre.

Entretanto, la superficie del mar comenzaba a condensarse, y fue preciso varias veces romper los *ice-fields* a fin de abrirse paso.

El termómetro no marcaba más que 4° (15° 56' c. bajo cero).

Sufríamos mucho con el frío y los rafaes en aquella embarcación sin puente, aunque estuviéramos provistos de gruesas mantas.

Afortunadamente había carne en conserva para algunas semanas, tres sacos de galleta y dos barriles de ginebra intactos. El agua dulce nos la procuraban los témpanos fundidos.

Durante ocho días, hasta el 2 de Abril, la *Paracuta* debió aventurarse entre las cimas del banco de hielo, cuya cresta se perfilaba a una altura comprendida entre setecientos y ochocientos pies sobre el nivel del mar. No se podían ver sus

extremidades ni al Poniente ni al Levante, y si nuestra canoa no encontraba un paso libre, no conseguiríamos franquearle.

Gracias a la más dichosa de las casualidades, se encontró el paso y seguimos por él en medio de los mayores peligros. ¡Sí! Hubo necesidad de todo el celo, de todo el valor, de toda la habilidad de nuestros hombres y de sus jefes para salir airosos en el empeño. A los dos capitanes Len y William Guy, al lugarteniente Jem West y al contraamaestre debemos gratitud eterna.

Estábamos al fin sobre las aguas del Sur-Pacífico.

Pero durante la larga y penosa travesía nuestra embarcación había sufrido mucho. Usado su calafateo y amenazando separarse sus tablones, hacía agua por más de una costura. Se la vaciaba sin cesar, pero embarcaba mucha agua.

Verdad que la brisa era suave, la mar más en calma de lo que podía esperarse, y el verdadero peligro no estaba en los riesgos de la navegación. Venía de que en aquellos parajes no había a la vista ni navío ni ballenero, recorriendo los lugares de pesca. En los primeros días de Abril estos lugares quedan abandonados, y nosotros llegábamos con retraso de algunas semanas.

Como debíamos saber luego, hubiera bastado con estar allí dos meses antes para encontrar los barcos de la expedición americana.

Efectivamente: el 21 de Febrero, por 95° 50' de longitud y 64° 17' de latitud, el lugarteniente Wilkes exploraba aquellos mares con uno de sus navíos, el *Vincennes*, después

de haber reconocido una extensión de costas que se desarrollaba sobre setenta grados de Este a Oeste.

Luego, como la mala estación se aproximaba, había virado de bordo y vuelto a Hobart-Town, en Tasmania.

El mismo año, la expedición del capitán francés Dumont d'Urville, que partió en 1.838, en una segunda tentativa para elevarse al polo, reconoció el 21 de Enero la tierra Adélie, en los 66° 30' de latitud y 38° 21' de longitud oriental, y después, el 29 de Enero, la costa Clarie en los 64° 30' y 129° 54'. Terminada su campaña, después de estos importantes descubrimientos, el *Astrolabe* y la *élee* abandonaron el Océano Antártico, poniendo el cabo hacia Hobart-Town.

Ninguno de estos barcos se encontraba, pues, en estos parajes, y cuando la *Paracuta*, aquella cáscara de nuez, se vio sola más allá del banco de hielo, en una mar desierta, pensamos que no era posible salvarnos.

Mil quinientas millas nos separaban entonces de las tierras más próximas, y el invierno databa de un mes...

El mismo Hurliguerly reconoció que acababa de faltarnos la última probabilidad, con la que contaba.

El 6 de Abril estábamos al fin de nuestros recursos; el viento comenzaba a refrescar, y la canoa, violentamente sacudida, amenazaba hundirse.

-¡Navío!

Esta palabra fue arrojada por el contramaestre, y en el mismo instante distinguimos un barco, a cuatro millas de distancia al Norte, bajo las brumas.

Inmediatamente hicimos señales, que fueron vistas. Después de ponerse al paso el navío, echó su bote mayor a la mar para recogerlos.

Era el *Tasman*, un tres-mástiles americano de Charleston, en el que fuimos cordialmente recibidos. El capitán trató a mis compañeros como si fueran compatriotas suyos.

El *Tasman* venía de las islas Falkland, donde había sabido que siete meses antes la goleta inglesa *Halbrane* se había dirigido hacia los mares australes en busca de los náufragos de la *Jane*. Pero como la estación avanzaba y la goleta no aparecía, se pensó que se había perdido en las regiones antárticas.

Aquella última travesía fue rápida y feliz. Quince días después el *Tasman* desembarcaba en Melbourne, provincia de Victoria, de Nueva Holanda, a los tripulantes de las dos goletas que habían sobrevivido, y allí fueron pagadas a nuestros hombres las primas ofrecidas, y bien ganadas realmente.

Los mapas nos indicaron entonces que la *Paracuta* había desembocado en el Pacífico entre la tierra Clarie de Dumont d'Urville y la tierra Fabricia, reconocida por Belleny en 1838.

Así terminó aquella aventura y extraordinaria campaña, que costó tantas víctimas. Y para decirlo todo, si los azares y las necesidades de la navegación nos arrastraron hacia el polo austral más lejos del punto a que nuestros predecesores llegaron, si hasta pasamos el eje del globo terrestre..., ¡cuantos descubrimientos de incalculable valor quedan aun por hacer en tales parajes!

LA ESFINGE DE LOS HIELOS

Arthur Pym, el héroe tan brillantemente celebrado por Edgard Poe, mostró el camino... ¡Síganle otros, y vayan a arrancar al Esfinge de los hielos los últimos secretos de la misteriosa Antártida!

FIN DE LA NOVELA.